

Detrás del hermoso rostro de querubín, se esconde una criatura tan antigua y maligna como el mismo infierno

ÁNGEL MALVADO



*Taylor
Caldwell*

Lectulandia

Kathy Saint cree que su hijo Angelo no sólo es el niño más hermoso del mundo sino también el más inteligente... y vaya que lo es. Mark Saint cree que en su hijo hay algo extraño e indefinible que no es precisamente bueno o... ¿se equivoca? Por su parte, Alice Knowles, hermana de Kathy, sabe perfectamente quién es su sobrino y es que Angelo es diferente del resto de los niños de una manera alarmante... y aterradora. ¿Es posible que Angelo carezca de alma y de conciencia?

En «Ángel malvado» Taylor Caldwell, con su conocimiento de la naturaleza humana, nos brinda una inesperada y sobrecogedora historia, adelantada a su tiempo, en la que nos presenta su particular visión del terror: un psicópata con la apariencia, el encanto y la sonrisa de un pequeño.

Lectulandia

Taylor Caldwell

Ángel malvado

ePub r1.0

Titivillus 29.06.16

Título original: *Wicked Angel*
Taylor Caldwell, 1965
Traducción: Amparo García Burgos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Los malvados, que nacen constantemente entre nosotros, con frecuencia se distinguen por su aspecto de ángeles de luz, ingenio e inteligencia, encantadores y fascinantes, muy por encima de los dones naturales, aparentemente cariñosos y siempre despertando el amor de todos, incluso de aquéllos cuyo carácter es habitualmente cínico. Se nos muestran en verdad adorables y amables, pues su genio diabólico consiste en que lo son todo para los hombres:

Graves entre los graves, alegres entre los alegres, comprensivos en compañía de los seres más sensibles, jamás abiertamente hostiles o beligerantes, de temperamento flexible, de aire franco y sincero, y poseedores siempre de un gran magnetismo... En cada generación nacen más seres malvados de lo que nosotros sabemos, pero aquellos que por desgracia son de su misma sangre saben bien que tienen entre ellos un demonio, y no inconsciente.

¡Que Dios nos guarde, a ti y a mí, de tropezarnos con uno de éstos, en el matrimonio o entre nuestros hijos!».

PROUST

Sentía que la rabia estallaba repentinamente en él. Le gustaba sentir rabia, pues eso significaba no sólo el cálido humedecerse de su carne, aquella nadita caliente que mojaba su trasero, sino también una intensa excitación interior con la que experimentaba un voluptuoso acrecentamiento de toda sensación. Aquella cálida riadita exterior traía a su lado a su madre, rebosante de arrullos, murmullos y exclamaciones que querían ser una riña, pero que eran en realidad una demostración de su amor, lo que aumentaba su propia importancia. A menos, naturalmente, que ELLA estuviera allí, como hoy; ELLA, la que lo sabía todo, la muy odiada. En las pocas ocasiones en que había estado a solas con ELLA, y ELLA le había enfurecido, induciéndole, por tanto, a dejar escapar la riadita cálida, no había habido cariñitos, ni simuladas riñas compensadas después con dulces y caramelos. Sólo había habido una dura palmada en su trasero, unos ojos enormes y disgustados, que le miraban amenazadores, palabras de desdén y, luego, el destierro a una habitación solitaria. Y él jamás había olvidado, ni perdonado. LA ODIABA. Siempre la odiaría. No se atrevía a dejar escapar hoy la deliciosa humedad, no se atrevía a probar si mamá le protegería de otro asalto, de otra mirada de repulsión, de más palabras de desdén. Era muy sensible, como todos los de su clase. Comprendía, a los cuatro años, aún sin palabras.

No, tenía que retener aquella riadita que amenazaba fluir de él con la rabia. Su rostro se contrajo con una mezcla de emociones: rabia y compasión por sí mismo. Gimió suavemente al sentarse en el escalón, fuera de la puerta de la cocina.

Oía sus voces, la de mamá y la de ELLA, a quien tanto odiaba, pero apenas las entendía. Se enfureció. Un lindo escarabajo corría junto a sus pies. Lo aplastó sonriendo. Restregó con el tacón la mancha inocente en el sendero de cemento. Una mariposa se le acercó, y el niño alzó la mano para destruirla. Era muy linda, pero molesta también. La mariposa se apartó volando, y él chilló de indignación, y se frotó el trasero en el escalón. Bajo el agobiante calor del verano, el jardín se extendía en torno, dorado, rosa, blanco, violeta, rojo, azul, y los árboles alzaban sus ramas como verdes banderas hacia el radiante cielo. La hierba parecía reluciente al sol, los pájaros revoloteaban sobre ella y, entre agudos chillidos, subían a los árboles o se posaban a distancia en la vieja pared de piedra gris. El niño lo contemplaba todo sin descanso. Se inclinó, arrancó un poco de césped junto al sendero de cemento y se entretuvo rasgando y rompiendo cada hojita por separado. Luego dio una patada al osito de felpa que tenía al lado. Se metió el pulgar en la boca otra vez, y de nuevo gimió y miró a los pájaros, odiándolos, y odió las voces en la cocina, a su espalda. Pues ahora comprendía que ya no estaban hablando de él, y eso era un ultraje, ya que no había nada en el mundo tan valioso y precioso como él, nada existía en el mundo que tuviera significado aparte de él, y el mundo estaba hecho para servirle, para desear sus sonrisas, para quedarse junto a su cama, para meterle deliciosos bocaditos en la

boca, y distraerle, y llorar y reír por él, y aplaudir encantado ante sus gracias, y volver hacia él rostros en los que brillaba una sonrisa de adoración, de preocupación por él... Sin darse plena cuenta, al destrozar por maldad la hierba, estaba desgarrándola malévolamente a ella, destruyéndola a ella, la que se negaba a doblar la rodilla y la cintura ante él y a reconocerle como la poderosa criatura que él era.

Kathy Saint, que prefería que la llamaran Katherine, probó delicadamente el caldo de pollo que estaba preparando para su hijo. La fina piel de su entrecejo se frunció. Agitó la cabeza:

—Me temo que está un poquito salado —dijo a su hermana, Alice (a quien prefería llamar Alicia).

Kathy Saint era «encantadora» y tenía un rostro dulce y mezquino y una sonrisa que, en opinión de su hermana, recordaba la taimada sonrisa de un tiburón. Kathy «amaba a todo el mundo». Hablaba líricamente de «la gente».

—¡Más y más gente! —exclamaba ante Alice y su marido, recogiendo la falda y bailando por cualquier habitación en que se hallara—. ¿Cómo puede vivir una sin la gente? —Y sus ojos brillaban con lo que ella creía gozo inocente ante la vida y sus congéneres.

Su amor por la «gente» no se extendía a las mujeres de la limpieza que empleaba, que nunca se quedaban a sus órdenes más de uno o dos días, o las criadas que contrataba, que se iban al cabo de una semana con la maleta, o los comerciantes con los que trataba, o los jardineros que su marido conseguía que trabajaran para la familia. Entre esas «gentes» tenía fama de ambiciosa, de implacable explotadora, de arrogante... Lo que ellos resumían en una palabra: «negrera».

Era una mujer muy linda de treinta y cinco años. Aparte de Alice, nadie sabía su edad. Su marido, Mark Saint, creía que tenía poco más o menos la de él: treinta y dos años. Kathy iba a celebrar muy pronto su «trigésimo cumpleaños» según ella, y Alice había ido hoy a visitarla para averiguar, con toda sinceridad, qué regalo deseaba para esta ocasión. Alice no venía mucho a esta casa por cierto número de razones, entre ellas una, tan dolorosa y angustiosa para ella, que apenas podía soportarla, pero que nadie habría adivinado. Estaba enamorada de Mark Saint, le había querido desde el momento en que se conocieron, hacía diez años, cuando ella sólo tenía ocho y él estaba en relaciones con Kathy. Y con Kathy se había casado un año más tarde, en cuanto se graduó como ingeniero en la universidad. Tenía veintitrés años entonces, y Kathy veintiséis, según su certificado de nacimiento, pero sólo veintiuno según ella. Sus padres vivían aún y colaboraron en ese engaño, pues deseaban que se casara con Mark, que no sólo tenía una magnífica profesión sino que había heredado una considerable cantidad de dinero de sus padres, muertos en un accidente de automóvil cuando él tenía quince años. Los padres de Kathy poseían una ferretería pequeña pero bastante próspera en la ciudad, y quedaron muy impresionados por el guapo Mark Saint. Adoraban a su hija mayor, y, a su muerte, le dejaron todos sus ahorros — quince mil dólares—, la guardia de Alice, su casa y la tienda. Alice heredó sólo tres

mil dólares. Nadie pensó que esto era injusto, excepto la misma Alice, y ella era una niña que se guardaba las cosas para sí y tenía una mentalidad muy prudente y algo cínica.

Todos consideraban a Kathy encantadora e incluso adorable, todos aquéllos a quienes había conseguido engañar para que la creyeran la mujer más amable, la más dulce, la más inocente y cariñosa, y éstos, por extraño que a Alice le pareciera, eran legión. Su estatura era corriente y daba la impresión de gran esbeltez, pues sus senos eran pequeños, los hombros estrechos y delgados, los brazos apenas llenos, y la cintura bastante fina. Pero el vientre, el trasero y las piernas eran gruesos y pesados. Lo primero lo dominaba a fuerza de fajas y ballenas; lo último, lo ocultaba con faldas amplias que flotaban de modo muy femenino hasta tapar la curva de sus gruesas pantorrillas. Gracias al constante agitar de sus faldas —y esto era puro arte— ninguno de sus amigos advertía la anchura de sus tobillos de campesina, ni el tamaño de sus pies. Para Mark resultó casi un trauma el descubrir, en su noche de bodas, que su novia, después de quitarse el artificioso traje de boda y las enaguas, tenía el cuerpo y los miembros bastos y vulgares de una campesina lujuriosa, hecha para el arado y el campo, el establo y el granero. Anonadado, necesitó algunos minutos para obligarse a concentrar su atención tan sólo en el rostro pálido y luminoso de Kathy, de tan exquisita forma, de expresión tan dulce, iluminado por sus grandes ojos azules, con aquella barbilla cortada por un delicioso hoyuelo, y los dientes, blancos y pequeños, entre unos labios naturalmente rojos y sonrientes, y la nariz tan graciosa, y el pelo tan rubio y rizado sin artificios. A pesar de su intento por concentrarse en aquellos encantos, se le ocurrió la idea de que jamás había visto a Kathy en traje de baño antes del matrimonio. Pero apartó aquel pensamiento. Amaba a Kathy, que tenía una voz tan tierna y susurrante, y tal aparente inocencia, y una manera tan infantil de gozar con todas las cosas... según ella misma declaraba.

En comparación, la pequeña Alice resultaba indescriptible, como decía todo el mundo que conociera el significado de esta palabra. Pero a los dieciocho años que ahora tenía, era mucho más alta que Kathy, mucho más delgada, y su cuerpo, sus piernas, su largo cuello, todo era perfecto. Su pelo rubio dorado, corto, espeso y liso, caía sobre un rostro clásico y pálido, que pocos apreciaban en su justa belleza y su aire de dignidad, pureza e inteligencia. Su boca juvenil, apenas con una sombra de lápiz labial, tenía una expresión algo severa, pues nadie podía engañar a Alice, aunque Kathy a veces se refería a ella con una tierna risita llamándola «adolescente». A nadie se le ocurría pensar cómo aquellos plebeyos que fueron sus padres pudieron producir tan aristocrática belleza, pues sólo muy pocos saben reconocer la aristocracia natural cuando la ven, y Mark era uno de ellos. Si Kathy era «femenina», como sus queridos amigos la describían, Alice era toda una mujer, y Mark, tras estos diez años, captaba la diferencia. (Kathy sólo tenía una regla al juzgar a las mujeres: ¿Era fulanita «femenina» o no? Estaba convencida de que: *la pobre y querida Alice no es muy femenina. Quizás un poco, un poquito masculina, ¡pobrecilla!*).

El rostro de Alice, sus gestos, sus exquisitos movimientos, su gracia, su honestidad, el porte de su cabeza, la sonrisa repentina —aunque no demasiado frecuente— que iluminaba todos sus rasgos borrando la delicada firmeza, no tenía el menor toque de masculinidad. En todas las cosas, en sus pensamientos, en su inteligencia, en su fuerza interior, incluso en su compasión por Kathy, era la mujer más mujer de todas. Kathy, allá en lo íntimo de su corazón retorcido y envidioso, en la mezquindad de su espíritu, en su falta de amplitud de criterio, comprendía perfectamente la superioridad de su hermana y por eso la rebajaba sutilmente con objeto de aumentar su propia estatura y patente «feminidad».

Alice no envidiaba a nadie, ni odiaba en verdad a nadie, excepto a una criatura que estaba sentada en el escalón de la puerta de la cocina. Y no se reprochaba a sí misma por odiar a un niño hermoso y sonriente de cuatro años. Eso hubiera sido hipocresía, algo extraño a su naturaleza. Aceptaba sus emociones con sencillez, y las asumía plenamente, sin tratar de engañarse a sí misma. No anhelaba tener una casa como ésta, grande y lujosa, con empinados tejados de pizarra, cálidos muros de ladrillo cubiertos de hiedra, un jardín espacioso, varios cuartos de baño brillantes y una cocina extraordinariamente moderna. Se habría sentido feliz compartiendo una polvorienta habitación en una oscura pensión con Mark Saint, y se habría acostado junto a él en un desvencijado lecho con alegría y contento, ardiendo su corazón con el más profundo amor, extendidos hacia él los brazos para darle consuelo y felicidad. Pero nadie sabía esto, ni siquiera la astuta Kathy, que prefería que la llamaran Katherine. Ella, Alice, le hubiera dado hijos a Mark lo antes posible y no habría aguardado astutamente cuatro años: «Hasta que podamos permitirnos realmente tener uno, ya sabes», como Kathy había dicho con su amable y cautivadora sonrisa, que la hacía irresistible a todos los que no la conocían bien.

La herencia que Alice recibiera de sus padres, tan pequeña e injusta, se había gastado por completo en su educación y «cuidados», como decía Kathy. Pero Alice se había educado en las escuelas públicas, y sin gastos, y se había graduado a los quince años en la escuela preparatoria como la mejor alumna de la clase.

Luego había ido a la Escuela de Magisterio y había hecho la carrera en poco menos de tres años, y ahora enseñaba en la ciudad. Inmediatamente después de la graduación, había dejado esta casa, para alivio de Kathy, que exageraba en sus reproches, y compartía un apartamento de dos habitaciones con otra maestra. No le gustaban los suburbios, insistía, y ésta era una de las pocas mentiras que había dicho en su vida, encaminada a borrar la expresión herida del rostro inteligente de Mark y de sus ojos castaño claro. El hecho de vivir tan cerca de él empezaba a ser una angustia insoportable para Alice, e incluso cuando ahora visitaba esta casa, casi siempre venía durante el día, y pocas veces encontraba a Mark, excepto en ocasiones especiales. Además, su odio por el pequeño Ángel, como Kathy se había encaprichado en llamarle con gran disgusto de Mark y a pesar del silencioso desdén de Alice, se estaba haciendo demasiado grande para que pudiera acallararlo. (Cuando

Kathy vio a su hijo por primera vez, dos horas después de su nacimiento, había gritado: «¡Ángel!», y luego había buscado un nombre que le permitiera llamarle así todos los días de su vida).

Era pleno verano y Alice estaba siguiendo un curso especial en la universidad de la ciudad con objeto de obtener el título de maestra superior. Más adelante se proponía obtener también el título en Filosofía y enseñar en la universidad, allí o en otra ciudad. El matrimonio con cualquiera, a excepción de Mark Saint, era algo que no cabía en su intelectual mente de dieciocho años. La firmeza de su amor no disminuía, no se alteraba, jamás era turbada por el de otro hombre.

La última muchacha de la casa de los Saint estaba, según Kathy decía maliciosamente, «desperdiciando el tiempo que le pagamos», aunque la chica estaba simplemente ejerciendo su derecho a una hora de descanso tras un fatigoso día de trabajo bajo el látigo implacable de la lengua afilada de Kathy. La jornada de Elsie comenzaba a las seis en punto, hora en que tenía que levantarse de la cama en un pequeño dormitorio en el tercer piso para llevar a Angelo el jugo de naranja recién hecho y sus vitaminas, para comprobar si había hecho «algo» durante la noche — cosa que hacía a menudo, y a propósito, para enojar al constante desfile de criadas que entraban para despedirse muy pronto, enojadas—, y luego darle el baño y ponerle los polvos fragantes en los que Kathy insistía.

—Quiero que sea un bebé todo lo más posible —entonaba dulcemente—. Un niño se merece los preciosos días de su infancia, y los mimos y cariñitos. ¡Es una época tan corta!

Después de todo eso, había de tomar los cereales, huevos y una mezcla de nata y leche, lo cual se llevaba a cabo no sin gran dificultad, pues Angelo tenía mucho genio y la brutalidad natural e instintiva crueldad y malicia de todo niño estaban acentuadas en él. Odiaba a las muchachas. Comprendía que su madre las explotaba y degradaba con su aire patrocinator y su trato generalmente despectivo, y por eso, para él, eran sólo criaturas mezquinas e indignas que merecían tormento. Le gustaba verlas pálidas de rabia, o enrojecido el rostro por la frustración, cuando le servían, o llorando desconsoladas cuando él se mostraba especialmente malicioso y detestable. Eso aumentaba el sentido de su importancia, la creencia de que él era el centro del mundo y que todo se hacía únicamente por él.

—¿Qué tal va Elsie? —preguntó Alice, de pie junto a su hermana, que preparaba concienzudamente el caldo de pollo especial para Angelo. La hermosa cocina estaba recubierta con paneles de pino y un muro cubierto de brillantes vasijas de cobre de todos tamaños. Alegres y airosas cortinas en tonos azul y coral se agitaban suavemente ante las ventanas, y los muebles azules de la cocina brillaban debido a la capa de cera plástica.

Kathy se encogió de hombros. Llevaba un vestido de topitos azules, del mismo color de sus ojos y los muebles, con la habitual falda amplia y las enaguas que ocultaban la gordura de su vientre, trasero y muslos. El hermoso pelo rubio se rizaba

húmedo en torno a su rostro pálido y translúcido, y aparecía encantadora, como de costumbre. Hacía calor en la cocina, a pesar de la brisa que entraba por las ventanas. Kathy miró a su hermana con una mueca de desesperación; luego recordó que era Alice, o Alicia, y que no necesitaba actuar o simular con ella. Así que frunció el ceño y dijo con cierta aspereza:

—¡Oh!, tan mal como las otras. Trabaja lo menos posible. Ahora está en su cuarto y de mal humor porque yo insistí en que lavara un poco de ropa interior de Ángel, sus camisitas, pantalones y calcetines. ¡Sólo como una hora de trabajo en el sótano, con la lavadora y la planchadora! Pero ¿qué se puede esperar de esta ralea?

Los firmes labios de Alice, que a menudo se relajaban en un gesto de ternura, aun a pesar de sí misma, se apretaron:

—¿No tienes una asistenta dos veces a la semana, Kathy?

—¡Oh, Alicia! ¿Cuántas veces tengo que INSISTIR en que me llames por mi auténtico nombre, Katherine? ¡Es tan vulgar eso de Kathy...!

—Pues así te bautizaron —dijo Alice secamente—. No importa. Sigue.

—Sí. Tengo a la lavandera. —Kathy lanzó una cucharilla a la pila con enojo—, pero en este tiempo, ¡vamos!, no quiero que Ángel lleve la ropita húmeda ni un segundo, y por eso le cambio tan a menudo.

El niño, fuera, escuchó su amado nombre, alzó alerta la cabeza, y trató de seguir la conversación.

—Pero, Katherine, sabes bien que le dijiste a Elsie, como dices a todas las criadas, que nunca tendría que hacer la colada. Ni las limpiezas pesadas. No es justo pedirles que lo hagan, después de que las contratas. Y Elsie es muy buena cocinera, y tan competente y responsable... y les pagas tan poco que a menudo me pregunto cómo las consigues, de verdad.

Pero Alice sí lo sabía. Una criada en perspectiva se sentía invariablemente fascinada por el aire de inocente dulzura de Kathy, sus palabras tiernas, su aspecto que invitaba a la confianza, sus promesas, sus risitas, sus afectuosas demandas de que si Mary o Jane, o Elsie, aceptaban el «puesto» debían, realmente debían, considerarse como de la familia. Bajo este hechizo de fraternal democracia, la abundancia de sus promesas y la insinuación de una carga nada pesada, la muchacha elegida aceptaba siempre el puesto. No se quedaba más de un mes, o quizá sólo una semana, para marcharse muy pronto llena de indignación, desilusión, y, en ocasiones, incluso odio. Si eran lo bastante tontas para dar el nombre de Kathy como referencia cuando se dirigían a otra señora, aquélla consideraba «su deber» el iluminar a la posible ama sobre la incompetencia, insolencia y suciedad de la criada, e incluso mencionaba de pasada piezas de ropa que se habían perdido, u objetos de plata, y todo ello con una voz tan apenada y dolida que la chica jamás era contratada. Nadie sabía esto aparte de Alice, que generalmente aconsejaba a la chica con breves palabras que no diera el nombre de su hermana como referencia. Ella misma solía escribir una nota apreciativa y deslizar un billete en el sobre.

En los escalones, el niño gimió y dio una patada a su osito de peluche, pues ya no oía su nombre. Cuando Alice habló de nuevo, Angelo se puso las manos sobre los oídos y sintió otra vez la despechada urgencia de ensuciarse, pero luego recordó una o dos ocasiones en las que Alice, que le cuidaba cuando no tenían criada y Kathy y Mark salían a cenar, le había pegado un cachetito. Ahora ELLA seguía hablando, por lo que se encogió a escuchar en el escalón.

—Intenta conservar a Elsie —dijo Alice, mientras Kathy cubría la sopera con el amoroso cuidado del que maneja algo sagrado—. Es muy buena.

—Cambiemos de tema —dijo su hermana con su voz natural, dura y monótona—. Me preguntaste qué quería por mi cumpleaños. Sólo tienes tu salario, y estás gastando los ahorros de tu primer año de clase en la universidad. ¡Y Dios sabe por qué! Bien. Me gustaría una freidora automática.

—Eso son unos treinta y cinco dólares —dijo Alice, en un tono inexpresivo.

—Sí. Muy barato, ¿verdad?

Alice pensó en la pequeña suma que le quedaba en el banco. Sólo estaban a mediados de agosto. No recibiría su primer cheque sino hasta más de un mes después. «Naturalmente —pensó—, siempre puedo comprarla ahora y pagarla en octubre».

—Una freidora automática, entonces —dijo. Sus ojos, de un azul mucho más intenso que los de Kathy y llenos del brillo de su inteligencia, se nublaron un poco. Detestaba tener que recordar la avaricia natural de su hermana. Kathy le lanzó una astuta mirada de reojo.

—Realmente, deberías casarte, cariño —dijo—. Pronto tendrás diecinueve años y ya es hora de que encuentres a tu alrededor a un hombre valioso y responsable, como Mark. Nunca comprenderás el gozo del matrimonio hasta que tengas un niño como Ángel.

—Yo pensé que el gozo del matrimonio era el marido —dijo Alice secamente.

—No me repliques. Mark es un encanto, naturalmente. Pero el matrimonio significa hijos.

—Y entonces, ¿por qué no tienes otro? —preguntó Alice. Se sintió turbada al escuchar una nota débilmente insultante en su propia voz, pero es que estaba pensando en Mark, que sólo existía en la mente de Kathy como el padre de su hijo, el proveedor de sus comodidades y el medio de crear una gran herencia para él.

—¡Oh, cómo puedes decir eso, Alicia! —gritó Kathy con voz desesperada—. ¡Lo pasé tan mal cuando nació Ángel!

—Y además —insinuó Alice, asombrándose de si misma—, una mujer de treinta y cinco años es un poco vieja para tener más hijos, ¿no?

Hubo un repentino silencio en la calurosa y brillante cocina. El rostro de Kathy se tornó de un tono venenoso, y sus ojos brillaron de furia. En ese momento, y con rostro malhumorado, entró Elsie en la cocina, y Kathy la corrió ásperamente:

—Son las cuatro y cinco. Se suponía que habías de bajar hace cinco minutos.

—Estoy cansada, señora Saint —dijo Elsie. Su tono era seco y cortante, y Alice

comprendió inmediatamente que la buena de Elsie se disponía a marcharse en breve. Pero Kathy no pareció darse cuenta. Jamás lo advertía, ni le importaba. Había incontables Elsie a la espera de que las explotaran, aunque sólo fuera por unas semanas, y mediante un pequeño salario, y resultaba facilísimo engañarlas con una seductora son risa y unas mentiras dulzonas.

—¿Cómo estás, Elsie? —preguntó Alice, acercándose a la chica, que empezaba a lavar unos platos. Ésta la miró por encima del hombro y sonrió: «Bueno —pensó—, la señorita Knowles es una persona realmente encantadora». No sabía cuánto hasta haberla tratado durante unos días. Lamentó el hecho de que ya no volvería a verla.

—Muy bien, señorita Knowles —contestó.

—¡De prisa con esos platos! —les interrumpió Kathy—. Ya es casi la hora de la meriendita de Ángel.

El niño oyó su nombre de nuevo y sonrió beatíficamente. Se puso en pie, empujándose para alcanzar la manilla de la puerta de la cocina, y entró en ésta, dándose aires de importancia. Luego su sonrisa desapareció. Empezó a lloriquear lastimeramente, lanzando a Alice una mirada malévolamente. Ésta le correspondió con una triste sonrisa. Era horrible odiar a un niño. ¿Sería todo culpa de Kathy? Alice agitó la cabeza en silencio. Así lo esperaba, y a menudo oraba porque Angelo cambiara, como suelen hacer todos los niños cuando el mundo los asalta con la dura realidad y se niega a mimarlos como los mimaron sus madres, y exige de ellos al menos cierta apariencia de humanidad y conducta decente o, de lo contrario, los castiga con rigor.

Cuando Kathy vio a su hijo, su rostro irradió pura luz. Lo cogió en sus brazos con un grito de éxtasis, casi lascivo en el fondo. Lo oprimió contra su pecho y lo cubrió de besos. Sabía la postura exacta que debía adoptar: las piernas un poco separadas, la espalda echada hacia atrás; un hombro algo alzado, un brazo en torno al niño, el otro sobre él, y su mano acariciándole el rostro, para crear un cuadro encantador de madre e hijo. Como de costumbre, Alice pensó para sí, y de nuevo con pena, que Kathy era una comicucha aficionada. Se preguntó si su hermana sería capaz de adoptar esa postura aun sin tener público. Era muy posible. Contempló gravemente a Angelo, mientras su madre le acariciaba y le besaba, y él le sonrió con patente malicia, pues era un niño muy inteligente, dueño de esa aguda comprensión con que un niño capta las emociones de los adultos.

Era mucho más grande que un niño normal de su edad, musculoso más que grueso, y en realidad el niño más hermoso que Alice había visto en su vida. Ella enseñaba a niños pequeños, un año o dos mayores que su sobrino, algunos muy guapos y lindos. Ninguno podía compararse con Angelo. Fue guapo desde el mismo momento en que naciera; su piel no estaba enrojecida ni arrugada, ni tenía el menor parecido con un monito. Ya desde su nacimiento tenía el pelo tan rizado y castaño rojizo como ahora, los ojos castaño claro igual de grandes y brillantes, la piel tan blanca y suave, los labios tan rosados, las mejillas con sus hoyuelos y la nariz tan bien formada, la barbilla redonda y firme, y las orejitas perfectas. Nunca había tenido

esa mirada un poco desenfocada del bebé corriente; casi desde el instante en que nació parecía verlo y conocerlo todo. Resultaba muy parecido a sus padres. Tenía el atractivo de Kathy, su sonrisa fascinadora, sus modales cautivadores... cuando le convenía más cautivar que exigir con gritos de rabia. En ocasiones, su perfil recordaba al de su padre, lo que resultaba doloroso para Alice, y por eso su odio no siempre era firme.

—¡Precioso mío! —entonó Kathy bailando por la cocina con el pequeño en brazos, con las faldas alzándose y ondeando y el pelo flotando en torno al rostro—. ¡Mi cielo! ¡Encanto de mamá! ¡Cielito de mamá! Oo... Oo... Oo...

La mirada de Angelo no se apartaba ni un segundo del rostro distraído de Alice. Soltó una risita y, cuando pellizcó la mejilla de su madre, el pellizco fue menos salvaje y deliberadamente doloroso que de costumbre. Kathy besó los fuertes y morenitos dedos y echó atrás la cabeza para dejar que sus ojos se alzaran en muda adoración por encima del pequeño.

—¡Oh, Alicia! —murmuró líricamente—. Esto es lo que yo quería decir sobre el matrimonio.

Dejó que Angelo se deslizara hasta el suelo, siguiendo su bajada con besos allí donde pudiera dárselos.

—¡Oh, Alicia! ¿No le echas de menos, ahora que ya no vives con él?

Ésta dijo tan sólo:

—Me gustaría que me llamas por mi verdadero nombre, Kathy —miró en torno buscando el bolso, y luego recordó que lo había dejado en el vestíbulo—. Tengo que irme, de verdad. Al menos me esperan cuatro horas de estudio.

Con un brusco cambio de tono, su hermana dijo a Elsie, que miraba a Angelo con curiosa expresión:

—Llévate a Ángel al cuarto de baño. Ya hace dos horas.

—¡No! —gritó éste dando una patadita—. ¡No quiero ir!

—¡Oh, cariño, pero tienes que ir, tienes que ir! Ya sabes cómo te gusta el orinalito verdecito del cuarto de baño. Pero ¿prefieres ir arriba? —Casi se arrodilló ante él, con la cabeza inclinada a un lado, como un perro en adoración, los ojos intensos y ansiosos.

—¡No, no! —gritó de nuevo el niño, pateando fuertemente en el suelo de linóleo color coral—. ¡Quiero el orinalito verde!

«¿Es que no puede dejarle solo ni un minuto? —pensó Alice, asqueada—. ¡Siempre está lloriqueándole!».

Kathy gritó de alegría, aplaudiendo la decisión de su hijo. Le cogió de nuevo en brazos.

—¡Yo te llevaré! —decidió con su voz cantarina. Salió de la cocina con Angelo y pasó al amplio y fresco vestíbulo cuyo suelo estaba cubierto de mármol blanco y negro. Alice pudo oír el rápido correr de sus pasos sobre la piedra y los constantes arrullos amorosos. A solas con Elsie, le dijo en voz baja:

—Elsie, el trabajo no es demasiado malo. ¿Por qué no te quedas?

La muchacha contestó inmediatamente, con toda sencillez:

—¿Sabe que me voy, señorita Knowles? Entonces tiene que comprender por qué no puedo quedarme. Lo siento, pero es ese... ese crío. Me pegó dos veces hoy, y tengo las piernas llenas de moretones. Además, podría ganar más dinero en cualquier otro sitio, y con más tiempo libre. La señora Saint dijo que podría estar libre prácticamente todas las tardes, excepto cuando ellos salieran, pero no es así. Tengo que sentarme arriba junto a ese... mocoso, y observar cómo respira, y cantarle hasta que se duerme, excepto en las ocasiones en que la señora Saint quiere cantar o leer para él hasta que se queda dormida. Incluso entonces tengo que estar por allí para hacer cualquier cosa que a él se le ocurra si se despierta. Y siempre tienen invitados, señorita Knowles. La semana pasada sólo hubo una noche que no tuvieran. Entonces no acabo hasta las doce o así, y tengo que levantarme a las seis. No hubiera aceptado este puesto de haberlo sabido —añadió con amargura—: Demasiado trabajo. Tengo que estar trajinando constantemente. En cuanto me siento, la señora Saint encuentra algo que ordenarme. Lo siento. Es su hermana, y creo que no debería hablar de este modo.

Miró a Alice con turbación. Elsie era una muchacha baja y fuerte, de aspecto limpio y aire de dignidad y respeto por sí misma. Llevaba el pelo oscuro muy bien peinado, y sus ojos oscuros eran firmes y sinceros. Alice suspiró y bajó la vista. Elsie era la mejor criada de que Kathy había disfrutado hasta entonces, tenía muy buenas manos para la cocina, trabajaba con afán y era una persona dotada de dignidad y orgullo.

—De acuerdo —dijo—. Por supuesto, debes hacer lo que sea más conveniente para ti. Te comprendo. —Vaciló—. Si quieres, Elsie, yo escribiré las referencias.

Las dos muchachas se miraron sincera y comprensivamente. Elsie asintió, y su boca tembló un instante:

—Aún no se lo he dicho a la señora Saint. Voy a darle una semana de aviso a partir de mañana. Pero, francamente, señorita Knowles, ¡no sé cómo voy a aguantar otra semana más! Aprecio mucho al señor Saint. Es un hombre realmente agradable y considerado, y siempre me habla como a un ser humano, no como la señora. ¡Y yo que pensé que ella era encantadora cuando acepté el trabajo, hace tres semanas! Ya ve lo estúpida que soy. Lo siento. No debería...

Alice miró la inmaculada cocina, en torno suyo. Todas las habitaciones de la casa eran perfectas, brillantes, pulidas, espléndidas. Kathy sabía sacar buen provecho del sueldo que pagaba a las criadas y mujeres de la limpieza, ella misma era incansable, y poseía un notable sentido del color y la decoración. En realidad, era la admiración y el terror de los decoradores. Todo era de la mejor calidad, único, distinguido. Como la misma Kathy, la casa era encantadora. Su conversación podría ser banal, su inteligencia no demasiado brillante, pero su gusto era impecable. Alice pensaba a veces en sus padres, tan vulgares que preferían las cortinas de terciopelo rojo, los

muebles pesados de asientos de crin, y las alfombras oscuras y gruesas, y se preguntaba dónde había adquirido Kathy aquel buen gusto por lo delicado, lo noble, lo más adecuado. Se alisó el traje de lino gris con las manos y quedó pensativa. Desde luego, admitió sinceramente, ella no tenía el gusto de Kathy.

Su hermana mayor volvió a la cocina riendo, mostrando todos sus blancos dientecitos en gozosa sonrisa.

—¡Qué mayor se ha hecho ya mi bebé! ¡No quiere que me quede con él cuando está sentado en el orinalito! ¡Pero qué grande es mi niño!

—Desde luego que lo es —dijo Alice secamente—. Me alegro de que te hayas dado cuenta. Estará en el parvulario en menos de un año, o quizás en primer grado, si aprende a controlarse.

El rostro de Kathy cambió:

—¡Alicia! Tú no sabes nada de niños, y eso es malo para Los Niños. Tengo un libro nuevo de psicología infantil. Me gustaría que lo leyeras. Todos los psiquiatras se muestran unánimes al asegurar que los niños sienten un gran placer en ensuciarse, aun cuando sean mayores que Ángel. Y que los padres no deben privarles de ese placer demasiado pronto. Se puede arruinar la vida de un niño, dar origen a un trauma en su naturaleza emocional, si se le obliga a acostumbrarse a ir al cuarto de baño demasiado pronto. ¡Pregunta a cualquier psiquiatra!

—No —dijo Alice—. Prefiero preguntar a la gente que tiene sentido común. Ángel tiene más de cuatro años. Si fuera mi hijo, le daría una paliza cuando se ensuciara, que no podría sentarse durante horas, y así lo recordaría siempre.

Kathy se encogió de hombros y sonrió:

—Compadezco a Los Niños de tu clase.

—Una cosa puedo decirte —siguió Alice—. Que no vienen con pañales para que yo los cambie. Ni siquiera niños tan pequeños como Angelo. Ninguna maestra los aguantaría un minuto, y los otros niños les darían una buena lección la primera vez.

—No me extraña que tantos pobres niños sufran fallos mentales y tengan dificultades emocionales —dijo Kathy con un suspiro sentimental— y hayan de reprimir sentimientos hostiles, y tengan conflictos. No me extraña que tengamos tantos delincuentes juveniles.

—Kathy, no seas tan estúpida repitiendo esa jerga psiquiátrica constantemente. No sabes de niños más que los psiquiatras. Tú fuiste secretaria de Mark, ¿recuerdas? Y muy buena. Y eres una magnífica ama de casa, y la mejor cocinera del mundo. Límitate a tus valores y no me mires tan furiosa. Ahora tengo que irme, de verdad.

—¡Oh, pero quiero que veas las nuevas cortinas del dormitorio! —gritó Kathy, rechazando las palabras de su hermana como pueriles—. Son de un tejido estupendo. Y nunca adivinarías lo que he pagado porque me las hicieran. Casi me avergüenza decírtelo.

—Estoy segura de que te has aprovechado otra vez de la señora Sears —dijo Alice, con rostro inexpresivo—. Siempre lo haces. Ella no gana un céntimo cosiendo

para ti. ¿Cómo lo consigues? ¿Es que la hipnotizas o qué? ¿O será que le das gratis lecciones de psiquiatría infantil? Ella ha de mantener a dos nietos, ¿sabes?

—¡Saca un enorme beneficio de la buena reputación que le da el trabajar para los Saint! —contestó enojada su hermana—. Y no creas que no presume de ello. —No había el menor sonrojo en sus mejillas—. Y ¿qué mal hay en conseguir una buena ganga y todo el valor de tu dinero... o un poco más?

—Ya veré las cortinas en otra ocasión —dijo Alice, volviéndose—. Además, ¿no se está haciendo un poco tarde para la importante meriendita de Angelo? Creo que ya lleva mucho tiempo en el baño.

Kathy corrió a la nevera para sacar el platito de queso hermosamente decorado, la gelatina rosada y brillante, y una linda jarrita de leche, especial para el niño. Mientras estaba así ocupada, poniéndolo todo sobre la mesa de la cocina, Alice sonrió a Elsie y salió al gran vestíbulo, donde hacía un fresco muy agradable, con el mármol tan brillante, y la gran escalera airosa que parecía ascender, flotante, hasta el segundo piso. Se detuvo un momento para disfrutar de todo aquello que dejara voluntaria y gustosamente, pero que aún añoraba. Los muros, en tono marfil, estaban decorados con algunos originales modernos, excelentes, en colores vividos y brillantes, enmarcados exquisitamente. En la pared, frente a ella, había un espejo Chippendale sobre una hermosa consola. En esa consola había dejado Alice el bolso. Ahora no estaba allí.

—Espera un minuto —gritó Kathy desde la cocina—. Quiero decirte algo, Alicia.

—De acuerdo —contestó.

Estaba segura de que había dejado el bolso aquí. Sus libros seguían aún en la consola. Y había dejado el bolso junto a ellos. Miró la silla Chippendale, al lado de la escalera. Pero el bolso no se veía. Frunció el ceño.

Algo captó su mirada junto a la puerta de cristal que llevaba al exterior. La puerta del cuarto de baño, a la derecha, estaba ligeramente abierta. Se dirigió allí inmediatamente, preguntando:

—Angelo, ¿has cogido mi bolso?

Llamó a la puerta, que se abrió a su roce. La linda habitación estaba vacía. Angelo ya no estaba allí; pero en el suelo yacía el bolso de Alicia.

Lo contempló con incrédulo sobresalto. Lo habían abierto, y todo su contenido estaba desparramado por el suelo. Todo había sido metódicamente destrozado. La barra de labios estaba a un lado, arrancada de su estuche dorado, y éste había sido brutalmente aplastado sobre las baldosas. La polvera que Mark le regalara en Navidad estaba abierta, roto el espejo, los polvos derramados. Un fuerte tacón había pateado y destrozado la tapa. Las gafas de sol, estrelladas contra el lavabo, yacían rotas en un par de dedos de agua. El peinecito incrustado de pedrería del que Alice se sentía tan orgullosa, flotaba en el retrete. También habían abierto el billetero y arrojado los billetes por todas partes, algunos incluso en el agua, uno o dos rotos en pedazos. El pequeño portamonedas estaba abierto, y su contenido —plata y cobre—

desparramado por el suelo. El pañuelo desgarrado. El esenciero en fragmentos en un rincón. Todo el cuarto de baño olía intensamente al perfume francés que ella atesoraba.

Aterrada, temblando, Alice se dejó caer sobre los talones y contempló el bestial acto de vandalismo que su sobrino había cometido con ella. Comprendía que el niño estaba rabioso de que ella le conociera tan bien. Él odiaba su perspicacia y la odiaba a ella. Esto no era simple malicia infantil, algo que se hace sin pensar. Era una horrible exhibición de algo demasiado malvado incluso para pensarlo, de una maldad nada infantil. Tembló. No oyó que se abría la puerta del vestíbulo y cayó de rodillas al escuchar una voz masculina que le decía con todo cariño:

—Alice, ¿qué estás haciendo ahí? ¿Diciendo tus oraciones?

Se sentía demasiado afectada para contestar al momento. Era como si tuviera un nudo amargo, salado, en la garganta, y una niebla ante sus ojos. Un helado temblor de desesperación recorrió todo su cuerpo. Pero, aún de rodillas, extendió las manos para ocultar, para esconder a la vista de Mark Saint, lo que, en su misericordia, no quería que él viera. Y dijo con voz temblorosa, sin mirarle:

—¡Oh, qué tontería! Yo... bueno... se me cayó el bolso, y ya ves lo que sucedió.

—¡Vaya lío! —dijo él comprensivamente, con aquella voz fuerte y amable que ella amaba profundamente. Se arrodilló a su lado—. Déjame ayudarte.

Dejó la cartera de negocios a un lado. Luego silbó. Recogió la polvera y la examinó. Su rostro cambió, se ensombreció, y Alice dijo rápidamente:

—Cuando se me cayó todo, pisé sin querer la pobre polvera.

El hombro de Mark estaba junto al suyo, un hombro cubierto de franela oscura, y Alice deseó apoyarse en él y dar rienda suelta a sus lágrimas. Recogió casi a ciegas la ruina de sus posesiones e intentó reír. El sonido fue casi un gemido.

—Y supongo que también rompiste tú esos billetes —dijo Mark con tono extraño— y echaste el peine al retrete y aplastaste el lápiz de labios contra el suelo y retorcaste las gafas y las echaste al lavabo.

—Por favor —murmuró Alice—. Por favor, Mark. No importa. Realmente no importa.

—¡Oh, Mark! —gritó Kathy con voz alegre—. ¿Has vuelto más pronto hoy? Pero ¿qué hacéis ahí los dos, en el suelo del cuarto de baño? ¡Oh, ya veo! ¿Se te cayó el bolso, Alicia? ¡Qué lástima!

Mark se irguió lentamente sobre sus rodillas y giró el cuerpo hacia su esposa mientras Alice recogía apresuradamente lo que quedaba, lanzándolo al bolso. Se cortó el índice con un cristal, y, como una niña, se metió el dedo en la boca. Los ojos le ardían por las lágrimas reprimidas.

—¿Dónde está Angelo? —preguntó Mark en voz baja. Su rostro delgado, ensombrecido ahora, sus ojos castaños e inteligentes, sus hermosos rasgos, estaban fríos.

—Sí, sí, ¿dónde está mi Ángel? —exclamó Kathy mirando primero en todo el

cuarto de baño y luego en el vestíbulo—. ¡Oh, ese pillo! Debe haberse ido a su cuarto. —Empezó a subir la escalera y, con la mano en la barandilla, entonó mirando hacia arriba—: Encanto, bonito, ¿dónde estás? ¡Tu meriendita ya está preparada!

Mark se puso en pie y miró a su esposa desde el otro lado del vestíbulo de mármol blanco y negro.

—Kathy —llamó en voz baja.

Ella volvió un rostro radiante hacia él, y luego su expresión se tornó quisquillosa.

—¿Qué pasa, Mark? —preguntó con impaciencia—. Mira, cariño, voy a tener que subir y buscar a ese guasón. ¡A veces hace algunas travesuras!

—Sí —dijo Mark, aún en voz baja—. Ya lo creo que las hace. Ven aquí, Kathy. Quiero que veas esto. Esto no es una travesura. Esto es una exhibición de... no quiero decirlo, Kathy. Sólo quiero que veas lo que tu hijo le ha hecho a Alice.

—¿De qué estás hablando? —exigió Kathy, y su voz era aguda. Corrió sobre el mármol, con sus faldas revoloteando en torno, como una bailarina—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué ha hecho nuestro bebé?

—Ésta no es la obra de un bebé —dijo Mark. Alzó amablemente a Alice del suelo, cogiéndole las temblorosas manos y las retuvo apretadas contra las suyas—. Mira, Kathy, Angelo hizo esto. Y puedo adivinar por qué. Pero no quiero decirlo, ya lo sabes.

Kathy, con un murmullo de enojo, se inclinó y contempló todo el daño. Sus ojos se agrandaron. Se mordió los labios. Luego miró a Alice, y su mirada estaba cargada de enorme disgusto.

—¿Qué le dijiste al pobre niño, Alicia —preguntó con voz dura—, cuando intentaste entrar aquí? Debió haber sido algo horrible. ¡Oh, pobre niño!

—Por favor —dijo Alice, luchando por contener los sollozos—. No importa. Por favor, Mark. —Pero le permitió que siguiera reteniendo sus manos. Ahora estaban muy cerca, y Alice dejó que sus ojos contemplaran la piel morena de Mark, y su corazón se agitó.

—¿Qué le dijiste? —insistió Kathy con un grito—. ¿Qué cosa terrible le dijiste?

—No estaba aquí cuando abrí la puerta —contestó al fin, con labios temblorosos—. Por favor, no os preocupéis. Sólo ha sido una rabieta infantil.

—¡Pues naturalmente que sólo fue una rabieta infantil! —dijo la madre—. Después de todo, sólo es un bebé. ¿Estás segura de que no dejaste caer el bolso tú misma?

—No seas idiota, Kathy —dijo Mark. Jamás antes le había hablado así—. Mira el retrete, mira el lavabo. Supongo que ahora le preguntarás a Alice si no lo hizo todo ella misma.

—Sólo ha sido una rabieta —insistió Kathy. Su rostro estaba completamente encendido.

—Sí, sí —dijo su hermana—. Creo que estamos armando demasiado jaleo por...

Pero Mark les interrumpió con una voz tan dura como el restallar de un látigo:

—¡Trae a ese niño, Kathy! ¿Me oyes? ¡Lo quiero aquí en seguida! Ahora se ha pasado de la raya. He estado previniéndote contra esto, y al fin ha sucedido. Ahora que ha actuado en realidad como un demonio, va a ser castigado como un demonio, y va a recibir la primera paliza de su vida. ¡Y de su padre!

Angelo se materializó de pronto detrás de su madre: un hermoso niño, alto para su edad, con una amplia sonrisa de cariño y grandes ojos inocentes.

—Aquí estoy, papá —dijo, y alzó un rostro verdaderamente angélico hacia su padre. Mark soltó las manos de Alice e involuntariamente retrocedió un paso—. ¿Me llamabas, papá? —preguntó con toda la dulzura de Kathy en su voz infantil.

Ésta le atrajo contra sus faldas y le pasó un brazo por los hombros. Y en sus ojos brillaba cierta maldad cuando los fijó, no en Mark, sino en Alice.

—¡No es más que un bebé! —insistió—. Alicia, debes haberle dicho algo terrible...

Pero Mark, poniéndose las manos en las rodillas, se inclinó para encararse con su hijo. Sus rasgos eran duros y firmes. Preguntó:

—Angelo, ¿por qué lo hiciste?

—¡No hice nada! —gritó el niño de pronto—. ¡No lo hice yo, no lo hice yo! —Enterró el rostro en las faldas de su madre y le golpeó los brazos con los puñitos cerrados—. ¡La odio, la odio, la odio!

—Ya lo veis —dijo Kathy en tono significativo—. ¡Oh, Señor, ya está sudando y temblando! Seguro que se pone malo esta noche.

—Hijo —repitió Mark, pero Angelo seguía llorando.

Alice se metió el bolso bajo el brazo y miró la puerta con desesperación. Pero Mark se interponía entre ella y la huida. Por eso le dijo:

—Preferiría que no te pusieras así, Mark. No importa. Los niños hacen muchas cosas raras. Soy maestra y lo sé.

—¡Todo esto le ha sobreexcitado en demasía! —exclamó Kathy—. Tócale la frente, Mark, y el cuello. Está muy caliente, todo mojado. Quizá tenga fiebre.

—Es ella la que... sobre... excit... —lloriqueó Angelo desde la protección de los brazos de su madre.

Mark extendió el brazo y lo arrancó de su refugio. Obligó al niño a volverse hacia él, a mirarle, mientras Angelo, todavía llorando, extendía los bracitos en dirección a Kathy, en busca de consuelo. Luego Mark le tomó por los hombros y le agitó con violencia, y Kathy lanzó un grito salvaje, animal, como si la hubieran asaltado, cogiendo uno de los brazos del niño. Su rostro se había tornado de pronto pálido y sudoroso, tenía la boca abierta, los ojos parecían que iban a saltarle de las órbitas. Se aferraba al brazo de Angelo tratando de librarlo de las manos de Mark.

—¡No te atrevas, no te atrevas! —gritó salvajemente—. ¡No te atrevas a tocarle, Mark Saint! ¡Suéltale! ¡Tendrá una convulsión! ¡Vas a matarle, te lo aseguro, vas a matarle!

Alice se apoyó en la pared y cerró los ojos sintiendo náuseas. Luego oyó dos

fuertes bofetones, casi como dos tiros, uno tras otro, que fueron a caer sobre el niño lloroso y su madre. Y, de pronto, sólo se oyó llorar a Kathy... Alice abrió los ojos.

Kathy estrechaba al niño entre sus brazos. Su boca abierta emitía un gemido tras otro, y sus ojos muy abiertos, miraban aturridos. Las mejillas de Angelo enrojecían rápidamente, pero él permanecía silencioso. Se tocaba el rostro y miraba sin pestañear a su padre, cuya mano estaba aún alzada tras el bofetón.

Alice huyó, lanzándose a la puerta y recorriendo a toda prisa el camino hacia la calle, donde le aguardaba su coche, viejo y pequeño, junto a la acera. Corría como si huyera de una visión espantosa, y el corazón le latía desordenadamente, agobiado por la carrera y por la angustia.

Alice Knowles salió al aire libre bajo una fina nevada de primavera, como arena que volara. Hacía mucho frío, vigorizante para su cansado rostro. Era casi la última maestra en dejar la escuela. Unos cuantos niños chillaban en el patio de juego adyacente, y el sonido de sus voces era como el rechinar del acero para sus oídos. ¡Estaba tan cansada! Una vez había preguntado a su antigua profesora, que daba gracias a Dios porque ya se acercaba a la edad de la jubilación, si los niños de primer grado habían sido tan agotadores en su época, y la maestra, con toda prontitud había respondido negativamente. Hacía veinticinco años, había dicho, cuando enseñaba primer grado, se esperaba que los niños y niñas de cinco y seis años supieran comportarse, actuaran respetuosamente en su trato con los maestros, se vistieran solos, aún en pleno invierno, con sus abrigos y botas, y se mostraran interesados, o al menos quietos, en sus pupitres. «¡Vaya, si hasta sabían leer bien al final del primer año!» —había exclamado su maestra—. «Ahora ni siquiera leen bien en el quinto grado. No sé. ¿Es que los niños de ahora son inferiores, con todo esto de la educación en masa o es que los padres son ahora más tontos, descuidados e indiferentes de lo que solían ser? A veces los contemplo y estudio durante las reuniones de padres de familia, y siempre tienen algo que decir con voces altas y ruidosas... ¡pero no dicen nada! Quieren que las maestras sean niñeras veinticuatro horas, psicólogas infantiles, compañeras de juegos, directoras de coro, doncellas y adoradoras de niños. Especialmente, quieren que las maestras adoren a los suyos, como si jamás antes hubiera habido niños tan magníficos en el mundo. ¿La educación? ¿La disciplina? ¡No son esenciales! Y, sin embargo, ¡esas mismas personas tienen la audacia de echar la culpa a las escuelas de la delincuencia, la ignorancia y la incapacidad de aprender de sus hijos! ¡Y con lo que cobramos, además! A los niños hay que darles salones de mármol, mucho deporte... y ¡a paseo las asignaturas! No es culpa nuestra; es de los padres. Ellos reciben lo que han querido tener, y lo que merecen».

Pero los maestros no merecían la clase de niños que en estos días llenaban ruidosa y descaradamente las aulas. No merecían niños de seis años incapaces de hacer siquiera las cosas más elementales por sí mismos. No merecían niños que chillaban y amenazaban al menor intento de imponerles disciplina, y que saltaban y brincaban en sus asientos y gritaban y reían mientras las pobres maestras trataban de enseñarles. «¿Por qué desea una ser maestra?» —pensó Alice—. «No es por el sueldo, que es lamentablemente pequeño. Me gustan los niños. Creo que enseñar es lo más noble del mundo, y la mayoría de las maestras lo piensan así también. Pero los padres han degradado nuestro trabajo, convirtiéndolo en bajo e indigno».

Como hacía con frecuencia, Alice consideró seriamente la idea de abandonar por completo la enseñanza. Era una muchacha muy instruida, había seguido un curso comercial aparte de sus estudios de artes liberales. Podía conseguir un puesto en una

oficina con una paga mucho mejor que la que recibía en el colegio, varios beneficios además, vacaciones pagadas, y la compañía de adultos inteligentes. Entonces ¿por qué se quedaba? ¿Era acaso por un sentido de deber hacia aquellas masas de gordezuelos seres humanos —crecidos exageradamente, sobrealimentados, supermimados, atiborrados de vitaminas, rezumantes de leche— y un sentido del deber para con el mundo del futuro? Si nadie intentaba contrarrestar la incapacidad de los estúpidos padres, entonces, en una o dos décadas, América estaría llena de hombres y mujeres aptos para caer en manos de cualquier dictadura que los guiara y gobernara, los alimentara y alojara, a expensas de su alma inmortal y de la existencia misma de su país libre.

La gente hablaba por ignorancia de las «pocas horas y largas vacaciones» de los maestros, y de su «seguridad». Era cierto que Alice y los demás maestros quedaban oficialmente libres de trabajo después de las tres en punto. Pero ése era sólo el principio del auténtico trabajo, como corregir exámenes, programar las lecciones y ampliar los estudios. Si un maestro trabajaba menos de diez horas al día es que era un caso especial, y éste no existía, que Alice supiera. Las vacaciones de verano eran un período de agotadores intentos de descansar o de trabajos extra en otros empleos para compensar el sueldo tan bajo, o de estudios y cursillos en diversas instituciones con objeto de llegar a ser mejores maestros. ¡Y después se criticaba a las maestras porque tenían aspecto agotado y poco atractivo! «¿Es que esperan que aparezcamos lindas como modelos después de pelear durante horas con unos niños? —preguntó una vez Alice a una antigua maestra—. ¿O es que creen que podemos permitirnos modelos franceses con nuestro sueldo?».

Descendió lentamente los amplios escalones de piedra blanca de la escuela mientras la nieve primaveral acariciaba compasivamente su rostro tenso y agobiado. Miró tras ella a la escuela, un magnífico edificio de dos pisos de ladrillo rosa, muy moderno, muy caro, con suelos de mosaico, lavabos que un César envidiaría, gimnasios equipados para reyes, una piscina de baldosas color aguamarina, aulas tan cómodas y encantadoras como salones, y un pequeño teatro que hubiera despertado la envidia de muchos actores de Broadway. Pero el salario de Alice, en su primer año, no llegaba a cuatro mil dólares al año, después de las deducciones por pensión, impuestos y varios. Y ella, y la otra maestra, pagaban ochenta dólares al mes por su pequeño apartamento en el tercer piso, bajo el tejado, compartiendo un cuarto de baño muy primitivo con otras dos maestras del apartamento vecino. «Somos imbéciles», pensó Alice con cólera. «Deberíamos exigir el doble del dinero que recibimos; deberíamos exigir que los padres respetaran nuestra autoridad y no se metieran en nuestras cosas; deberíamos exigir menos colegios lujosos; deberíamos exigir que no se esperara de nosotros actividades fuera de la enseñanza, a fin de disponer de tiempo y energías para dedicarnos a la pura enseñanza y nada más. Las escuelas no son “centros de felicidad”; son lugares para enseñar a los pequeños los rigores de la realidad, la disciplina de la vida, y, especialmente proporcionales, todos

los conocimientos posibles».

Unas cuantas maestras se cruzaron con ella. Estaban demasiado cansadas para detenerse a charlar, por lo que se limitaron a intercambiar una tensa sonrisa con ella. Algunas eran ya viejas, y se las veía cargadas de hombros, desaseadas. Otras empezaban a dar señales de intensa tensión tras apenas unos cuantos años de enseñanza. Y algunas eran tan jóvenes, confusas y rebeldes como ella misma. Pero todas estaban agotadas.

En ocasiones, venía de visita un psiquiatra y, con toda firmeza, procedía a dar una conferencia a las maestras. Debían enseñar a los niños «adaptación a la vida, felicidad, amenidades sociales, cooperación de grupo». Debían estar «alerta» ante los problemas emocionales que sufrieran los niños a su cargo. Éstos eran días muy complejos, decía el psiquiatra, dejando que sus ojos recorrieran el grupo de mujeres silenciosas. El niño debía contar con un centro de seguridad, amor y felicidad en su escuela, que le resguardara de las tormentas, frustración e inseguridad del mundo. Lo que ese idiota no recuerda o no sabe, se decía Alice, que había estudiado mucha historia, es que el mundo siempre ha estado lleno de tormentas, frustración e inseguridad, desde su mismo nacimiento, y que, de un modo u otro, con valor, fuerza y fortaleza, los niños del pasado consiguieron sobrevivir y crear la civilización, el arte, la ciencia, y construir y mantener iglesias, y obligar a todos a cumplir las leyes de Dios y del hombre. Aprendieron su primera disciplina, su primera responsabilidad para con el mundo en que vivían, en la escuela. Pero los padres habían empezado a exigir un enfoque más «moderno» de la enseñanza, habían conseguido, y con ello, niños sin disciplina, débiles, chillones y exigentes, maduros para el crimen, para el dominio de los fuertes sin principios, para el ateísmo. ¿Cuándo y dónde empezó esta adoración por LOS NIÑOS? ¿Quién les había dicho que eran las criaturas más importantes del mundo? Y aún había otro signo más terrible en las escuelas de estos tiempos: la mayoría de los niños o niñas exhibían ya los rasgos de su propio sobrino, de Angelo Bruce Saint.

Suspirando, sujetando libros y papeles entre sus brazos, Alice recorrió la calle hasta un *drugstore* donde podría tomar la taza de café que tan urgentemente necesitaba. Deseaba retrasar lo más posible el regreso al helado y pobre apartamento en el que vivía. La cafetería estaba llena de alborotadores chicos y chicas de toda edad, que pasaban de un mostrador a otro, se detenían a tomar algo, se quitaban las revistas de dibujos, gritando, riendo, corriendo. ¿Por qué aquellos chicos y chicas, adolescentes ya, no estaban en sus casas, ayudando a sus madres, o ganándose su propio dinero de bolsillo en algún trabajo por el vecindario? Todos eran excesivamente grandotes, pesados, con ropas demasiado lujosas, los ojos vacíos, una vacua sonrisa. Éste era un distrito de clase media baja, pero los niños parecían pertenecer a familias de millonarios debido al estúpido sacrificio y vanidad de sus padres que trabajaban en exceso. Cuando fueran mayores, y el duro mundo de la realidad cayera sobre ellos, llorarían como criaturas desconcertadas y furiosas,

exigiendo a sus vecinos y su gobierno los mismos beneficios y mimos que disfrutaran en las escuelas y hogares... para ruina de América.

Alice era joven y fuerte, y no mucho mayor que la mayoría de los que estaban allí, por lo que adelantó y venció a un joven y a su amiga en la carrera hacia una mesa vacía. Ellos la miraron con desprecio. Se sentó, dejó los libros y papeles en la mesa y miró con severidad a los dos, que seguían murmurando indignados muy cerca. Su mirada los intimidó, gruñendo malhumorados se apartaron sin dejar de hacer comentarios despectivos sobre las «maestras». Pidió café y dos donuts, y apoyó la cansada mejilla en la mano mientras aguardaba. Cerró los ojos enrojecidos, en su intento de no oír el estruendo a su alrededor.

Una voz masculina exclamó con sorpresa y gozo:

—¡Vaya, hola, Allie!

Alzó la cabeza asustada y vio a Mark Saint, con la cartera en la mano, de pie junto a su mesa. Era muy alto y estaba muy delgado pero lleno de vida, la piel morena enrojecida por el frío y el rizado cabello moteado de nieve. El corazón de Alice latió con un gozo penoso. No había visto a su cuñado desde agosto, hacía ocho meses. No pudo hablar, sólo consiguió ofrecerle una sonrisa. Mark se sentó frente a ella y le miró con afecto.

—Venía a recoger una receta, y te encuentro aquí —dijo—. ¿Qué tal estás, Allie?

—Muy bien, Mark. —El estruendo del *drugstore* se había borrado de la conciencia de Alice. Un débil temblor recorría su cuerpo. Vino la camarera con el café y los dos donuts y Mark pidió otra taza para él. Luego dijo, con voz baja y solícita—. Pareces cansada, Allie. ¿Te ocurre algo malo?

—No. Sólo la escuela —contestó. Un rubor, que parecía del apuro que sentía, empezó a cubrir sus pálidas mejillas—. ¿Cómo... como está Kathy? ¿Y Angelo?

—Pues muy bien. —Una expresión hermética apareció en su rostro cuando inclinó la cabeza y empezó a remover el azúcar—. ¿Por qué no has vuelto por allí, Allie? Ni siquiera te vimos el día de Acción de Gracias, ni en Navidad. Kathy me dijo que tu amiga, la otra maestra, te había invitado a pasar las vacaciones con ella y sus padres en Boston. Pero podías haber venido en otras ocasiones. Después de todo, somos la única familia que tienes.

Alzó la cabeza repentinamente y la miró con sus escudriñadores ojos. Apresuradamente, Alice apartó el rostro.

—Iré muy pronto —murmuró—. Es que he estado tan ocupada...

Mark guardó silencio. Elsie, la víspera del día en que se marchó de la casa de los Saint, había ido a decirle con toda sinceridad que, a raíz de aquella horrible tarde de agosto, Kathy había telefoneado a su hermana y le había acusado históricamente de muchas cosas, entre ellas de odiar a su hijo, de atacar a su hijo movida por los celos, de insultar a su hijo e intentar crear disensiones entre marido y mujer. Kathy le había prohibido a Alice que fuera a su casa en el futuro.

—¡No quiero volver a verte! —había gritado—. ¡Siempre hay tensión y

problemas cuando tú estás aquí, y mis nervios son demasiado delicados, y Ángel es demasiado sensible para soportarlo!

Alice pensaba también ahora en aquella llamada telefónica. Ignoraba que Mark estuviera enterado de ello. Después, el día de Acción de Gracias y también en Navidad, Kathy había escrito notas quejasas y sensibleras, acusándola de abandono, e invitándola, como de costumbre, a pasar las vacaciones con ellos. Esta falta de sensibilidad había dejado atónita a Alice, que respondió con corteses excusas. Pero ahora era Kathy la que hablaba constantemente con Mark de la frialdad de Alice, de su falta de afecto para con su «familia». ¿Es que era una inconsciente, incapaz de sinceridad y comprensión, o es que su llamada a Alice había sido simplemente la reacción histérica a los sucesos de aquel día de agosto? Mark se lo preguntaba a menudo, y Alice también.

—Tú ya conoces a Kathy —dijo Mark sinceramente, inclinándose hacia Alice—. No deberías tomarla en serio. Eres su única hermana. Y ella te quiere; eso lo sabes, Allie.

—Oh, sí, claro —dijo ésta con creciente incomodidad—. Pronto iré a veros, Mark. —Pero no era ésa su intención. Pasaría mucho tiempo antes de que aquella herida se cerrara.

—Insistí en enviar a Angelo a un jardín de infancia en septiembre —dijo Mark—. E insisto en que se le llame por su segundo nombre: Bruce.

—¡Oh, cuánto me alegro de lo de la escuela! —dijo Alice. Se detuvo—. Pero Angelo es un nombre precioso. ¿Por qué Bruce?

Mark bebía el café.

—Los niños se reían de él en la escuela. Le llamaban «Santo Ángel»^[1]. Los niños pueden ser muy crueles, ya sabes. ¡Santo Ángel! Supongo que en eso estaba pensando Kathy cuando hizo que le pusieran Angelo al bautizarle. Pero... ¡piensa cómo suena, para un chico!

Alice sonrió:

—Bueno, me parece un poco caprichoso, pero precioso. No debería haber dicho esto. Lo siento. Sí, «Bruce» es mejor. Y ¿qué opina Kathy de eso?

—Sigue llamándole Ángel en casa. —Mark sonrió también—. Espero que se le pase ese capricho cuando él vaya creciendo.

—¿Y... Bruce? ¿Le gusta que le llamen Bruce?

Mark no la miraba ahora:

—No le gusta. Pero eso no importa. A partir de ahora, ése será su nombre: A. Bruce Saint.

—¿Le gusta el jardín de infancia?

Él quedó silencioso tanto tiempo, y su expresión era tan ausente y triste, que Alice llegó a pensar que no le había oído. Luego dijo con voz monótona:

—Ya no está en él.

—¡Oh! —Aguardó a que siguiera. Vio demasiados problemas en el rostro de

Mark, y deseó extender la mano y colocarla sobre las suyas, juntas ante ella. ¡Querido Mark! ¡Queridísimo Mark!

Éste se encogió de hombros:

—Odiaba la escuela. Después de cuatro semanas, aún seguía chillando histéricamente cada mañana en casa, haciendo escenas terribles con Kathy. Y ella lloraba con él. Cualquiera habría pensado que iban a separarse para siempre, con toda aquella emoción, rabia y dolor y tanto sentimiento mutuo. Pero él se quedaba bastante quieto en el coche, cuando yo conseguía al fin meterle allí, y era todo sonrisas a solas conmigo. Era como cerrar una boca de riego en el momento en que nos quedábamos solos. —Se encogió de hombros de nuevo—. Bueno, sólo tiene cinco años, ya sabes. Pero había niños más pequeños que él en el jardín de infancia. Y en septiembre tendrá que ir al parvulario. Habrá más escenas, naturalmente. Kathy ya está llorando sólo de pensar en ello, y Bruce grita ya ante la perspectiva.

—¿Por qué dejaste que Kathy le sacara del jardín de infancia? —preguntó Alice.

Mark dijo sin el menor énfasis en su voz:

—No lo sacó ella. Fue expulsado. Los maestros dijeron que era incorregible. Prefirieron usar este eufemismo que decir malcriado. Los maestros me dijeron que turbaba la escuela, que se peleaba con los niños y... —Se detuvo en seco.

—Lo siento —dijo Alice, con gran dolor de corazón.

—Todo se arreglará cualquier día. Después de todo, Kathy no puede detener el tiempo. Bruce crecerá. Ella dice que los maestros no «comprendían» a Bruce, que él sólo era más inteligente que los otros niños. Yo creo que tiene algo de razón en eso. El crío es realmente brillante.

—Sí —dijo Alice con sinceridad—. Realmente lo es, Mark. Recuerda que empezó a andar antes de cumplir los once meses, y que hablaba incluso antes. Ya cuando era un bebé pequeñito siempre estaba extraordinariamente alerta, vivaz, lleno de encanto. A los seis meses podía hacer cosas que los otros niños no hacen ni con un año.

El rostro de Mark se animó un poco, pero sólo un poco. Alice pensaba en los años en que viviera en casa de los Saint, y especialmente los años que siguieron al nacimiento de Angelo. Ella sólo tenía catorce años cuando nació el niño. Aquellos cuatro años siguientes habían estado llenos de tristeza, de ansiedad y dolor para Alice. Cuando Angelo o Bruce, tenía apenas un año, había detectado una extraña mirada de odio malicioso en sus hermosos ojos siempre que el niño la miraba. Se había negado a creerlo al principio, avergonzada por lo que juzgaba falta de caridad por su parte. Pero aquella mirada fue haciéndose más y más frecuente, hasta no desaparecer nunca cuando sus ojos se encontraban. ¿Cómo era posible que un bebé, que un niño todavía tan pequeño, sintiera odio hacia otro ser humano, y por qué? Alice siempre había sido cariñosa y paciente, se había sentido orgullosa de él, y le había comprado regalos, hasta el año anterior, pues ya entonces el niño empezó a disgustarle profundamente, hasta que ella misma fue la que llegó a odiarle. A partir

de ese momento se había declarado una guerra silenciosa e implacable entre los dos, en la que Alice se juzgaba impotente. Pero Angelo, o Bruce, había sido el primero en odiarla. Tembló ligeramente al recordarlo. Bruce no era realmente un niño, jamás lo había sido. Y, para ser totalmente sinceros, jamás había sido siquiera un bebé. Ella se había tropezado con niñitos semejantes en su propia clase, y los había enviado al psiquiatra que venía a darles conferencias, el cual había declarado que «los pequeños» estaban emocionalmente turbados, y necesitaban un «cuidado amoroso y tierno».

Pero Alice bien sabía que Angelo nunca había recibido otra cosa que un cuidado amoroso y tierno desde el instante en que naciera. Mark casi siempre cedía a todas las demandas de Kathy, ellos dos se peleaban muy pocas veces, y jamás en presencia del niño. Éste estaba rodeado de seguridad, felicidad, deferencia ante todos sus caprichos, lujo y paz, todas aquellas cosas que los psicólogos infantiles declaraban imprescindibles para la salud emocional de los niños. Precisamente la ausencia de todo ello, insistían los psicólogos, era la causa de los desórdenes emocionales en los niños. Alice recordó que los pocos similares a Angelo que tenía en su clase también gozaban de un ambiente excelente en casa, con unos padres que los amaban y se amaban mutuamente, y que luchaban por darles todas las ventajas a sus hijos. La hipótesis del «hogar destrozado» resultaba absurda en este caso. Los mejores niños de su clase, los más amables, los más comprensivos y considerados, eran precisamente hijos de viudos o viudas, o de padres divorciados o separados, o de padres pobres que sólo podían dar a sus hijos las necesidades más esenciales.

Había algo siniestro y terrible en la personalidad innata de los niños como Angelo que los psicólogos infantiles de corazón tierno y buenas intenciones no querían admitir o reconocer, pues eso trastornaría los dogmas de su vida, las hipótesis de las cuales vivían, cobrando buenos sueldos del Estado. Eso les obligaría a reconocer que hay gente que nace mala, y que todos los esfuerzos del clero, padres y profesores no podrían abolir esa maldad. Sólo la Iglesia conocía bien ese tipo de personas y podía aconsejar con respecto a ellos. Pero nadie le escuchaba.

Sin embargo Alice, mirando a Mark, confió en que todo se resolviera bien. Tal vez sus ideas fueran algo exageradas; después de todo, ella siempre había sido demasiado seria. Probablemente Angelo crecería y llegaría a ser el primero de su clase en el colegio; un chico honrado y respetado por todos, merecedor de premios y becas. Lo único que ocurría era que Kathy lo estaba echando a perder, la pobre y estúpida Kathy.

—¿Puedo llevarte en coche, Allie? —preguntó Mark cuando la muchacha empezó a recoger sus libros.

—No, gracias. Tengo aparcado el mío a la vuelta de la esquina.

Mark le sonrió. Su sonrisa era gentil y amable, y el corazón de Alice se encogió con un dolor insoportable.

—Nunca me había fijado bien antes —dijo Mark— pero en realidad eres una

chica muy bonita, Alice. ¿Hay algún matrimonio en perspectiva? ¡Si no es así, es que los chicos no saben mirar!

Alice intentó sonreír efusivamente:

—¡Oh, nadie mira a una maestra!

—No sé por qué no. Creo que son las mejores personas del mundo, y los maestros también. Con frecuencia me pregunto por qué enseñan, o cómo pueden aguantarlo.

—Es una larga historia —dijo Alice, poniéndose los guantes. Si permanecía allí un minuto más, se dijo desesperadamente, empezaría a llorar. Estaba muy nerviosa estos días.

—¿Nos visitarás pronto, entonces? —preguntó Mark, cuando salían juntos del *drugstore*.

—Naturalmente. Da recuerdos a Kathy. Y a Bruce.

Se despidió rápidamente, y él se quedó muy quieto observándole bajar la calle. La nieve había dejado de caer. El cielo estaba muy claro, limpio y azul, y el sol de primavera bañaba muros y calles con su pura luz. Alice caminaba muy erguida, cuadrados los hombros, el paso largo y gracioso, los cabellos pálidos agitándose bajo el viento. Tenía un aire de seguridad, de integridad, e incluso de encanto, pensó Mark, sorprendido al comprender que jamás antes lo había observado. Permaneció en pie, siguiéndola con la vista hasta que hubo doblado la esquina. Luego se sintió abandonado, y el sol le pareció menos brillante, la atmósfera menos diáfana. Algo limpio, fuerte, auténticamente femenino había desaparecido de su vista.

Frunciendo el ceño se dirigió a su coche. Miró el reloj. Eran casi las cinco, hora de ir a casa. E inmediatamente le dominó una enorme repulsión, sin voz ni nombre. Temía ir a casa, temía ante su hermosa casa, sus habitaciones perfectas, su buena cena, su linda esposa, su hermoso hijo, e incluso el fuego que estaría ardiendo en la chimenea.

Recordó entonces que había sentido esa misma emoción durante mucho tiempo, aunque se negara a admitirla o reconocerla, y que todo había comenzado cuando Alice dejó la casa «para vivir independiente» como Kathy decía, despechada. Algo misterioso se había ido con Alice.

—¿Qué diablos me pasa? —dijo en voz alta al poner en marcha el coche.

Los Saint poseían una «cabaña», pequeña pero muy agradable, incluso lujosa, en un terreno escarpado y cubierto de árboles frondosos, a quince kilómetros del suburbio ciudadano en que vivían.

La extensión de tierra en torno a la casa de los Saint en la ciudad era muy amplia, y toda el área, tan exclusiva y apartada del centro, era tranquila, fresca y hermosa, de modo que los moradores de la ciudad misma lo consideraban como «vivir en el campo». Pero Kathy, que nació y se crió en una diminuta casa de cinco habitaciones en la ciudad, y en una calle pobre, ruidosa y algo sucia, había exigido el «campo» para su hijo: «... aire puro y fresco de vez en cuando». De modo que habían adquirido una extensión de tierra a unos diez acres del risco, a un precio considerable, y habían construido la «cabaña». No era en realidad una cabaña, pero Kathy, con sus modales afectados, así la llamaba. Estaba construida de gruesos troncos auténticos, a los que ni se había quitado la corteza, y contenía una gran sala de estar, llena de muebles rústicos muy caros, y objetos de hierro forjado, con los muros encalados, gran chimenea de piedra, el suelo de baldosas brillantes y cubierto con esteras de artesanía. Sobre las mesas de arce y las paredes había falsos quinqués antiguos, dotados ahora de electricidad. La cocina estaba casi tan bien dispuesta como la de su casa en los suburbios, con los mismos muros cubiertos de pino y el suelo brillante de cera. Había tres dormitorios grandes y dos baños, los primeros amueblados con lechos rústicos, esteras de nudo, lámparas antiguas y cómodas; los baños relucientes, de modernas baldosas y grifería. En torno a la cabaña se extendía un área cultivada, como medio acre, con macizos de flores llenos de capullos, y frondosos robles y arces muy bien cuidados que parecían inclinarse hacia el suave césped. Pero más allá de esta área había auténticos bosques, cargados de aromas de pino, cubiertos de las agujas y hojas de muchos otoños, secretos y misteriosos, frescos y umbríos, con el olor dulzón de los madroños y violetas en primavera, los vibrantes aromas de las flores en verano, y teñidos de brillantes colores de otoño. Aquello era un lugar de «refugio» para todo el año, según palabras de Kathy. Los Saint visitaban frecuentemente la cabaña en invierno, pues había un estanque a poca distancia donde Angelo podía patinar, y una colina donde deslizarse con el trineo o los esquís que recientemente le habían regalado. Un hombre que vivía en el pueblo cercano se ocupaba de la conservación de la casa y el terreno. Cuando los Saint venían en verano, para cuatro largas semanas, en los fines de semana y en vacaciones, la muchacha de turno venía con ellos, pues Kathy no llevaba al extremo su afición por la vida rústica. A veces, ella y Angelo se quedaban allí cuando Mark había de volver a la ciudad y pasaban juntos las largas y soñolientas horas del verano, felizmente separados de la vigilancia del esposo y padre.

Mark hubiera preferido un lugar en la costa, o en la proximidad de ríos de

abundante pesca, pero Kathy se había mostrado muy firme al respecto. No debía haber el menor peligro en torno a Angelo. Mark le había indicado que, a menos de trescientos metros, había un empinado y peligroso risco, con una brusca caída de doscientos metros hasta un estrecho y pequeño valle lleno de piedras y chaparrales. Naturalmente, Mark había hecho colocar una fuerte valla en todo el borde del risco, y la separación entre los gruesos troncos de la valla no era bastante ancha para dar paso a un cuerpecito tan pequeño. La valla se extendía no sólo en todo el borde, sino que continuaba a considerable distancia por ambos lados, donde la tierra ya era llana y la pendiente tan suave que podía subirse fácilmente, y llena además de árboles. Pero Mark se sentía inquieto. Recordaba su propio amor al peligro cuando era pequeño y, en ocasiones, imaginaba a Angelo subiéndose a la valla de troncos para mirar el valle y las colinas color ciruela, allá en el fondo, difuminadas en la fresca neblina. Un paso en falso, un resbalón, y el niño podía caer por el barranco y matarse. El segundo año, comprendió que sus temores eran infundados. Angelo tenía un cuidado excesivo de su personita. No era un niño inquieto en absoluto, y comprendía perfectamente el peligro del barranco. Raramente se acercaba a más de cinco metros de él. En realidad, cuando en una ocasión Mark había querido enseñarle la hermosa vista, sosteniéndole en sus brazos, el niño había gritado y luchado por liberarse de su padre, y había corrido luego, gimiendo, junto a su madre. Sin embargo, Mark hacía que revisaran y reforzaran la valla periódicamente, ya que, después de unas lluvias o de una prolongada sequía, los bordes del barranco quedaban blandos y sueltos. Y nunca dejaba de prevenir a Kathy, que todavía era más consciente del peligro que él, y que jamás perdía a su hijo de vista.

Kathy se dedicaba a dar al niño lo que ella llamaba «estudios sobre la naturaleza» y Angelo escuchaba con avidez, como atendía a todo nuevo conocimiento. Pero, sin que Kathy lo supiera, él no encontraba las ardillas, pájaros y demás criaturas de los bosques, «graciosas» como su madre decía. Las consideraba enemigos débiles, que había que cazar, atormentar y asustar. Le producía alegría ver cómo un animal pequeño se alejaba temeroso a su paso, cómo los pájaros se alzaban veloces a su vista. En una ocasión había perseguido con un palo a un cervatillo perdido en el bosque, hasta que éste había encontrado a su madre en la espesura y huido de él. En otra ocasión, cuando ya el niño contaba seis años, y al perseguir con un rastrillo a una pequeña mofeta, ésta había vuelto, en su desesperación, su terrible arma contra él, Mark se había reído en secreto y con cierta satisfacción. Después de ese episodio, que se resolvió en unas cuantas horas de gritos, de amenazas de vómitos y de sollozos por parte del niño, y de corridas, angustia y lágrimas por parte de Kathy que llegó a condenar a todos los animales, Angelo siempre inspeccionaba a sus víctimas en potencia en busca de las rayas blancas denunciadoras del peligro.

A los seis años era un niño grande y fuerte que, a primera vista, parecía tener incluso dos años más de su edad. Su hermosura había aumentado. Era incansable y rápido, podía trepar a un árbol como una ardilla... y luego destrozar los nidos,

romper los huevos o matar las crías que encontraba. Los pájaros empezaron a abandonar el área, y Mark se preguntaba por qué, al amanecer, ya no escuchaba sus dulces llamadas y el agitar de sus alas. Pues Angelo tenía mucho cuidado de que sus padres no se enteraran jamás de su crueldad.

No había ido al parvulario después de todo, tras una primera semana de lágrimas y rabieta, de quejas de la maestra, y la negativa de los niños a jugar con él. Así que Kathy conservaría a «su cariñito» en casa hasta la edad de siete años, en la que la ley le obligaría a enviarle al colegio. «Necesita otros niños con los que jugar —había protestado Mark—. Todo lo que hemos de hacer es obligarle a conducirse de modo correcto y considerado». Pero Kathy se esponjaba de satisfacción ante lo que ella creía preferencia de su hijo por su compañía, con exclusividad de todo otro ser. «¡Es tan maduro! —Solía decir—. No puede soportar el infantilismo de los demás niños, tan aburridos y estúpidos. Le aburren mortalmente».

En cierto modo esto era verdad, según admitía el mismo Mark. A los seis años, Angelo sabía leer y escribir bien, pues Kathy había sido una maestra muy constante, feliz al enseñarle. Incluso dibujaba y pintaba con notable habilidad y arte. Era un niño atlético, ágil por naturaleza. Contemplaba el mundo sin ilusión, pero con extraordinario interés. Su intelecto era brillante y seguro, sin la natural superficialidad de los niños pequeños. Jamás se sentía aburrido, excepto entre sus compañeros. Su vocabulario era notable, y tenía un modo de expresarse encantador, agudo y gracioso que cautivaba a los amigos de Kathy y les inducía a adorarlo. En las fiestas que daban sus padres, pasaba las bandejas de canapés con tal gracia y cortesía que los adultos le sonreían con afecto. Únicamente cuando estaba a solas con sus padres daba rienda suelta a una histeria fiera y estudiada, a una pasión salvaje, a una conducta incontrolada. Parte de ello estaba calculado y destinado a conseguir lo que deseaba, pero otra parte se alzaba del oscuro fondo de su personalidad primitiva, que él bien conocía, en sus pensamientos secretos y nada infantiles.

Cuando se sentía complacido con el mundo y con sus padres —siempre se sentía complacido consigo mismo— ningún otro niño habría podido ser más encantador, o más inteligente, o más amable. Kathy y Mark le enseñaban cuidadosamente la diferencia entre el bien y el mal con devoción paternal, y él asentía con gravedad. Comprendía la distinción tan claramente como ellos. La única diferencia era la incapacidad de creer que cualquier cosa que él deseara fuera mala; y que los que creían en el «bien» fueran sinceros. Cuando, al fin, comprendió que sí eran sinceros, se sintió a la vez asombrado y desdeñoso. Fue lo bastante prudente para reservarse esta opinión, aunque se rió interiormente. Pensaba que la gente era extremadamente estúpida y fácil de engañar, ¡absurdamente fácil de engañar!

Hacía un año ya que Alice había cedido a una reconciliación con Kathy, pero seguía evitando el encontrarse con Mark. Su amor por él creció al ir cumpliendo primero diecinueve años y luego veinte. En algunas ocasiones, desesperada, aceptaba la compañía y las invitaciones de otros hombres, pero después siempre le dominaba

la nostalgia. Llevaba una vida solitaria en su apartamento, pues la chica con la que lo compartía al principio se había casado y dejado la ciudad. Como no le resultaba fácil hacer nuevas amistades, no había buscado a nadie más para compartir el apartamento. Mark había sido nombrado miembro de la Cámara de Comercio, y su fotografía, en la que destacaba su amable sonrisa y sus ojos vivaces con todo detalle, había aparecido en el periódico. Alice había recortado la fotografía, le había puesto marco y luego la había guardado en un cajón secreto, lejos de la vista de todos. Pero en ocasiones dormía con el retrato bajo la almohada, y lloraba...

Mark estaba encantado de que las hermanas se hubieran reconciliado, aunque no veía a Alice más de una docena de veces al año. Pero sabía que visitaba a Kathy con frecuencia. En ocasiones, cuando volvía a su casa, le parecía detectar que Alice había estado allí. Una débil emanación de su personalidad perduraba tras ella, como un limpio perfume. Angelo ya no mencionaba a su «querida tiiía Alicia» en ninguna ocasión. El odio entre la muchacha y el niño había aumentado en estos años, y ambos lo aceptaban. Angelo sabía todo acerca de Alice, y ella se hubiera sentido muy sorprendida al saber que era la única persona en el mundo que él respetaba, pues Angelo sabía que sólo a ella no podía engañar sobre su auténtico carácter. Pero era un respeto cargado de odio, destructivo, vengativo, que se limitaba a esperar. Estaba convencido de que, algún día, de algún modo, de algún modo que aún no lograba imaginar allá en el oscuro interior de su deformado espíritu, él la destruiría. No podía haber nadie a su alrededor que no le adorara, admirara, acariciara y sirviera.

Dos días antes de emprender la marcha para pasar las cuatro semanas de costumbre en la cabaña, Mark dijo a su esposa:

—Kathy, Bruce tiene casi siete años. Como todos los chicos debería tener un perrito que cuidar, un animalito que fuera sólo suyo y del que se sintiera responsable. También le serviría de compañía. —Recordaba a *Ruff*, el amado perro de su infancia, que había sido su compañero de juegos, amigo y guardián, al que él había cuidado con un amor que resultó recíproco.

—¡Oh, los animales siempre están sucios y llenos de germenos! —Había protestado Kathy—. Ya sabes cómo lo ponen todo, cómo lo llenan todo de pelos y barro. Y, ¿qué quieres decir con eso de «compañía», Mark? Él me tiene a mí, quiero decir, a nosotros. No necesita nada más.

—¿Por qué no se lo preguntamos a Bruce y dejamos que él mismo tome la decisión, Kathy?

—Me gustaría mucho que no le llamas Bruce —repuso con petulancia—. ¡Es un nombre tan duro! Ángel ha sido siempre para mí, y Ángel seguirá siendo. De acuerdo, se lo preguntaremos. ¡Qué terco eres a veces, Mark!

Para sorpresa e incluso dolor de Kathy, Angelo declaró inmediatamente que le gustaría tener un perro. Mark no quiso reconocer —ni siquiera ante sí mismo— el inmenso alivio que le dominó, o la razón de aquel alivio. Pero le compró a Angelo un lindo y pequeño *cocker spaniel* de toda confianza, color miel, con grandes ojos

castaños, tan claros como el agua de un arroyo. El chico gritó de gozo, cogió al perro y dio un salto en el aire, el rostro y los dientes brillantes en una amplia sonrisa, mientras Kathy sonreía dominada por los celos. Cuando Angelo se tranquilizó un poco, Mark le habló muy en serio sobre el pequeño animal.

—Mira, hijo, «Petti» debe confiar en ti para todo. Tú tienes que darle de comer, cepillarle, evitar que corra peligro, limpiar su platito del agua y tenerlo siempre lleno y limpio. Él va a depender de ti, lo mismo que tú estás a cargo de tus padres. Te querrá mucho, y tú debes darle tu cariño a cambio, y enseñarle para que sea, no sólo un perro que te obedezca, sino también tu amigo. Ningún muchacho tuvo jamás un amigo mejor que un perro.

Angelo asintió muy serio.

—Lo sé, papá —dijo con su cautivadora voz—. Tendré mucho cuidado con él.

—Yo te ayudaré —intervino Kathy ansiosamente—. Después de todo, es una gran responsabilidad para un niño pequeño.

—Bruce ya no es pequeño, Kathy —dijo Mark con cierta firmeza—. Estará en segundo grado antes de que te des cuenta. En realidad, ya debería estar en él.

—¡Sabe lo suficiente para estar en tercer grado! —exclamó ella, con sus azules ojos brillantes de furor.

—Es cierto —dijo Mark, acariciando los oscuros rizos rojizos de la cabeza del niño. Angelo soportaba las caricias de su padre con una extraña quietud y un curioso brillo en los ojos azules, tan parecidos a los de Mark. A éste le resultaba imposible saber que su hijo le despreciaba, que consideraba divertido a su padre por su sinceridad, sus modales sencillos y amables, su modo de hablar y sus razonamientos estrictamente honrados.

—Debería hacer un examen —siguió Mark—. No me gustaría que estuviera con chicos mucho mayores que él. No estoy a favor de todas esas teorías de «grupos según la edad», pues hay niños de la misma edad que con frecuencia son mayores o menores que su grupo. Bruce jamás ha tenido compañeros de juego, o amigos íntimos de su edad, y los chicos mayores no le acogerían demasiado bien, si tienen mucha diferencia de años con él.

Extendió la mano para acariciar la cabeza de «Petti». Angelo apretó al perro estrechamente entre sus brazos y el cachorrillo gimió incómodo. Mark llamó la atención de su hijo acerca de esto, y el pequeño asintió con aire obediente y salió corriendo de la casa con su nuevo juguete. Kathy miró por la ventana, les observó jugar sobre el césped y su rostro adquirió una expresión sentimental.

—Espero que ese perro no muerda a Ángel —dijo un momento después.

—«Petti» es sólo un bebé —respondió secamente Mark.

Miró el perfil de Kathy, iluminado por el sol del verano, y pensó que era realmente encantadora; pero inmediatamente, con una especie de angustia, comprendió que ya no estaba enamorado de ella. ¿La había amado en algún momento? Podía recordar que se había sentido atraído por ella, por sus modales

encantadores y su dulce sonrisa, y por su afán de gustar a él y a los demás. No sólo había sido una chica linda, sino «buena», en el sentido de que había llegado virgen al matrimonio. El mundo de Mark había sido siempre el duro mundo de los hombres, la guerra, y el estudio constante; su madre había sido una criatura amable y débil, tímida y callada, y tan insignificante en su modo de vestir, su voz y sus modales, que él apenas la había considerado una mujer. Y no había tenido tías o primas. Kathy le había parecido la quintaesencia de la feminidad, el espíritu mismo de la feminidad, con su voz suave, sus gestitos afectados, el modo en que inclinaba la cabeza como un niño confiado, su risita musical y sus vestidos flotantes. ¿Cuándo había dejado de amarla, si es que la había amado alguna vez? ¿Cuando nació su hijo y él dejó de ser marido y amante, para pasar a ser tan sólo el medio de que ella acogiera, mimara y acariciara a Angelo entre lujos y comodidades? ¿O era que él... sí, que él se había hartado de ella mucho antes de eso, cuando advirtió el ácido bajo la capa de dulzura, las mentiras en la suave voz, y toda la hipocresía y tonto sentimentalismo de sus palabras? En ocasiones, Mark observaba auténtico afecto en los rostros de las amigas de Kathy y se preguntaba si sabrían el desprecio que ella llegaba a poner en los comentarios que luego hacía —ante él u otras personas— sobre sus amistades. Observándola ahora, recordó que jamás había hablado de nadie con amabilidad, compasión o simpatía. La desgracia en las vidas de sus amigos, la tragedia, la pérdida de posición, no la alteraban en absoluto aunque se mostrara efusiva en sus expresiones de dolor cuando visitaba a los afligidos. ¿Es que toda aquella legión de admiradores y devotos eran tan estúpidos como lo había sido él en una ocasión, e igualmente, tan fáciles de engañar?

Mark sentía la boca seca, la garganta oprimida por la desesperación al observar a Kathy que se movía y actuaba como si fuera una niña. Ahora seguía con sus grandes ojos azules todos los movimientos y juegos del niño y el perro. Su garganta dejaba escapar un murmullo de apasionado amor. Luego, sonriendo, se volvió a mirar a Mark, la sonrisa desapareció bruscamente, y se llevó sin querer la mano a los labios.

—¿Qué ocurre, Mark? —gritó, realmente alarmada—. ¡Tienes un aspecto tan raro!

Era muy lista. Lo que había visto en el rostro de su marido la había aterrorizado por su agudeza y fría penetración. Creyó haber advertido en él un apasionado, profundo y amargo disgusto. ¡Pero eso era una tontería! ¿Cómo podía creer eso de Mark que, sencillamente, la adoraba, que sólo vivía para ella y su hijo?

—Nada —contestó Mark apartando la cabeza, haciendo un gesto como el del que se ve obligado a cubrir su desnudez, como si se sintiera avergonzado—. Sólo que estoy cansado. Ha hecho demasiado calor para mí.

Dejó la habitación y Kathy le observó ir, pensativa, arrugando el entrecejo en profunda reflexión. Era demasiado egoísta para dudar del afecto de Mark ni por un momento, pero sentía una curiosa sensación. Se sentó donde podía observar a Angelo y al perro, y empezó a pensar. Desde hacía tiempo Mark estaba algo extraño, recordó.

Amable, sí; a veces tierno, sí; paciente, considerado, generoso como siempre... Pero entre ellos había empezado a haber extraños silencios. Ahora no se hacían el amor con demasiada frecuencia, y eso desde... ¿desde hacía cuánto? ¿Un año, dos años, tres...? Agitó la cabeza con irritación. Se levantó para estudiar su rostro y cabello en el gran espejo del vestíbulo, y examinar su figura. Había allí cierta semioscuridad, que ocultaba las débiles arrugas de su rostro de treinta y siete años, y la luz de la puerta formaba como un nimbo en torno a los dorados rizos. Nunca le había gustado su cuello. Incluso cuando tenía veinte años ya parecía marchito, y ni siquiera la poca luz del vestíbulo conseguía ocultar las feas arrugas y la piel estropeada. Se pasó suavemente las manos sobre los senos y la cintura, que aún tenía aspecto juvenil. Cuando las manos llegaron al rollizo trasero y a los muslos las retiró apresuradamente. La faja que llevaba era como una armadura.

¿Habría adivinado Mark, al fin, que ella era mayor que él, después de todos estos años, y se habría sentido repentinamente atraído por alguna jovencita de su oficina? No, eso era ridículo. Sólo el pensarlo le resultaba ya desagradable. Ella era su esposa. ¿Cómo no había de adorarla él, si otros la adoraban? ¿No era ella más bonita, más inteligente, más interesada en las actividades de la comunidad y en causas dignas, que las otras mujeres que conocía, y no era la mejor ama de casa y cocinera, y no era esta casa la mejor conservada de todas, y no se dedicaba plenamente a su familia? ¿Qué otra cosa podía desear un hombre?

La inquietud la abandonó y volvió al salón desde el cual podía observar a su hermoso hijo y al cachorrillo juguetón.

Mark estaba en su habitación terminando de hacer la maleta. Pero sus movimientos eran lentos, y la desesperación se aferraba a su garganta como un animal salvaje. ¿Qué podía hacer? ¿Dar por terminada su vida con Kathy? ¿Es que ya no había de haber amor y felicidad para él? ¿O debía seguir soportando durante años y años interminables aquel repugnante tono dulzón de la voz de Kathy? Se sentó cansadamente en el borde de la cama y miró con ojos vacíos en torno al lindo y «femenino» dormitorio, con sus muros azul claro, la celosía blanca —que no era en realidad una celosía, sólo un detalle decorativo—, la alfombra azul oscuro, las pálidas cortinas doradas, el diván cubierto de seda roja, los frunces, los perfumes... Todo tan artificial, tonto y afectado como Kathy. Se frotó la mejilla con los nudillos. ¿Qué podía hacer? Tenía treinta y cuatro años. Podía vivir muchos más, siempre con Kathy. A menos... —Se incorporó bruscamente en la cama—. ¡A menos que siguiera con ella sólo hasta que Bruce tuviera unos diez años! Pero ¿no decía todo el mundo que un muchacho necesita de su padre en la adolescencia incluso más que antes? ¿Qué haría Kathy de Angelo si se quedaba a solas con él? El corazón de Mark anhelaba el bien para su hijo, y el temor que empezara a sentir hacía años se hacía más y más agudo en él. Ahora se enfrentó con el temor como antes rehusara hacerlo. Había algo malo en Bruce, y no sabía lo que era.

La última criada, una mujer amable de mediana edad, llamó a la puerta y dijo:

—Soy yo, Mamie, señor Saint. Le he traído un refresco. Pensé que lo necesitaría, ya que hace tanto calor hoy.

Entró llevando una bandeja de plata en la que había un vaso alto y helado de ginebra y tónica con una rodaja de limón. Mark lo aceptó con gratitud y dijo:

—¿Por qué no se ha tomado libre esta tarde de domingo?

La mujer le miró con sencilla compasión. El pobre parecía cansado, agotado, y los párpados se le cerraban sin querer:

—Bueno, es que vamos a marcharnos del todo dentro de un par de días, señor Saint, y hay mucho que hacer, y tengo que ayudar con el equipaje, y hacer el mío también.

Era una mujer baja y gruesa y tenía un rostro maternal. Contaba sesenta años, no tenía familia, era viuda y muy digna. Kathy le pagaba sólo treinta dólares a la semana. No sabía que Mark le daba otros diez extra para conservarla. Sólo llevaba dos meses con la familia, pero eso era ya más de lo que cualquier otra criada había soportado.

—Trabaja usted mucho aquí, Mamie —dijo Mark, tomándose un sorbo—. No crea que no lo aprecio, y mi esposa...

Ella se encogió de hombros:

—Señor Saint, siempre he trabajado mucho, desde que tenía cinco años. El trabajo no es nada para mí. Estaré trabajando hasta el día en que me muera, supongo. El trabajo nunca ha matado a nadie. Además, la señora Saint trabaja tanto como yo en esta casa. —Su rostro cambió un poco.

—Espero que siga con nosotros, Mamie.

Las mejillas enrojecidas se llenaron de pronto de hoyuelos:

—No se preocupe, ¡claro que sí! Un par de años en cualquier caso, hasta que pueda cobrar mi seguridad social.

Se rieron juntos y en ese momento sonó el teléfono. Mark alzó el receptor azul y dijo:

—¿Sí?

Mamie salió de la habitación, cerrando la puerta tras ella.

El auricular permanecía mudo, no había respuesta.

—¿Diga? —insistió Mark con impaciencia.

Entonces oyó la voz de Alice:

—Soy Alice, Mark. Llamaba a Kathy para preguntarle algo. ¿Está por ahí?

Mark oyó cerrarse la puerta de delante, y luego escuchó la voz de Kathy sobre el césped.

—Es que acabo de comprarle un perro a Bruce, y Kathy ha salido a verlos jugar juntos. Un momento y la llamaré.

Hubo una pausa. Mark podía oír el latir de su corazón.

—¿Allie? —dijo—. ¿Allie?

—Estoy todavía aquí, Mark —el tono alegre de su voz era algo forzado. Luego se

tornó serio de nuevo—. ¿Dices que le has comprado un perro a Bruce?

—Sí. Pensé que ya era tiempo de que tuviera uno. Eso le hará responsable de algo, aparte de sí mismo. Todo chico ha de tener un perro. ¿No estás de acuerdo? — El corazón le latía muy aprisa, como ahogado en el pecho, y la mano que sostenía el receptor estaba sudada. «¿Qué demonios me pasa?», se preguntó Mark.

—Sí, sí, claro. —La voz de Alice sonaba ahora turbada. Vaciló—: ¿Le gusta el perro, Mark?

—Está loco con él, te lo aseguro, Allie. Yo mismo quedé sorprendido, pues ya conoces al chico, que siempre ha tenido al mundo centrado sólo en él. Ahora empezará a tener una visión más amplia de la vida a través del perro.

—Sí, sí, claro —repitió Alice. Escuchaba perfectamente la profunda respiración de Mark—. Os vais pasado mañana a la cabaña, ¿verdad?

—Sí.

Creyó ver su rostro claramente, tan limpio, tan femenino, tan amablemente firme, sin disimulo. Imaginó sus ojos azul oscuro, tan brillantes de inteligencia y comprensión, y el cabello rubio dorado tan abundante, y los hombros erguidos... La visión le resultaba tan viva, que sintió que podía extender la mano y tocar a la muchacha.

—Allie —dijo de pronto—, ¿por qué no te vienes con nosotros este año? Hace tres que no has estado en la cabaña. Y solía gustarte.

—¡Oh, no puedo! —gritó ella, angustiada.

—¿Por qué no?

—Bueno, es que... es que realmente le prometí a alguien... pensé que iría a Boston una o dos semanas. Mark, ¿quieres decirle a Kathy que me llame, si está ocupada ahora?

—Allie —insistió él, y no supo que su voz sonaba urgente y casi desesperada—. Ven con nosotros, Allie. Kathy siempre se está quejando de que nunca aceptas sus invitaciones. Y allí hace fresco. ¿Recuerdas los paseos tan agradables que tú y yo solíamos dar por la mañana temprano? Allie... ¿vendrás?

La muchacha guardó silencio. Ahora se había dicho algo, y algo había cambiado... algo ya nunca volvería a ser lo mismo. El teléfono callado, zumbaba entre ambos. Mark no podía verla, pero había lágrimas en los ojos de Alice, que estaba muy pálida y temblaba. Había oído con los oídos del alma, y había captado la desesperación de Mark, y tenía miedo. ¿Qué pasaría allí?

—Verás... —dijo al fin, hablando con esfuerzo—. Sólo está a quince... a unos veinte kilómetros de donde vivo. Iré el próximo fin de semana, Mark. Pasaré un par de días. ¿Te parece bien?

—Sí. Me parece muy bien.

Ahora se puso en pie. Ya no estaba cansado, ni desalentado. De nuevo empezó a hacer la maleta cantando entre dientes; luego se sorprendió silbando. Al oír los gritos de su hijo, los ladridos del perro y luego la risa de Kathy, sonrió. Se bebió el resto de

la tónica; había estado exageradamente deprimido y ahora la depresión había desaparecido. Como no era un hombre complicado, no se preguntó por qué. Cuando Kathy entró en la habitación, la besó.

Realmente, vamos a estar apretadísimos —se quejó Kathy, una vez estuvieron instalados en la cabaña—. Sólo hay tres dormitorios, uno para nosotros, otro para Ángel y el de Mamie. Cuando Alicia dejó de venir a la cabaña y no volvió a mostrar interés en ella, vendí la cama plegable de la sala. Ahora, ¿qué haremos? No puedo hacer que me envíen nada allí, con tan poco tiempo.

—Yo dormiré en el sofá —se ofreció Mark—. Y tú y Allie podéis tener nuestro dormitorio. Después de todo, sólo es por dos días. Yo pensé que te alegrarías de que viniera.

—¡Oh, y me alegro! —dijo Kathy, aún enfadada—. Al fin y al cabo es mi única hermana. Pero eso altera mucho la marcha de la casa, y Mamie se ha estado quejando desde que llegamos. No hay cine aquí, ni televisión, ni criadas en el vecindario con las que cotillear, ni escaparates que mirar, ni música, ni cafeterías. Así que un trabajo extra tal vez sea demasiado para ella, y... entonces ¿qué haríamos?

—Sólo se trata de dos noches —repitió Mark, frunciendo el ceño—, y a Mamie le gusta Allie.

—¿Cómo puedes decir eso? Apenas la ha visto un par de veces. ¿Es que le has preguntado a Mamie sobre ese cariño?

La boca de Mark se endureció. Miró a Kathy:

—Allie jamás supone trabajo extra ni molestias para nadie. Si no recuerdo mal, solía ayudarte cuando venía por aquí. Y es joven...

—¡Y yo soy vieja! —Se enfureció su mujer.

—Kathy, no seas tonta. Además, no creo que Mamie esté malhumorada porque eche de menos el ir al centro de la ciudad un par de veces a la semana. La has estado sobrecargando de trabajo. No es necesario que Bruce se cambie toda la ropa dos veces al día cuando está aquí. Y somos afortunados al tener a alguien como Mamie, que no protesta de hacer toda la colada cuando yo no puedo acercarme al pueblo a llevarla. Pero no abuses. Deja que Bruce se ensucie un poco cada día, y que se quede así.

—¡Los germenés! —gritó Kathy—. ¿No sabes que es la peor época del año? Hay que ser especialmente cuidadoso con Los Niños en verano; todo debe estar absolutamente esterilizado. Tú bien lo sabes. De acuerdo, no protestaré más. Puedes dormir en el sofá pequeño si es que estás tan ansioso de tener a aquí a Alicia.

Se miraron. Mark había enrojecido profundamente, y, al comprobarlo, Kathy se sintió algo asustada. Al fin habló Mark:

—No seas tonta. Es hermana tuya, no mía. Si vamos a tener que discutir más sobre esto, llámala sencillamente y dile que será una molestia. Yo no estoy «ansioso». Pero tú sí deberías estarlo. En la ciudad hace un calor infernal, y esa chica no puede permitirse muchos lujos en cuestión de vacaciones.

Salió de la elegante cabaña y miró en torno al jardín, tan bien cuidado, en busca de su hijo. De pronto le había dado dolor de cabeza, y cerró los ojos bajo el brillante sol. Las flores se alzaban espléndidas sobre el césped, y las malvalocas, junto a los bordes del claro, eran como llamas rosas y blancas. Más allá se extendía el bosque con su espeso y oscuro verdor. Pero Angelo y el perro no estaban a la vista.

Vagamente preocupado, Mark llamó y silbó. No hubo respuesta, a excepción del viento de verano entre los árboles y el revoloteo de alas asustadas. Alzó los ojos a los árboles y se sintió complacido al ver que de nuevo había pájaros allí. Pero era extraño lo pronto que desaparecían en cuanto llegaba la familia. Luego caminó hacia el extremo del césped, hacia el barranco, con su elevada valla de troncos. No pudo evitarlo y miró temerosamente hacia abajo, por la empinada ladera del profundo barranco con sus rocas cortantes y arbustos espinosos hasta el fondo. Luego rió en voz alta. Si hubiera algún lugar al que jamás iría el cuidadoso Bruce, sería precisamente a este lugar peligroso. Se quedó muy quieto, encendió un cigarrillo y miró las lejanas colinas, verdes y doradas ahora bajo la cálida luz. No había pesca aquí, ni oportunidad de jugar al golf, excepto a unos veinte kilómetros más allá del pueblo. Todo estaba lleno de paz y del profundo silencio de los bosques. Se sentó en la parte superior de la valla, fumando. Sentía una feliz languidez así, mientras el sol caía sobre él como una caricia sobre su cabeza, cuello y brazos desnudos. Estaba ya muy moreno, aunque sólo llevaba allí tres días. Aquí podía leer todos los libros que había ido dejando por falta de tiempo durante los meses de invierno; aquí podía pensar y caminar. Le gustaba el pueblo, aparte el polvo y el calor, y a menudo iba en el coche. Tenía unos cuantos amigos entre los tenderos y los veraneantes de la ciudad, cuyos hogares estaban cerca. Todos aquellos veraneantes tenían niños, pero, por alguna razón, nunca invitaban a Bruce a sus casas, ni los niños venían a verle.

«Es un niño solitario —pensó ahora Mark, no sin la inquietud habitual—. Pero quizá sea así porque es extraordinariamente inteligente y los otros niños le aburren, y no le entienden. ¿Qué llegará a ser en esta vida? Con su mente es posible que sea escritor, o un ingeniero mejor que yo, o artista, o científico. En esta época escasean las mentes privilegiadas, y me pregunto por qué. ¿Será culpa de las escuelas, o de la educación en masa que hace rebajarse a un nivel mediocre, o es que los padres son menos inteligentes ahora de lo que lo fueron los nuestros? ¿O es que los seres inferiores y débiles, que antes morían sin llegar a la vida adulta, viven ahora gracias a los antibióticos que salvan su vida? No lo sé, pero sí sé que encuentro más idiotas en una semana entre los jóvenes de lo que antes solía encontrar en un año».

Pensó en las leyes de Mendel sobre la herencia de las características físicas y mentales, y frunció el ceño. ¡Todos aquellos mediotontos! Sobrevivían y engendraban seres como ellos. Su padre había sido un hombre sensato. «El agua no puede elevarse por encima de su fuente, Mark —había dicho—. Los idiotas engendran idiotas. Toda la educación del mundo no convertirá en inteligente a un idiota congénito, y eso es algo que la ciencia de la educación tendrá que comprender. La naturaleza se niega

tercamente a ser democrática y a crear a todos los niños igualmente dotados de inteligencia y carácter, y ya pueden hablar hasta quedarse roncos esos sentimentales que peroran sobre el medio ambiente, que la naturaleza seguirá llevándoles la contraria. Algunos de nuestros hombres mejores y más importantes en la historia provenían de hogares destrozados, de barrios míseros, de la más terrible pobreza; y algunos de nuestros peores criminales nacieron en lo que esos estúpidos llaman en su jerga un ambiente superior. Lo que se recibe en la cuna se deja en la tumba».

Mark se movió inquieto sobre la valla, estirando las piernas. Bruce había nacido de padres inteligentes. Kathy podía ser una tonta sentimental en ocasiones, pero jamás se engañaba a sí misma tratando de convencerse de que era intrínsecamente sincera en todo lo que decía. Sabía que era una hipócrita, y se necesitaba inteligencia para entender eso. Pero, a su modo, era una buena mujer. Él, Mark, no la amaba, y en ocasiones no podía ni soportarla, pero había de admitir que poseía muchas buenas cualidades. Era una lástima que no tuvieran más hijos; así no se hubiera centrado tanto en Angelo, en beneficio del niño y de ella misma. «Y en beneficio mío también», pensó Mark con brusco desaliento.

Se puso en pie, silbó y de nuevo llamó a su hijo. Pero ya estaba allí, cruzando el espacio de hierba hacia la casa, y sonriendo, con aquella secreta sonrisa suya. El perro no estaba con él. Había algo desconcertante en Angelo como el instinto de un animal; giró rápidamente sobre la hierba mirando a su padre, y luego se acercó corriendo. Pero se detuvo a considerable distancia del barranco, y Mark fue hacia él sonriendo. ¡Qué niño más guapo era! El corazón del padre se ablandó al verle.

—¿Dónde has estado, hijo? —preguntó.

Angelo alzó la cabeza. Sus ojos le miraron grandes e inocentes. Le temblaban los labios.

—He estado buscando a «Petti». Echó a correr hacia el bosque, papá, y le seguí, pero ahora no puedo encontrarle.

—No te preocupes —dijo Mark, cogiéndole de la mano—. A los perros les gusta correr y husmear en los bosques. Probablemente estará persiguiendo a un conejo. Los spaniel son perros de caza, ya sabes. Se les educa para cazar, y a veces son mejores que los sabuesos, y «Petti» es de muy buena raza. Vamos a buscarle. ¿Cuánto tiempo hace que desapareció?

—Oh, hace mucho tiempo —dijo Angelo vagamente—. Justo después del almuerzo.

—¡Pero de eso hace tres horas! —exclamó Mark—. ¿No lo has visto desde entonces?

—No, papá —los ojos vacilaron, luego se llenaron de lágrimas.

—No importa —dijo Mark algo incómodo. Angelo podía tener casi siete años, pero parecía un niño de nueve o diez por su altura y su constitución muscular—. Entremos al bosque a llamarle.

—Creo que estoy cansado —se excusó Angelo, tratando de soltarse de la mano de

su padre—. Ahora voy a tomarme un poco de leche y un *sándwich*. Es la hora de mi meriendita.

—Bebes demasiada leche —dijo Mark enojado—. Tu madre dice que eso es bueno para ti, pero no sé... Mira, hijo, «Petti» está a tu cuidado, bajo tu responsabilidad. No hay nada en el bosque que pueda hacerle daño, pero podría correr hasta la carretera, donde quizá le atropellara un coche o se perdiera. Y me gustaría que no dijeras «meriendita». Tengo ciertos prejuicios contra esa palabra. Me molesta profundamente.

Angelo sonrió de pronto:

—¿Por qué?

—No lo sé. Me suena afeminada, supongo. Ahora vamos, tenemos que encontrar a ese perro.

—Te disgustan muchas palabras —dijo Angelo—, tales como «encanto», «hogarcito» y «a gustito». Ésas son las favoritas de mamá. Y te molesta profundamente que los amigos de mamá hablen sobre complejos, sentimientos de inferioridad y todo eso que tú llamas jerga. —Sus ojos eran agudos y brillaban.

Mark sonrió como respuesta. Acarició los rizos rojizos y Angelo, como de costumbre, se quedó muy quieto y muy serio bajo la caricia.

—Eres un chico inteligente —dijo Mark—. Tienes un vocabulario muy superior a los chicos que te doblan la edad. Pero no conseguirás que yo ceda. Vamos a encontrar a «Petti». ¿Es que no estás un poco preocupado por él?

—Claro que sí —dijo Angelo—. Pero estoy buscándole desde el almuerzo. Por todas partes. Ya volverá cuando quiera. También él es inteligente.

Se llevó las manos a la espalda y miró a su padre.

—Realmente estoy cansado, papá —dijo con gravedad—. ¿Por qué no buscas tú solo a «Petti»?

—De acuerdo —dijo Mark—. Pero, a partir de ahora, no seas tan descuidado.

Se dirigió al bosque silbando al perro, llamándole, buscándole. Estaba un poco desilusionado al ver que Angelo no demostraba preocupación por su cachorro. Se detuvo a la sombra de los primeros árboles. Naturalmente el cachorrillo sólo llevaba unos días con la familia. No podía esperarse de un niño que desarrollara una pasión repentina y dominadora por un animal en tan corto espacio de tiempo. El amor había de crecer y madurar lentamente. Pero ahora recordó Mark que «Petti» tampoco mostraba signos de amor por el que Kathy llamaba «su amito». A Kathy no le gustaba el perro; se quejaba de sus patas llenas de barro, de su largo pelo, y siempre iba tras él con un paño húmedo, furiosa ante los accidentes habituales. Mamie sí quería al pequeño animal, al que se hallaba con más frecuencia en la cocina y entre sus talones que en cualquier otro lugar de la casa. En cuanto Mark se sentaba, el perrito corría hacia él para que lo acogiera y protegiera en sus fuertes brazos.

Frunció el ceño. Sí, recordó, su hijo le quitaba entonces el perro a la fuerza y se lo llevaba fuera a jugar con él. A veces, «Petti» gemía como si le hicieran daño, y

cuando Mark salía de la casa, corría hacia él temblando.

—Juegas demasiado a lo bruto con él —amonestaba a su hijo—. Recuerda que es sólo un bebé.

—Sí, papá —contestaba Angelo muy serio—. Lo siento. Reñíamos en broma.

Un día, la víspera exactamente, Angelo había mostrado a su padre la marca de unos pequeñísimos dientes en sus brazos. La carne no estaba rasgada siquiera, pero Kathy se había puesto completamente histérica y había corrido a buscar agua caliente, jabón y yodo, hablando atropelladamente sobre la hidrofobia. Mark había hecho un guiño a Angelo y el chico se había limitado a estar en pie mientras le cuidaban, sin devolver el cariñoso guiño.

—Tienes que entrenarle —había dicho Mark. Y Angelo había asentido.

Ahora, a la sombra del bosque, encendió otro cigarrillo hundiendo después cuidadosamente la cerilla apagada en la tierra húmeda. Oyó el susurro de los árboles y de hojas secas, el correr de tímidos animales. Aparte de eso, todo estaba silencioso. Volvió a llamar al perro con cariño, recorrió todo el bosque chasqueando los dedos y silbando, pero ningún ladrido le contestó, ni escuchó patitas que corrieran hacia él. Llegó a la carretera y la registró con la vista. Las sombras de los árboles cubrían la superficie polvorienta y cálida, pero no había señal de vida en absoluto. Mark cruzó la carretera y ascendió por una colina baja hasta la propiedad de su vecino. Un par de niños jugaban en la distancia con un magnífico perro *collie*, amarillo y blanco. Al olerle, el perro estalló en amistosos ladridos y corrió hacia él, y los niños le siguieron riendo.

—Hola, Sally y Bobbie —dijo Mark, tratando de escapar a los húmedos besos del perro—. ¿Habéis visto a nuestro perrito, un *cocker spaniel* llamado «Petti»? Es el perro de Bruce, y sólo es un cachorrillo.

Los pequeños quedaron sorprendidos. El niño, muy rubio, dijo:

—¿Que Bruce tiene un perro? Creo que le vi hace un rato por ahí, en sus tierras, donde los árboles son más escasos. Pero no había ningún perro con él. Sólo se quedó allí en pie mirándonos. —Enrojeció de timidez.

Su hermana de siete años, era más pequeña que Bobbie y más sincera.

—Supongo que quería jugar con nosotros a algo, señor Saint —dijo—, pero nosotros no jugamos con Bruce. No desde el pasado verano.

—¿Por qué no? —preguntó Mark, con familiar y extraña ansiedad.

Los niños se miraron y Bobbie murmuró:

—Cállate.

—No, niños, por favor. Quiero saberlo. Después de todo, Bruce es mi hijo. ¿Hizo algo malo?

—No —respondió Bobbie en voz muy alta—. No es lo que hace Bruce, señor Saint. Sólo es... él. Un día vino y nosotros le invitamos a jugar en aquel viejo granero, allí, y vino con nosotros. Pero se limitó a quedarse en la puerta y a mirarnos. Era algo que daba miedo, el modo como nos miraba, y Sally empezó a llorar. Sólo

tenía seis años entonces —añadió con aire de superioridad.

—Bruce es tímido —dijo Mark sintiendo cierta angustia—. Le resulta difícil hacer amigos. Deberíais haberle ayudado.

—No es tímido, señor Saint —dijo Bobbie resueltamente, mirándole con unos ojos grises muy honrados—. Quizá sea otras muchas cosas, pero no es tímido. Bruce se quedó allí en la puerta y nos miró, y nosotros le hablamos e intentamos conseguir que subiera a la parte alta con nosotros, pero no contestó. No dijo ni una palabra, señor Saint. No le cuento mentiras. Se quedó mucho tiempo observándonos y sus ojos se iban agrandando y no decía ni una palabra. Daba miedo, de verdad. Sally se puso a llorar, así que la cogí por el brazo, aparté a Bruce de la puerta y nos fuimos corriendo a casa.

—Pero tú tienes dos años más que Bruce, Bobbie. ¿Por qué habría de asustarte un niño de seis años? Eres tan alto como él, y probablemente tan fuerte. No puedo creer que sólo porque os mirara tuvierais que asustaros tanto.

Bobbie enrojeció de nuevo, pero sus ojos no se apartaron de Mark.

—Pues sí que me asustó, señor Saint. Y crea que se necesita mucho para asustarme. Ni siquiera me dan miedo los fantasmas.

Mark sonrió. Sally dijo:

—Tiene unos ojos muy extraños. Son muy brillantes y extraños cuando te mira. Yo espero que nunca más venga por aquí.

—Es un chico muy inteligente —insistió Mark—. Aún no tiene siete años pero sabe leer y escribir muy bien, y dibujar y pintar, y domina la aritmética como cualquier niño de tercer grado. Y está muy solo. No sabe cómo conducirse con otros niños.

—Desde luego —asintió Bobbie apasionadamente—. ¿Quiere que le ayudemos a buscar a su perro, señor Saint?

—No, gracias; ya aparecerá. Sólo espero que no se haya perdido, ni cruzado esa carretera con tanto tráfico. Saluda de mi parte a tu padre, Bobbie. Le llamaré por teléfono mañana.

Los niños le dijeron adiós y le miraron hasta que desapareció de la vista entre los árboles. Mark podía sentir sus miradas a su espalda. Pensó en Bobbie. Probablemente sería un abogado como su padre. Gente buena, personas amables pero aburridas. Sin embargo, para un hombre, sería más fácil tener un hijo como Bobbie.

«Pero ¿qué pasa con Bruce que hace que me sienta inquieto? —se dijo Mark—. Ningún padre podría desear un niño más inteligente, ni más guapo. Me pregunto por qué no consigo olvidarme de cómo destrozó el bolso de Alice hace dos años. Después de todo, aún no tenía cinco entonces. Es muy obediente, aunque Kathy le está malcriando. No he tenido problemas con él desde que le di un bofetón aquel verano. Pero no puedo acercarme a él; en cierto modo es misterioso. ¡Oh, diablos, estoy imaginando cosas! Pero en ocasiones hace que me sienta un bobalicón, un hombre sin inteligencia».

Continuó la búsqueda del perro durante casi otra hora. Pero «Petti» se había esfumado por completo. Volvió a la cabaña esperando oír un ladrido de bienvenida, pero sólo encontró allí a su mujer y a Mamie. Kathy le explicó que Ángel había vuelto muy cansado; le ardía la piel, y ella le había tomado la temperatura y examinado cuidadosamente. Se mostró totalmente franca en los detalles. No tenía temperatura, gracias a Dios, pero le había metido en la cama por si acaso. Era preciso ser muy, muy cuidadoso con Los Niños. Ahora estaba dormido. Seguía muy preocupado por el perro, y había llorado.

«Petti» no volvió, aunque Mark se quedó sentado hasta mucho después de medianoche en el pórtico de la cabaña, esperando y silbando suavemente. Al día siguiente bajó al pueblo a poner un anuncio en el periódico de la localidad solicitando la devolución del perrito. La recompensa ofrecida era grande. Mark experimentó la sensación de una gran pérdida; no había comprendido hasta ese momento lo mucho que se había encariñado con el cachorro. Pero Angelo se sentía feliz. Sonrió a su padre y le dijo que estaba seguro de que algún día encontrarían a «Petti».

Alice llegó a la cabaña a primera hora de la tarde del viernes. Su coche, viejo y pequeño, luchó valientemente en aquella carretera de segundo orden. Mark le oyó cuando iniciaba el empinado ascenso. Estaba sentado leyendo en el pórtico de madera y, dejando el libro, sonrió. Por fortuna, Kathy, que salía entonces a la puerta, no vio aquella sonrisa, pues la habría comprendido como Mark no la comprendía aún:

—¿No es ése el viejo cacharro de Alicia? —preguntó—. ¡Cielos! Suena peor que nunca. ¿Por qué no se compra uno nuevo? Ahora gana un buen sueldo.

—No tanto —dijo Mark. Se puso en pie—. Me he estado preguntando... ¿qué te parece si le regalamos a Allie uno de esos coches pequeños extranjeros por Navidad? Son baratos, gastan muy poca gasolina y son buenos.

—¡Oh, no seas tonto! —exclamó Kathy como si aquella sugerencia fuera la cosa más ridícula del mundo. La avaricia se hacía más y más creciente en ella—. Tienes unas ideas completamente absurdas, Mark. No sabes lo que cuestan.

—Sí. Ya he hecho algunas averiguaciones —dijo Mark con aquel tono monótono en su voz que generalmente ponía sobre aviso a su esposa.

Pero ahora ella estaba enojada:

—En primer lugar no tenemos ningún derecho a malgastar una parte de la herencia de nuestro hijo...

—¿Quién gana el dinero? —preguntó Mark, y ahora había un tono duro en su voz.

—Eso es un subterfugio. Los padres tienen la obligación de hacer todo lo posible por Los Niños. Los Niños son la cosa más preciosa que poseemos. Los Niños son el futuro. ¿Quién va a luchar en las guerras, sino Los Niños?

—Y, ¿por qué habría de haber guerras? —preguntó Mark cansadamente.

Furiosamente, se confesó a sí mismo: «Kathy y yo nunca hemos conocido nada más que crisis y guerras desde que podemos recordar. Mis padres solían decir que, antes de 1914, América era un lugar feliz y lleno de esperanza, con necesidad de reformas, sí, en las condiciones de trabajo, de más fuerza en los sindicatos, de justicia para todo el mundo que trabajaba honradamente. Y eso hubiera llegado con el tiempo, sin guerras, sin deuda nacional, ni crisis y odio universal, y sin la creciente esclavitud y tiranía. ¿Por qué tuvimos que permitir los americanos que nos hicieran un lavado de cerebro hasta llegar a creer que las guerras son un modo necesario de vida, y que la preparación para la guerra es el único modo de conseguir una sólida economía? Ése fue el camino que tomó la antigua Roma y le llevó a la muerte».

Parte principal de esta psicología de guerra que había sido tan astutamente grabada en la mente americana universal era la blasfema adoración de Los Niños. Los espartanos que peleaban constantemente contra sus vecinos y abogaban por las guerras, habían sido también culpables de esta blasfemia. Y en Rusia todo era para

Los Niños. Fruto de las guerras, trabajadores para las guerras, y, finalmente, víctimas de las guerras. Mark sabía lo suficiente de la guerra por experiencia propia para conocer su insensatez cruel y sangrienta, su violencia contra Dios y el hombre, su violencia contra la misma vida. «Nunca hubo una buena guerra o una mala paz», había dicho Benjamín Franklin. «Eso debería escribirse en todas las pizarras de todas las escuelas de América», pensó. Y, sobre esas palabras debería escribirse: «Honra a tu padre y a tu madre».

¡Pobres críos, adorados por adultos malvados o estúpidos, enfrentados por todas partes con la guerra y la preparación para la guerra! Eran acariciados como lo fueron las víctimas engordadas en antiguos países idólatras, esperando el humeante altar donde se les arrancarían el corazón para que el fuego consumiera después sus cuerpos. ¡No era de extrañar que tantos miles de esos jóvenes se sintieran confusos y rebeldes y comprendieran instintivamente que habían sido estafados en su derecho a la paz, la tranquilidad y el gozo, en el gran jardín verde del mundo, hecho para ellos!

Agitó la cabeza, bajó del pórtico y se fue al extremo del camino, desde donde pudo ver el valiente cochecito de Alice que seguía la ruta áspera y polvorienta alzando una nube en torno suyo. La sola vista del vehículo elevó su abrumado espíritu. Esta noche tendría una charla con Alicia sobre las cosas que le preocupaban, que le agobiaban cada día más. Bajó unos cuantos metros por el camino, sonriendo como un muchacho.

Con un último rugido triunfante, el cochecito tomó la curva final y expiró con un profundo suspiro de alivio. Alice salió de él con su maletín para un par de noches. Iba vestida de austero lino blanco, con un pañuelo escarlata en torno al cuello y su cabello rubio dorado atado sobre la nuca con una cintita roja también. Mark cogió el maletín y la miró encantado, con un sentimiento de plena realización.

—¡Pareces tan fresca como un helado de fresa y vainilla! —dijo.

Ella le sonrió tímidamente, pero evitó sus ojos.

—¡Qué agradable y fresco se está aquí! —exclamó—. Ya lo había olvidado.

Kathy bajó corriendo los escalones del pórtico y abrazó a su hermana con la habitual y exagerada efusividad, que en este caso no era todo hipocresía y disimulo. Al fin y al cabo, había sido la guardiana de Alice y cumplido su deber para con la muchacha.

—¡Qué estupendo! —exclamó—. Estamos muy contentos de verte, querida.

Su rostro brillaba de sincero cariño. Mark las observó juntas, y un amable sentimiento hacia su esposa surgió en él. Los ojos de Kathy bailaban de alegría. Cogió a Alice del brazo y le pidió que le contara las últimas noticias de sus amigos mutuos mientras la hacía entrar en la cabaña.

—Ángel está tomando su meriendita en la cocina —dijo—, pero pronto saldrá, y entonces nos tomaremos una buena cerveza fría y Ángel puede pasar las cositas. ¡Qué gusto verte, cariño!

Ella misma parecía encantadora con su amplia falda de algodón blanco y topitos y

la gran enagua debajo, y un lazo azul en su pelo rubio. Por un instante pareció tan joven como Alice. Las dos entraron en el gran dormitorio principal, y Mark se sentó de nuevo en el pórtico, encendió un cigarrillo y, muy contento, volvió a su lectura. Pero de vez en cuando, mecánicamente, alzaba los ojos y aguardaba con esperanza la vuelta del pequeño «Petti». No había habido respuesta a sus anuncios. Angelo se presentó de pronto junto a su silla y Mark se sobresaltó.

—Me gustaría que no anduvieras por ahí a escondidas, sin hacer ruido —dijo enojado.

Angelo se rió con indulgencia.

—Es que llevo suelas de crepé, papá —dijo enseñándoselas—. ¿Crees que debería gritar o algo así?

—Supongo que te parezco irrazonable, pero es que tienes un modo de aparecer no se sabe de dónde...

Mark acarició el brazo desnudo y fuerte del niño, ya bastante tostado por el sol. Angelo se sentó en la barandilla del pórtico y contempló a su padre con ojos extrañamente brillantes. Luego dijo:

—Ojalá ella no hubiera venido.

—¿Te refieres a tu tía Allie? Y ¿por qué no? ¿No te gusta? —Ahora Mark fruncía el ceño.

Angelo bostezó, sin que sus ojos dejaran de mirar a su padre, y éste, con sorpresa y humillación por su parte, descubrió que estaba enrojeciendo.

—A ella no le gusto yo, por eso a mí no me gusta ella.

—¡Tonterías! Cuando naciste, Allie parecía una niña con una muñeca nueva. Te hizo a mano toda la ropita del bautizo. No tenía mucho dinero, pero ahorró durante años para gastárselo en ti. Llevaba tu cochecito por todas las calles, sintiéndose muy orgullosa. Se quedaba contigo por la noche, cuando debería haber salido a divertirse con todas las demás chicas. Te vestía y te lavaba, y te enseñó a caminar. Ella te quiere.

—No le gusto —repitió Angelo con calma—, por lo tanto, tampoco ella me gusta a mí. No es muy inteligente además. Es idiota.

—¿Qué te hace pensar que Allie sea idiota? —preguntó Mark forzándose a sonreír paternalmente.

El niño dio media vuelta en la barandilla, pero ni por un momento dejó de observar a su padre.

—Espera cosas de la gente.

—¿Cómo por ejemplo...? —Mark se sentía turbado.

Angelo bostezó de nuevo:

—Demasiadas cosas. Eso es lo que la hace estúpida.

Saltó de la barandilla y las oscuras cejas de Mark se contrajeron. Pero el niño le sonreía con su cautivador encanto, y ni siquiera su padre era inmune a él.

—Te olvidas de que eres un niño —dijo esperanzado—. No tienes mucha

experiencia. Cuando seas mayor lo entenderás. Allie es una de las personas más honradas y sinceras del mundo, la más inteligente, la más justa y amable.

El niño seguía sonriendo, pero había un extraño brillo en sus ojos. Sin embargo dijo con tono falsamente serio:

—Sí, papá. —Miró el césped—. Supongo que «Petti» ya no volverá. Debe haber salido corriendo por la carretera y alguien lo habrá cogido.

—Me temo que tengas razón. ¿Te gustaría que te comprara otro perro, Bruce?

—Creo que esta vez preferiría un gato —dijo Angelo—. Y mamá también. Son más limpios que los perros.

Mark se balanceó en la silla:

—Me gustaría que hicieras más amistad con Sally y Bobbie.

Angelo se volvió bruscamente hacia él, con movimientos felinos, y dijo:

—Lo intenté. Pero ellos me obligaron a marcharme. Lo intenté de verdad, papá. Fui hacia ellos el verano pasado, y actuaron de un modo muy raro, sólo porque yo les estaba mirando mientras jugaban.

Mark no supo por qué, pero sintió un nuevo alivio. Naturalmente, Bruce era demasiado inteligente para jugar con facilidad con los demás niños:

—Quizá sus juegos te parezcan un poco tontos, hijo, pero debes aprender a jugar con ellos. Tendrás mucho tiempo para ser hombre.

Alice salió de la cabaña. Se había cambiado de ropa. Llevaba una sencilla camisa blanca con mangas cortas, abierta en el cuello, del que surgía su delicada garganta, y pantalones bermuda grises que revelaban sus piernas largas y esbeltas, hermosamente formadas, graciosas. Sonrió algo insegura a Angelo y le dijo:

—Hola, cariño.

—Hola, tía Alicia —dijo él con cortesía, y aceptó el tímido beso de la muchacha en la mejilla—. Espero que vengas a menudo.

Bajó corriendo los escalones del pórtico y desapareció tras un ángulo de la casa. Alice ocupó su lugar en la barandilla y ladeó su esbelto cuerpo para echar una mirada al jardín.

—Kathy me estaba diciendo que se perdió el perrito —murmuró con tristeza—. Lo siento. ¿Le echa mucho de menos Bruce?

—Sí. Estuvo preocupado por un par de días. Pero sólo es un niño. Lo ha olvidado ya.

Cayó el silencio entre ellos, que ahora quedaron inmóviles. Mark contemplaba el hermoso y fresco perfil de Alice. Sus labios se inclinaban hacia abajo en gesto de tristeza, los ojos parecían abrumados. Una mano descansaba en su regazo, y toda ella tenía un aire gentil pero abandonado, solitario.

Luego, como un rayo doloroso y a la vez espléndido, un pensamiento asaltó a Mark: «Amo a Alice. Siempre la he amado. Y no lo supe nunca hasta ahora. ¡Dios se apiade de mí!».

Como si aquel pensamiento, tan terrible hubiera alcanzado a Alice, ésta volvió la

cabeza bruscamente hacia él y le miró fijamente a los ojos. Los suyos azules se agrandaron, se hicieron profundos.

Y de pronto Angelo estaba allí otra vez, llegando sin ruido, les miraba, y sonreía sutilmente... Ellos no le vieron. Les observó durante algún rato.

—¿Pasa algo malo, Alice? —tartamudeó Mark, aterrado ante sus pensamientos y deseando alejarlos.

—No. Nada, Mark... —repuso ella, que vacilaba también al hablar—. Pero estoy pensando en dejar la enseñanza, después de todo. Me gusta, pero me resulta imposible seguir soportándolo. No podemos enseñar disciplina a los niños, no podemos castigarlos. Ni siquiera podemos darles las notas que se merecen en los boletines. No debemos herir su sensibilidad tan tierna, ya sabes, ni provocar la competición... —Hizo una pausa—. Se ha hablado en la escuela de separar a los niños inteligentes y ponerlos en clases más difíciles, con más asignaturas, y hacerlos avanzar todo lo que puedan, y ponerles tareas que sean como un desafío para ellos. Pero sólo es un proyecto. Los padres ya están vociferando en contra de ello. Es decir, los padres que tienen niños que son medianías o menos que eso. Dicen que tal plan no es «democrático», ni justo para con los demás. Pero yo creo que, desde luego, lo que no es «democrático» es retrasar a los mejores al nivel de los inferiores.

Su rostro enrojecía ahora por la pasión de sus palabras:

—Me quedaré si me dan una clase superior. Tengo ahora el título, y puedo enseñar a niños mayores. Ya he hablado con el director, el señor Chapman, y él está de acuerdo conmigo, pero no puede hacer nada. Así que dimitiré en cuanto se abra la escuela a menos que consiga lo que quiero, digan lo que digan los de la PTA. Los otros profesores también están de acuerdo conmigo, pero se ven dominados por los padres. ¿Sabes lo que yo haría si pudiera, Mark? Lo que hacen en algunos colegios privados: celebrar tan sólo una especie de reunión general un par de veces al año entre padres y maestros para comprobar el adelanto de los niños, pero sin permitir interferencias por parte de los padres.

—Podrías enseñar en una escuela privada —dijo Mark, asintiendo comprensivamente. Ahora ya se había controlado. Pero era como sujetar a un tigre dentro de la jaula.

—Estoy buscando una. Me han ofrecido la oportunidad en Boston.

—Entonces no te veremos con frecuencia.

Sonrió amablemente:

—¡Oh, Boston sólo está a cuatro horas en coche! —Volvió las manos en su regazo y las contempló—. Sólo una cosa me impide decidirme definitivamente. Hay un niño pequeño en mi clase, poco más o menos de la edad de Bruce. Es mayor que los otros, puesto que no vino al colegio tan pronto como debía. No fue culpa suya. Es algo terrible para Kennie. Su padre era un trabajador borracho: hace dos años asesinó a la madre de Kennie, y el niño fue el único testigo. Casi se volvió loco. Su abuela, vieja ya, se lo llevó al campo, y por eso no vino a la escuela. Y además estuvo bajo

tratamiento en un hospital. Es un niño muy sensible. Tiene pesadillas. Ahora vive adoptado, pero la familia es pobre, y la ciudad paga muy poco por su manutención. La cuestión es, Mark, que Kennie no sólo es un muchachito comprensivo y valiente, sino que es excepcionalmente inteligente. Se puso al nivel de los demás de la clase en sólo dos meses. Ahora le doy clases de segundo grado, aparte de la de primero, y ya ha pasado a segundo, y creo que debería estar en cuarto. Pero eso sería «adelantarle» y sacarle de su grupo de edad, y animarle a «competir». Voy a luchar por Kennie, Mark.

Éste fumaba con aire preocupado:

—Mi padre solía decir: «Lo que se recibe en la cuna se deja en la tumba». El padre del chico fue un asesino borracho. Probablemente habrá heredado muchos de sus rasgos. Ten cuidado, Allie.

—Yo estoy de acuerdo con lo que decía tu padre, Mark —dijo ésta—, pero debes recordar que todos tenemos miles de antepasados. Y los rasgos tienen la costumbre de saltarse alguna generación, o incluso de borrarse. Hay criminales que surgen de repente en las «mejores familias». Sólo tienes que leer los periódicos. A veces las personas más sanas y morales son las que engendran psicópatas.

Con gran sorpresa de Mark, Alice palideció de pronto y apartó la vista. Luego dijo apresuradamente:

—Bien, de todas formas voy a hacer cuanto pueda por Kennie. Le he comprado algunas ropas para el otoño, y a menudo le visito en su nuevo hogar. Son gente de mediana edad, sin hijos, y quieren mucho a Kennie. Cada vez tiene menos pesadillas. Le compré libros, pues incluso puede leer perfectamente a Dickens. Le llevo alguna vez de pícnic, al zoo, y a los museos. Te sorprendería comprobar lo inteligente que es, y lo mucho que comprende. ¡De no haber sido por Kennie, creo que hubiera presentado la dimisión en febrero!

Acarició la barandilla con la mano:

—Ya he hablado con la asistenta social que se ocupa del caso de Kennie. Le he sugerido que, en el caso de que me fuera a una escuela privada, me gustaría mucho pagar la estancia del niño allí. ¿Sabes lo que me dijo, la muy estúpida? Llegó a declarar que eso sería sacar a Kennie de su «ambiente normal» ¡y que ir supondría un problema emocional! ¿Es que esa gente está tratando de crear «clases de élite» en este país, Mark, y empiezan por enseñar a los niños que deben quedarse dentro de su clase, como hacen en Europa? ¡Pues me temo que sí! ¡Y no te rías!

—No me río —dijo Mark pensativamente—. Yo ya sospechaba eso desde hacía tiempo. Por eso quiero que Bruce vaya a una escuela pública, pero Kathy se niega en redondo. Bruce debe estar con su «grupo», dice, entre niños que gozan de sus mismas ventajas. —Fumó unos instantes. Ninguno de los dos veía a Angelo que, a la sombra de un árbol, escuchaba intensamente—. Hay algo muy equivocado en marcha en este país, Allie. Las viejas y antiguas tiranías y la retorcida mentalidad europea están apareciendo aquí al fin. Algunas personas le llaman comunismo, pero es algo mucho

más antiguo, siglos más antiguo...

—Bien, pues yo voy a luchar por Kennie y por otros como él —dijo Alice con resolución—. No van a obligarles a vivir en la mediocridad y a mantenerlos en una «clase inferior» si yo puedo evitarlo, por pobres que sean sus padres.

—Conozco a alguien de influencia en el Departamento de Enseñanza, en la ciudad —dijo Mark—. Le escribiré esta noche.

—¡Oh, Mark! ¿Lo harás de verdad? —gritó Alice gozosa.

Salió Kathy agitando sus faldas, con una bandeja y los *cocktails*.

—¿Dónde está Ángel? —preguntó—. Oh, estás ahí, cariño. Ve a la cocina y saca las pastitas; anda, sé bueno. —Cuando Angelo hubo entrado, obediente, en la casa, Kathy habló encantada—: Es notable la actitud tan sociable que tiene. Es todo un hombrecito.

Angelo apareció con la bandeja de queso y galletitas. Se la ofreció a Alice con una ostentosa reverencia, con sus ojos hermosos brillando de burla, de diversión secreta y maligna.

—Mírale —exclamó Kathy—. Es como un caballero del siglo dieciocho, ¿verdad?

Alice y Angelo se miraron a los ojos en absoluto silencio por un instante. Luego, el niño pasó la bandeja a su madre.

«Es algo horrible este niño —pensó Alice, despreciándose a la vez por pensarlo, como de costumbre—. Pero no puedo evitarlo. Es sucio. Cuando pienso en el pequeño Kennie y luego veo a Bruce, me dan náuseas. San Miguel y la serpiente... Pero ¿en qué estoy pensando? Sin embargo, lo que acabo de ver en sus ojos...». Tembló.

—Cuando vengas de nuevo para otro fin de semana, trae a Kennie —dijo Mark de pronto.

—¿Quién es Kennie? —preguntó Kathy con su constante animación. Sonrió coquetonamente a Alice—. ¿Un novio en perspectiva?

—No —dijo ésta. Le contó brevemente la historia de Kennie, y el rostro de Kathy expresó todo su horror. Alice esperaba, y no por primera vez, que su hermana se sintiera conmovida y que ella, que tanto declaraba amar apasionadamente a Los Niños, sintiera pena por aquel muchachito y secundara la invitación de Mark.

—¡Oh, pero no podemos traer aquí a un niño así! —gritó Kathy—. ¡Sus padres! ¡Piensa qué influencia tan horrible ejercería en Ángel! ¡Tiemblo al pensarlo! ¡El hijo de un asesino! ¡Ponerlo al lado de Ángel, tan inocente, aún un bebé! ¡Y yo que tengo tanto cuidado de con quién se relaciona o juega mi hijo! ¡Vamos, Alice, qué idea!

«Tendría que haberlo sabido —se dijo ésta amargamente—. Las mujeres que hablan dulzonamente de Los Niños sólo se refieren a los suyos propios. Detestan a los de los demás. Fui una idiota. Dios sabe que conozco a Kathy».

—Ni siquiera lo discutiremos —exclamó Kathy con aire definitivo—. Es demasiado horrible.

—Sí —asintió Mark, con voz alta y dura—. Es demasiado horrible.

Sus ojos se cruzaron con los de Alice y sintió de nuevo en él aquella agitación, y comprendió que, a partir de ese momento, ya no conocería la paz ni la felicidad.

El domingo por la mañana, Kathy y Mark bajaron a la iglesia del pueblo, y Mamie fue con ellos. Kathy no creía que Angelo fuera lo suficientemente mayor para asistir a la escuela dominical.

—Y además, ¡los niños del pueblo!

—Yo pensé que Dios estaba en todas las iglesias —dijo su hermana—, por poco o mucho dinero que tuvieran los feligreses, ya fueran ciudadanos o gente del pueblo.

—Tú siempre te apartas de la cuestión —respondió Kathy con petulancia—, y sabes muy bien a lo que me refiero. De todas formas, te agradezco mucho que te quedes con Ángel. Mamie se estaba poniendo de mal humor porque no podía ir a la iglesia, y hoy ya la ves tan contenta.

Se fueron en coche, después que Kathy besara y volviera a besar a Angelo con agitación maternal y le prometiera algunos dulces especiales de la tienda del pueblo.

—¡Cuida de tía Alicia, cariño! —entonó al fin, agitando la mano por la ventanilla. El niño le devolvió el saludo y quedó en pie en el pórtico, con su camisa de lino blanca y pantalones largos, el pelo rojizo y rizado brillando al sol y su hermoso rostro verdaderamente angélico.

—¿Qué haremos, Bruce? —preguntó Alicia algo insegura—. ¿Quieres que juguemos a las damas? ¿O que te lea algo? ¿O prefieres jugar a la pelota?

Él se volvió con una radiante sonrisa:

—Oh, nada, tía Alicia. Se supone que tú has venido a descansar, ¿no? Yo puedo distraerme solito.

—Bien, ¿qué te parece un paseo por el bosque? —insistió ella.

Agitó la cabeza pesaroso:

—Ya no me gusta el bosque, desde que «Petti» se perdió allí. —Sus labios temblaron. Alice le miraba intensamente. ¿Fingía, o era sincero? Esperaba que lo fuera.

—Debe haber sido un perrito estupendo —dijo.

—¡Ya lo creo! Era mi compañero de juegos y mi amigo. Nos divertíamos mucho juntos. Por eso ahora ya no soporto el bosque. Sigo buscándole, y no sirve de nada. Alguien lo robó.

Se sentó en otra silla y cogió un libro. Pronto quedó absorto en él. Alice lo estudiaba disimuladamente, orando en su interior: «Por favor, Dios mío, que yo me equivoque sobre este niño, por el bien del querido Mark. Por favor, que sea mejor de lo que yo creo. Por favor, ayúdame para que deje de odiarle».

Se puso en pie.

—El bosque parece fresco y agradable —dijo—. ¿Te molesta que yo me de un paseo por él, Angelo? ¿No te importa quedarle solo un ratito?

—¡Oh, no me importa en absoluto, tía Allie! —respondió el niño, sonriéndole

tiernamente—. No te preocupes por mí.

—¿No te acercarás al precipicio, Bruce?

—Claro que no. Mamá y papá ya me avisaron. Y yo siempre les obedezco, ya sabes.

Hablaba como un muchacho mayor de lo que era, y sus modales eran adultos y reservados. Alice seguía vacilando. Miró en torno a los pacíficos jardines, hermosos al sol y frescos al viento. Nada había allí que amenazara a un niño pequeño.

—Sólo serán unos diez minutos —dijo, y, bajando los escalones del pórtico, cruzó el césped y entró en el bosque.

Cuando llegó al oscuro refugio de los árboles quedó asombrada al experimentar la sensación de que había escapado a algo amenazador. Se rió de sí misma. Paseó lentamente sobre las aromáticas agujas de pino y las hojas susurrantes, luego se sentó unos instantes en una gran piedra llena de musgo. Los árboles se cruzaban sobre su cabeza como un oscuro arco. Y entonces, sin poder evitarlo, empezó a pensar en Mark y poco a poco las lágrimas corrieron por sus mejillas e incluso llegó a sollozar muy bajito. No debía haber venido otra vez. Cuando se marchara esta noche, se prometería no volver a ver a Mark. A pesar de Kennie, aceptaría la oferta de la escuela de Boston. Siempre podía mantenerse en contacto con los padres adoptivos del niño, y ellos podían llevarlo a Boston para visitarla (Alice pagaría el viaje, naturalmente), y también podía telefonarle o escribirle. ¡Querido y pobre Kennie!, con sus profundos ojos grises, sus amables modales, su confianza, su silencio, sus ansias de complacer y su serena voz. Hasta los niños más maliciosos amaban a Kennie. Era el favorito de todos. Se obligó a seguir pensando en Kennie, pero su corazón era como una gran herida de dolor y sufrimiento.

Al fin, se puso en pie y empezó a caminar de nuevo, mientras el aire resinoso del bosque llegaba suave y refrescante a sus acaloradas mejillas. Había tanto silencio allí, tanta paz, viendo de vez en cuando la luz del sol entre los árboles... Escuchó el suave y dulce cimbrear de las ramas. Silbó a los pájaros, y algunos le contestaron. Una ardilla bajó corriendo por el tronco de un árbol y examinó cuidadosamente a Alice, que lamentó no haber traído algunas nueces. La ardilla permaneció muy quieta, mirándola con sus ojillos brillantes, y no se movió cuando la muchacha pasó apenas a unos centímetros de distancia.

Algunos senderos se abrían por el bosque, hechos por la familia o por los mismos animales. Los recorrió todos, y fue hundiéndose más y más en el bosque. De pronto oyó algo, como el quebrarse de una ramita, o una piedra que rodara. Educada en la ciudad, giró en torno repentinamente alerta y asustada. Pero sólo la rodeaban los árboles. Estaba imaginándose cosas, o bien habría pasado un gran animal entre los arbustos. Continuó lentamente y poco a poco volvió a dominarle la paz. Se sentó sobre los talones para examinar un grupito de extrañas florecillas. Y de nuevo escuchó aquel sonido breve, furtivo y repentino. Se puso en pie de un salto y llamó:

—Bruce, ¿eres tú? —Pero sólo los pájaros y los chillidos de las ardillas le

contestaron. ¿Era de nuevo su imaginación, o era cierto que había una nota de temor, o de cólera, en aquellas voces salvajes? ¿Habría linceos por aquí, sanguinarios y vigilantes, dispuestos a caer sobre ella desde un árbol? Miró las ramas; se movían ligeramente al viento. No había ojos amenazadores que se cruzaran con los suyos.

«¡Desde luego, soy una chica de ciudad! —pensó—. Sólo son sonidos de la naturaleza. ¿No me dijo Mark en una ocasión que había ciervos por aquí?». Naturalmente, habría sido uno de ellos, o su cría. Sin embargo, podía haber alguien merodeando... Y pensó de pronto en Angelo, solo en el pórtico de la cabaña. ¡Vagabundos! Escuchó, tratando de captar algún sonido. El bosque estaba totalmente silencioso. Dio media vuelta para regresar a la cabaña, inclinándose a coger la rama caída de un árbol. El corazón le latía muy de prisa.

Entonces fue cuando advirtió un olor nauseabundo muy cerca. ¿Mofetas? No, había olido sus efluvios hacía años, cuando solía visitar a su hermana. Éste era un olor extraño y vil, dulzón, putrefacto. No conseguía reconocerlo. ¿Habría otros animales con olor repelente, aparte de las mofetas? E inmediatamente se sintió irrazonablemente asustada. Permaneció absolutamente quieta, como las criaturas salvajes que la rodeaban. El olor se iba haciendo más y más fuerte... estaba casi a sus pies. Sin saber por qué empezó a rascar con el pie junto a una profunda y húmeda alfombra de hojas y agujas. Cuando hubo apartado todo aquello a un lado, vio que la tierra había sido removida allí, y que formaba como una pequeña montaña. Entonces retrocedió horrorizada. Porque una diminuta pata, de color miel, sobresalía un poco de la tierra, tan rígida como una rama seca.

Lanzó un débil grito. Se inclinó, tocó la peluda garra, vio las uñitas de un cachorrillo. Luego se puso de rodillas y, frenéticamente, empezó a apartar la tierra blanda con las manos, metiendo las uñas en la suciedad. La pequeña tumba era muy superficial; en pocos instantes el cuerpo putrefacto del pequeño «Petti» quedó expuesto ante Alice, que vio sus ojos vidriosos.

Y vio también la piel tesa y manchada de sangre en la cabeza, donde había sido herido.

—¡Oh, Dios mío! —gritó en voz alta. Sus piernas se negaban a sostenerla. Cayó sentada y quedó allí unos instantes temblando violentamente. No oyó un rumor cercano, ni el sonido de pasos rápidos que se retiraban.

Pasó algún tiempo y Alice seguía sentada allí, tan inmóvil como el cadáver del perrito que tan cruelmente fuera asesinado. Y lo supo. Lo supo en seguida con terrible claridad. Su mente no lo rechazó buscando desesperadamente otras explicaciones. Lo supo. Recordó que Kathy había dicho que quizás era mejor que «Petti» hubiera desaparecido. Había «mordido» al pobrecito Ángel. Sí. Lo supo. Estaba casi tan fría como el pequeño cadáver que se pudría en su tumba.

Entonces, con manos temblorosas llenas de ternura y piedad, cubrió de nuevo al perro con la compasiva tierra y extendió unas hojas sobre la tumba. Mark no debía saberlo nunca. ¡Sobre todo, Mark no debía saberlo! Ella no diría nada. Jamás hablaría

de esto, ni siquiera con Angelo Bruce. Se tomó todo el cuidado del mundo para que la tierra quedara plana sobre la rígida patita, para que la alfombra de hojas y agujas de pino fuera aún más espesa.

Se secó infantilmente las lágrimas con los brazos. Cogió algunas hojas húmedas y trató de quitarse toda la tierra sucia de las manos. Luego se puso en pie. Sentía unas horribles náuseas. Pero después le dominó la cólera, y una rabia terrible, y el odio. Pero sobre todo un temor infinito.

Salió corriendo del bosque. Cuando llegó al claro, ante la casa vio a Angelo sentado tranquilamente en el pórtico, todavía leyendo, la cabeza estudiadamente colocada. ¡Luego había sido el niño el que la siguiera...!

Lo comprendió inmediatamente. No era un animal inocente el que había quebrado una rama o echado a rodar una piedra. Había sido Angelo. La rabia la dominó de nuevo, agitándola. Creyó estar a punto de desvanecerse.

Caminó lentamente hacia el pórtico sobre el cálido césped, junto a los macizos de flores. Llegó a los escalones de la casa. Angelo alzó la cabeza alegremente y le mostró los dientes en una amable sonrisa.

—¿Tuviste un buen paseíto, tía Alicia? —preguntó con aquel asqueroso tono dulzón.

Desde el escalón inferior, Alice clavó en él sus ojos azules llenos de fuego y de inteligencia, Angelo la miraba fríamente. Muchacha y niño, quedaron allí sin moverse, y la comprensión saltó entre ellos como una descarga eléctrica. El niño sonrió de nuevo. Y entonces, de pronto, echó la cabeza atrás y rompió a reír. Y luego, también de pronto quedó muy serio.

—Mamá —dijo con voz encantadora y preocupada— dice que eres demasiado vieja para llevar esos *shorts*, tía Alice. Dice que son sólo para jovencitas. ¡Oh, lo siento!, no debería habértelo dicho. Son muy bonitos y a mí me gustan.

Alice seguía en pie, observándole, y el fuego azul de sus ojos parecía extenderse ahora a todo su rostro, como una especie de halo.

«Debo irme —se dijo—, ¡o le cogeré y le azotaré hasta dejarlo medio muerto! ¡Le daré con la cabeza contra la pared! ¡Le retorceré la garganta! ¡Le meteré bajo tierra, como él hizo con “Petti”!». Apretó los puños a sus costados. Su cuerpo se puso rígido. Angelo la observaba, con sus ojos brillantes y alerta, con las manos sobre el libro.

—¿Por qué no te vas de una vez y ya no vuelves nunca? —susurró, un susurro sibilante en el intenso silencio—. ¿Qué es lo que haces aquí? Mamá y yo no te queremos. Papá sí, pero eso no importa, ¿verdad? Papá es estúpido.

Durante unos segundos Alice no llegó a captar todo el horrible significado de lo que decía el niño. Pero ahora vio unos ojos implacables, llenos de malvada sabiduría, de la vieja sabiduría del terror, de burla. Y Alice se retiró varios pasos y se llevó las manos a las mejillas.

Luego salió corriendo. Corrió hacia el precipicio y llegó allí ahogándose, cubierta

de sudor. Aquello no era un niño. ¡Era un monstruo! Y cada vez nacían más monstruos como él. ¿Se habría desbordado al fin la maldad del infierno y afligía ahora a la Tierra? Puso las manos en la valla de leños y agitó la cabeza desconcertada. ¿Qué harían con ellos los Kennie de este mundo, los Kennie que eran todo amabilidad y compasión y decencia, convencidos de la innata bondad de la humanidad, convencidos de la presencia amorosa de Dios? Sólo podía hacerse una cosa con ellos... pero los Kennie eran incapaces de llevarla a cabo, en su piedad y dulzura. Sin embargo, al fin, y por fin el bien y el mal tendrían que enfrentarse inexorablemente y luchar a muerte. La hora final había llegado para el mundo, este mundo portentoso, en el que tendría lugar la batalla.

Débil y exhausta, Alice se sentó de lado sobre la valla, con la respiración rápida y aguda, el sudor cayéndole por las mejillas, mezclado con las lágrimas. Girando un poco el cuerpo, miró las distantes colinas. Y pensó: «Mark no debe saberlo. No debe saberlo nunca. Esto le mataría».

Aunque no lo manifestara con palabras, Alice era intensamente religiosa. Miró al cielo y oró por todos los Kennie y todos los Mark, las multitudes de buenos que no entenderían, ni siquiera cuando llegara la batalla, la auténtica naturaleza de su enemigo. Si derrotaban a ese enemigo, tratarían misericordiosamente de explicar el mal con el que habían luchado y al que habían derrotado. Hablarían del «ambiente», hablarían de «falta de oportunidades para mejorar», hablarían de «líderes malvados que traicionaron a su pueblo». Porque a todos los Kennie y a todos los Mark les resultaba imposible admitir que hubiera auténtica maldad en el mundo, y que a menudo apareciera vestida de luz. Por primera vez en su vida, Alice, con frecuencia escéptica y muy racionalista, aceptó la idea de un Satán personal, lo mismo que había un Dios personal. No podía hallar otra explicación para todos aquellos que venían como la serpiente, fascinantes, llenos de encanto, persuasivos, elocuentes, frecuentemente superiores a los demás en aspecto físico y en dotes mentales. Eran la contrafigura del bien, e inteligente sería en verdad el hombre que supiera ver la diferencia. ¡Pero la Iglesia lo sabía! La Iglesia hablaba de los poseídos, de los demonios.

Oyó a sus espaldas un sonido muy débil, pero demasiado tarde. Incluso en el mismo instante de volver la cabeza, se sintió el violento empujón contra sus hombros. Aquello pareció ocurrir lentamente, como en un sueño. Empezó a caer como en una pesadilla mirando fijamente las puntiagudas rocas, los criminales arbustos espinosos de allá abajo, como si flotara ligeramente en el aire. De pronto su instinto de supervivencia vino en su ayuda. En el mismo instante de la caída se agarró como pudo a una fuerte rama que sostenía parte de la valla y quedó colgando sobre el barranco del brazo derecho, la mano aferrada a la estaca. Todo su cuerpo sintió un brusco tirón, al detenerse en el acto de caer. Los huesos gimieron en sus articulaciones, el hombro estalló en una explosión de fuego, las piernas y el torso se balancearon en el espacio... y ella se halló mirando la pared terrosa y oscura del

precipicio, con el acre olor de la tierra en las aletas de su nariz.

Un fuerte viento se alzó de la profundidad del precipicio y el cuerpo de Alice se agitó a su impulso. No sabía si aquello había sucedido hacía un instante o hacía horas. Sólo el lacerante dolor de su brazo era real. Los músculos parecían irse deslizando, se le desgarraban los ligamentos, tenía la muñeca horriblemente retorcida. El terror se apoderó de ella, como si sintiera la mordedura de los salvajes dientes de una fiera. Sólo los frágiles huesos y músculos de su brazo derecho la alejaban de la muerte.

Entonces gritó. Alzó la vista con los ojos enloquecidos. Angelo se inclinaba sobre la valla, sonriente. Sólo era visible su cabeza, su hermosa y malvada cabeza.

—¿Por qué no te dejas caer, tía Alicia? —preguntó suavemente—. No podrás aguantar colgada mucho rato, ¿verdad? Ellos no volverán a casa hasta dentro de una hora por lo menos. ¿Cómo vas a soportarlo?

Alice gritó de nuevo y su voz despertó ecos lejanos. El sol caía de plano sobre su cabeza. Tragó polvo, tosió, y la tos agitó todo su cuerpo. Ahora no pensaba en nada más que en sobrevivir. Ni siquiera sentía horror, pues ya lo había aceptado.

—¡Pobre tía Alicia! —suspiró Angelo—. Estaba sentada en la valla, perdió el equilibrio y se cayó, y yo vine corriendo y gritando pero no había nadie que pudiera ayudarme, y yo soy demasiado pequeño y débil para sacarla... y ahí está tía Alicia, en el fondo, toda destrozada por las rocas y los arbustos... tan muerta como «Petti».

Alice no dejó escapar un sonido. Miraba aquel rostro angélico de brillante sonrisa. Luego la sonrisa se borró. Una sombra de maldad le ennegreció los ojos.

—¿Por qué tuviste que encontrarle? —susurró—. ¿Por qué tuviste que empezar a husmear por ahí? ¿No sabías que yo lo maté porque era estúpido y me mordió? Me mordió en el brazo. Tú sabías que yo le había matado, ¿verdad? Bien, pues no vas a decírselo a nadie, ni siquiera lo sabrás dentro de muy poco.

Alice tosió de nuevo. Su brazo estaba ya entumecido, pero el dolor era insoportable en el hombro, en los músculos tensos de su espalda, en el cuello. Era como si estuviera bañada en fuego. Entonces dijo, casi tan bajito como había hablado antes el niño.

—Sí. Siempre supe que tú habías matado al perrito. Lo supe, no sé cómo, incluso antes de encontrarlo. Yo sé todo acerca de ti, Angelo.

Asintió él:

—También yo sabía eso. Y por eso vas a caerte ahí abajo muy pronto. Ya no estarás para decírselo a nadie.

«No puedo morir», pensó Alice salvajemente. En cierto modo, alguien podría sospechar. Mark podría sospechar. La policía podría sacar deducciones. Ellos saben el modo de descubrir estas cosas. Por el bien de Mark, no debo morir. Por favor. Dios mío, no debo morir. Si muero, todos lo sabrán.

—Pensaste que podías separar a papá de mamá, ¿verdad? —preguntó Angelo—.

Pensaste que podrías sacarnos a mamá y a mí de la casa, y vivir aquí, en nuestra casita que tanto me gusta, y con todas las cosas bonitas que hay en ella. Pensaste que conseguirías el dinero de papá. Y que mamá y yo viviríamos en otra parte. He estado observándoos, a ti y a papá. Os miráis... Mamá es tonta, y no lo sabe, pero yo sí. Y ésa es otra razón por la que tienes que caerte allá abajo y morir...

Los ojos de Alice eran brillantes círculos de luz cuando alzó la vista al monstruoso niño. De nada serviría discutir con él. No tenía concepto del bien y del mal al que poder apelar.

El cuerpo de la muchacha se agitó suavemente.

—¿Es que quieres que coja una piedra y te aplaste la cabeza? —preguntó Angelo, como si sus palabras fueran una sugerencia razonable.

—Si lo haces, verán la señal. La policía es muy lista —dijo Alice. Se sentía cada instante más débil. Pero sólo tenía un pensamiento: tenía que distraer la atención del niño para que él no lo viera. Poco a poco subió la mano izquierda hasta su cinturón de piel. Era demasiado ancho para ella. Se había propuesto esta misma mañana quitarle unos cuantos centímetros, pero se le había olvidado. Ahora daba gracias a Dios por aquel olvido. Las lágrimas inundaron sus ojos.

—Sí —repitió—, la policía siempre sospecha de todo el mundo en un... accidente. Buscan, registran, siempre encuentran pistas.

—Pero yo sólo soy un pobrecito niño —dijo Angelo sonriéndole—. Me pondré histérico, me subirá la fiebre. Mamá tendrá que meterme en la cama y llamar al doctor. La policía ni siquiera pensará en mí. ¡Estaré tan enfermo!

Se bajó al suelo y, al levantarse de nuevo, le mostró una piedra puntiaguda.

—Es muy afilada —dijo, mirándola con cínica aprobación—. Y puedo arrodillarme y meter la mano con la piedra por ahí, entre los leños.

—Y la policía encontrará fragmentos en mi carne —dijo Alice—. No creas ni por un minuto que la policía pasará ese detalle por alto. Y en estos días siempre sospechan de los niños como tú. Ahora en lo primero en que piensan es en ellos; y pensarán especialmente en ti cuando sepan que estábamos solos. Registrarán los bosques, y hallarán a «Petti». La policía nunca abandona un caso sin resolver. Hablarán con personas que te conocen: los colegios a los que fuiste, los niños de los vecinos que no querían jugar contigo. Y entonces se te llevarán y ya no volverás a ver a tu madre. —No se atrevía a mirar al profundo abismo que se abría, voraz, bajo ella.

Poco a poco, con movimientos que fueron una tortura, había conseguido desabrochar su cinturón. Ahora lo tenía suelto al fin en su temblorosa mano. Era de piel recia, no de plástico; la sostendría. El rostro de Angelo se había ido transformando mientras ella hablaba, se había oscurecido. Sostenía vacilante la piedra.

—Te encerrarán con todos los que son como tú —dijo Alice—. ¡En seguida sabrán lo que eres! Estarás en un lugar oscuro, encerrado entre barrotes de hierro. Sólo saldrás a pasear por un patio de cemento. Nunca estarás libre de nuevo, pues los

doctores lo averiguarán todo sobre ti. No se atreverán a dejarte libre para que sigas matando. No hay cura para ti, y ellos bien lo saben.

Con gran sorpresa de la muchacha Angelo empezó a llorar, pero sus lágrimas y sollozos sólo hacían aparecer su rostro más malvado y terrible. Golpeó con la piedra la parte superior de la valla.

—¡Te odio! —gritó—. ¡Recuerdo cuando me pegaste cuando era pequeñito sólo porque me hice pis! Odio tu horrible rostro. ¡Odio hasta el verte! ¡Si no hubieras venido el viernes por la tarde, no estarías colgando ahí, y esto no habría sucedido, y no habrías encontrado a «Petti»! ¡Es todo culpa tuya, tuya! ¡No es culpa mía!

Había conseguido al fin distraer su atención, pues ahora el niño, con la cabeza apoyada en la valla, se entregaba a unos convulsivos sollozos. Alice cerró los ojos y pidió a Dios un poco más de fuerza. Sólo tenía una oportunidad, únicamente una. Miró la estaca estrecha, pero sólida, a la que su mano derecha, ahora tan roja, tan destrozada, se aferraba desesperadamente. Entonces lanzó el cinturón hacia arriba, sosteniéndolo por la hebilla. La correa se curvó sobre la estaca y Alice sollozó, dando gracias a Dios. Con un impulso el extremo bajó hacia ella. Ahora con los dedos de la mano izquierda debía pasarlo por la hebilla y cerrarlo, y, como fuera, con la ayuda de Dios, pasar la cabeza, y luego el cuello, y luego los hombros por el lazo. Un ligero error y se ahorcaría, y eso sería incluso peor que caer hacia la muerte que le aguardaba abajo.

Vio los rizos rojos y la cabecita apretada contra la valla, escuchó la mezcla de gritos y sollozos del niño, y sus incoherentes exclamaciones de odio. Cuidadosamente, muy cuidadosamente aseguró el cierre. Aquello fue una tortura. Sus dedos estaban húmedos, resbalosos. Pero finalmente, tras una eternidad de dolorosos instantes, el cinturón quedó cerrado.

Pero él no debía verlo. Le llamó en voz alta:

—¡Corre, vete rápido! ¡Si te cogen aquí lo sabrán! ¡Corre, Angelo, corre!

Los ojos del niño, nublados por las lágrimas, se fijaron en ella un segundo. Luego pudo oír cómo sus piecitos corrían sobre la hierba. Gritó en voz alta:

—¡Gracias, Dios mío!

La piedra que el niño soltara había caído al precipicio bajo ella y Alice la oía golpear contra las rocas.

Con mucho cuidado probó el cinturón. Sí, era fuerte. Pero no debía confiar del todo en él. Sólo había de ser una ayuda para su brazo derecho, para aliviar algo el torturante tirón que éste sufría. Metió el brazo izquierdo en el cinturón; su cuerpo se ladeó ligeramente y los dedos de la mano derecha se deslizaron por la estaca hasta tocar el borde de una roca en la misma pared. Apenas sintió la cortadura. Estaba concentrada en lo que debía hacer. Apoyó el codo izquierdo en el lazo formado por el cinturón; éste se corrió un poco a lo largo de la estaca. Entonces alzó el cuerpo todo lo que pudo y hundió los dedos de los pies en la tierra del barranco, lo que le dio un mínimo punto de apoyo. Apretó el cuerpo contra la superficie, y, centímetro a

centímetro fue metiendo el brazo en el cinturón. Ya lo tenía por el sobaco. El sudor y la angustia le cegaban. Se sintió forzada a descansar. El cinturón, como un guardián amable y fuerte se esforzaba por ayudarla, aferrándose a los suaves músculos de su brazo. La tensión en el derecho era un poco menor ahora.

Pero comprendió que no podía hacer más. Tendría que quedarse así hasta que alguien viniera en su ayuda. Se apoyó en el cinturón. Era un alivio. Ahora también podía cogerse a la estaca con la mano izquierda. Anhelaba desesperadamente soltar los dedos de la mano derecha, pero no se atrevía. Necesitaba de toda la ayuda, la frágil ayuda de que disponía.

Los pájaros volaban sobre ella, mirándola inquisitivamente. El sol le cegaba los ojos, el pelo estaba tan húmedo y chorreante como si lo hubiera metido en agua. Ríos de sudor le corrían por todo el cuerpo, resbaloso. No había un solo músculo que no estuviera destrozado por el dolor. Gotas de sangre caían del corte que le hiciera la roca en la mano derecha y le bajaban lentamente por el brazo.

Sintió una profunda náusea. Todo era como un globo de fuego, el corazón luchaba por latir, sus pulmones respiraban trabajosamente. Un pie se le deslizó de la pared de tierra, pues se había apoyado demasiado pesadamente en él por un instante, y los dedos de la mano derecha se corrieron un poco más en la estaca. Pero el cinturón le retuvo el brazo izquierdo, y la mano derecha recobró su apoyo. ¿Cuánto tiempo todavía, rogó, cuánto tiempo, Dios mío?

¿Quién gritaba? El ruido sonaba confuso y lejano, en una profunda oscuridad. El grito se repetía una y otra vez. Luego escuchó una llamada. ¡Mark gritaba, llamándola! ¡Querido Mark, ya estaba aquí al fin! ¡No sabía que ella estaba gritando también, un salvaje aullido tras otro, un ronco gemido! Escuchó confusamente los gritos de una mujer, luego otros chillidos femeninos también. Y al fin, el rumor de pies que corrían. Entre el sudor y las lágrimas, los ojos de Alice se alzaron y vieron el pálido y horrorizado rostro de Mark.

—¡Allie! ¡Allie! —gritó—. ¡Aguanta, Allie!

Se inclinó sobre la valla, todo lo que le era posible sin caerse. Cogió las manos que sujetaban la estaca. Ella vio sus dedos a una luz horriblemente clara, sus fuertes dedos morenos. Ahora la bajaban por las muñecas, aferrándose a ellas. Y ya la alzaba lentamente. Veía cómo se hinchaban los músculos de Mark bajo la ligera tela de su chaqueta. Él sólo estaba pendiente de sus manos, sus ojos fijos no pestañeaban.

Centímetro a centímetro, pues la posición de Mark no era muy ventajosa, y Alice no era una niña, consiguió subirla. Las mejillas de Alice se arañaban horriblemente contra la dura tierra y la superficie de las rocas. Luego sus ojos estuvieron al nivel del primer leño.

—¿Puedes ayudar un poco, Allie? —Gruñó Mark—. ¿Sólo un poco? Cuando llegues con las rodillas al bordes del barranco, ¿querrás apoyarte en él, doblando las piernas?

Asintió. Era incapaz de hablar. Pero ahora estorbaba el cinturón, y Mark lanzó un

grito de furia. ¡Era un impedimento, después de haberla salvado!

—¡Agárrate otra vez a la estaca con la mano derecha! —gritó—. Está bien, ¡arriba ahora! Voy a tener que soltar esa mano. ¡Agárrate bien! —Todavía la sostuvo con una sola mano mientras desabrochaba el cinturón con la otra. Éste cayó. Volvió a cogerla por las dos manos y tiró de ella hacia arriba. Alice no pensaba ahora en otra cosa que no fuera obedecerle. Cuando sus rodillas llegaron al borde terroso del precipicio, las clavó en la tierra. Ahora ya tenía la cabeza al nivel del penúltimo tronco. Su rostro estaba muy cercano al de Mark. Ambos se miraron intensamente y él sonrió—. ¡Muy bien, Allie —dijo—. Mi valiente y querida Allie...!

Entonces apareció Kathy en la valla, mortalmente pálida, con Mamie. Kathy extendió también una mano, cogiendo a Alice por los cabellos. Mamie metió las manos bajo los sobacos. Esto fue todo lo que la muchacha pudo recordar después de su rescate.

Ya estaba segura, en brazos de Mark, sollozando desesperadamente sobre su hombro, aferrándose a él. Luego se le doblaron las rodillas y se desmayó por primera vez en su vida.

Alice descansaba en completa paz en el lindo dormitorio rústico de Kathy. Le habían escayolado el brazo derecho, pues tenía rotos todos los ligamentos y los músculos estaban dañados. Había dormido. El doctor le había dado un sedante. Pero ahora estaba despierta, ya había caído el crepúsculo y Mark estaba a solas con ella, sentado en la cama.

Le observó un instante, sin abrir del todo los ojos. Parecía viejo y cansado, el rostro gris y agotado, las mejillas hundidas. Se limitaba a fumar y a mirar al exterior sin ver nada.

¡Sabe algo! Fue el primer pensamiento coherente y doloroso de Alice. ¡Sospecha algo! Pero no debe saber, no debe sospechar. Simuló gemir un poco y movió la cabeza como si se despertara en ese instante. Instantáneamente la mano de Mark descansó sobre su frente.

—Todo va bien, Allie —dijo en voz baja—. Ya estás a salvo. Descansa.

El brazo le ardía como una llama. El hombro era una pura agonía mortal. Suspiró débilmente:

—¿Dónde está... Bruce?

—El doctor le dio un sedante también —contestó él, acariciándole los húmedos cabellos que tenían un brillo ceniciento en aquella luz. Luego se inclinó sobre ella y la miró a los ojos—: Cuéntamelo todo, Allie.

—¿No te lo dijo Bruce? —preguntó Allie débilmente—. Todo me parece ahora tan confuso...

Mark habló sin énfasis ni emoción, pero observándola estrechamente:

—Dijo que estabas sentada en la valla (lo cual fue algo muy estúpido, Allie) y que él estaba en el pórtico, y que en un instante vio que perdías el equilibrio y te habías caído. Él dice que intentó ayudarte, pero que no pudo.

Hizo una pausa. Sus ojos la miraban muy cerca. Alice no podía cerrar los suyos. La mirada de Mark la retenía, no conseguía apartarse de ella.

—Dijo que lo intentó y que luego tú misma le dijiste que corriera a llamar a la policía. —Hizo otra pausa y siguió con voz monótona—. Y eso hizo. Estaba en el teléfono justo cuando nosotros volvimos a casa. Estaba histérico. La policía llegó en el momento en que te desmayabas. Se quedaron un rato por aquí. ¿No recuerdas que hablaste con el jefe Hanley?

Alice se sintió aterrorizada. ¡No podía recordarlo! Tenía una vaga idea de rostros extraños que flotaban en torno a ella, en unos planos vacilantes de luz y sombras. ¿Qué habría dicho? Movié la cabeza asintiendo y observó a Mark con los ojos muy abiertos.

—Tú les dijiste lo mismo; dijiste que Bruce intentó ayudarte pero que era demasiado pequeño para llegar hasta ti. Y que tú le enviaste al teléfono... a llamar a

la policía.

Alice dio un gran suspiro de alivio.

—El único problema es —continuó Mark con su voz extraña y terrible— que el doctor afirma que, según tus heridas, él diría que habías estado colgando allí durante muchísimo tiempo, y no cinco o diez minutos. Si Bruce estaba llamando a la policía justo cuando nosotros llegamos a casa, y porque tú se lo habías mandado un instante después de la caída, el espacio de tiempo transcurrido no habría sido tan largo como para causarte todo ese destrozo. La sangre estaba ya seca en tu brazo, y la muñeca enormemente hinchada, y de color púrpura. Para eso se necesita mucho más tiempo que cinco minutos, Allie. —De nuevo hizo una pausa—. ¿Vas a decirme la verdad, querida?

«Pero la verdad destrozaré tu corazón», pensó Alice. Intentó sonreír:

—Fue exactamente como... nosotros... te dijimos.

Mark agitó lentamente la cabeza de un lado a otro. Miró al suelo, entre sus rodillas.

—No te creo, Allie —dijo, y el corazón de la muchacha saltó en su pecho—. ¿Sabes lo que pienso? Yo creo que caíste de aquella valla al menos media hora antes de que llegáramos nosotros y la policía. Creo que Bruce te vio caer y te oyó gritar. Creo que él... creo que él perdió la cabeza y que, cuando le mandaste a llamar, se escondió en su habitación. Suele hacer eso cuando se ve enfrentado con una emergencia. No puedo perdonarle, Allie. Es un muchacho inteligente y debía haber actuado de otro modo. Si él hubiera llamado inmediatamente a la policía, te habrían rescatado mucho antes de llegar nosotros. ¿Tengo razón, Allie?

—Fue... tan horrible. No recuerdo exactamente cuánto tiempo... —susurró Alice. El alivio que experimentaba le hacía sentir de nuevo debilidad y náuseas—. Pero no creo que fuera media hora, quizás un cuarto de hora, o menos. No culpes demasiado a Bruce, Mark. Es sólo un niño, después de todo. —Sus palabras eran lentas y penosas—. Lo que ocurre es que por el hecho de ser tan... inteligente, nos olvidamos de su edad. Esperamos que sus acciones vayan de acuerdo con su inteligencia. Los niños... no son así. Crecen un poco desordenadamente... incluso los inteligentes.

Pero Mark guardaba silencio. Seguía mirando al suelo; luego alzó los ojos y ella vio, incluso en aquella semioscuridad, que había un extraño horror en su mirada, una oscura y temerosa sospecha. Se obligó a mirarlos con fijeza. Sus labios blancos estaban firmes ahora, ya no temblaban.

—Allie —insistió él con voz dura—. Dime la verdad. Después que caíste... ¿crees que Bruce se alejó corriendo deliberadamente y esperó todo lo que pudo antes de llamar a la policía?

—¿Cómo puedes pensar eso? —gritó, incorporándose a pesar de la llamarada de dolor en su brazo—. ¡No fue así, en absoluto! ¿Por qué habría de hacerlo?

La verdad latía en su voz, pero no la verdad que él entendía.

Se secó el rostro con las manos y suspiró:

—Bruce no te quiere, Allie. Espera. Déjame terminar. He sabido desde hace mucho tiempo que no te quiere, desde el mismo día que destrozó todas aquellas cosas de tu bolso. ¿No comprendes que tengo que saber la verdad de todo esto por el bien de Bruce? Tengo que saber si, al verte caer y oír tus gritos, pensó que ibas a morir, aunque para ello fuera corriendo al precipicio, cosa que no suele hacer. Te vio colgando allí, tú le dijiste que fuera a la policía... y él esperó, convencido de que tendrías que soltarte. Y morir. Allie, si es así, entonces él intentó...

La terrible palabra aún no pronunciada quedó pendiente entre ellos. Luego Alice agitó la cabeza:

—No fue así, Mark. Tú sabes que no miento. Pero te juro en nombre de Dios que no fue como tú dices. Te lo juro.

Se miraron en profundo silencio. Luego Mark suspiró de nuevo y sonrió débilmente. Tenía la frente húmeda:

—Te creo, Allie. Si... si hubiera sido como yo pensé en principio, no sé si habría podido soportarlo. ¡Mi hijo! Entonces habría sabido con certeza que estaba enfermo, enfermo más allá de toda ayuda.

Kathy abrió la puerta y entró. Estaba aún muy agitada. Corrió a la cama, pasó los brazos en torno a su hermana y estalló en sollozos.

—¡Oh, Dios mío! —gimió—. ¡Oh, mi pequeña hermanita! ¿Qué habría sucedido si no hubiéramos llegado a casa entonces? ¡Oh, y mi pobre niño! Nunca olvidará esto. Tendrá pesadillas. ¡Pobrecito!

—¿Cómo está Bruce? —preguntó Alice débilmente, sintiendo caerle las lágrimas de su hermana por el rostro y tratando de acariciarla con la mano izquierda—. Vamos, calla, Kathy querida. ¿Cómo está Bruce?

Kathy se sentó en el borde de la cama. Cogió apretadamente la mano de Alice y lloró sin poder controlarse.

—No lo sé. Se despertó hace una hora y le llevé algo de comer, y entonces empezó a llorar y no había forma de calmarle. Tuve que darle de comer como a un bebé y luego acunarle en la mecedora hasta que se durmió de nuevo. Pero... ¡Alicia! ¿Sabes lo que me pidió que hiciera? ¡Me pidió que te preguntara cómo estabas justo antes de dormirse, y te mandaba todo su cariño! —Sollozó de nuevo—. ¿No te destroza eso el corazón?

Alice, apoyada en su hermana, cerró los ojos y sintió que una terrible náusea amenazaba estallar en su garganta.

—De acuerdo —murmuró sordamente—. Por favor, Kathy querida, no llores así. Todo va bien. Todo irá bien...

Muy temprano, a la mañana siguiente, Mamie entró en el dormitorio con la bandeja del desayuno para Alice. Kathy ya se había bañado y dejado la habitación. Había prometido a Angelo traerle fresas de las que a él tanto le gustaban y se había ido al pueblo «para comprarlas pronto, dulces y frescas, antes de que las hubiera tocado nadie». Mark todavía dormía exhausto en el sofá de la sala de estar. Mamie

puso la bandeja junto al lecho y sonrió a Alice, dándole ánimos:

—¿Quiere que yo misma le dé el desayuno, señorita Knowles? Ayer fue un día espantoso para usted, ¿no?

—Puedo comer sola, gracias —repuso la muchacha con una sonrisa de gratitud—. Soy ambidextra, ya sabe, lo cual quiere decir que puedo servirme indistintamente de ambas manos. Sí, fue un día terrible.

Mamie miró en torno a la habitación, con cautela. Luego fue de puntillas a la puerta, la abrió y examinó la figura de Mark, profundamente dormido, en el extremo de la sala de estar. Cuando regresó junto al lecho, su agradable rostro estaba muy serio.

—La señora Saint dijo que usted insistía en marcharse esta mañana, y que el señor Saint la llevaría a la ciudad en el coche —dijo—. Pero la señora Saint dice que eso es una locura, con el brazo escayolado y todo eso, y que se quedará aquí por lo menos una semana, hasta que pueda usar el brazo.

Hizo una pausa. Alice agitó la cabeza y se tomó el jugo de naranja.

—No. Tengo que volver. Realmente he de marcharme en cuanto haya terminado este magnífico desayuno y pueda vestirme. ¿Me ayudará, Mamie?

—¿Quiere decir que va a marcharse antes de que vuelva la señora Saint? —Los ojos de la buena mujer eran inexcrutables—. Ella dijo que no estaría aquí hasta la hora del almuerzo. Se ha ido de compras al pueblo.

—Pues lo siento, pero tengo que irme —dijo Alice, obligándose a hablar con tono apesadumbrado. Le resultaba imposible la idea de quedarse allí y ver de nuevo a Angelo. Preguntó por el niño.

—¡Oh, todavía está durmiendo! Drogado.

Cierto extraño tono en la voz de Mamie hizo que Alice alzara la cabeza alerta. La boca de la sirvienta era una línea dura. Y ahora empezó a hablar en susurros:

—A mí no puede engañarme nadie, señorita Knowles. Yo sé sumar dos y dos. ¿Sabe lo que creo? ¡Yo creo que usted estaba sentada en la valla y que él la tiró! ¡Quería matarla!

Alice dejó cuidadosamente el vaso. Le temblaba la mano. Intentó hablar, pero Mamie la interrumpió casi fieramente:

—¡Se lo veo en la cara! Y también ayer vi su cara, cuando la sacábamos de allí. —Se santiguó, sencilla, honradamente—. Yo sé reconocer a un asesino cuando lo veo, y Angelo no es un niño. ¡Desde luego que no lo es, señorita Knowles! He vivido sesenta años y conozco a la gente. Le vengo observando desde hace dos meses. He continuado en la casa por el señor Saint, que, en cierto modo, es todo un santo. Pero de un modo muy tonto... —Trató de sonreír, pero le temblaba la boca.

—Pero usted no debe... —empezó Alice, mirándola aterrada.

—¡Oh, yo no le diré nada al señor Saint! —La miraba con ojos llenos de inteligencia—. Usted es una chica muy buena, señorita Knowles. Una de las mejores que he conocido. No se acerque otra vez a ese niño, ¡una nunca sabe lo que hará! ¿Y

quiere que le diga otra cosa? Yo creo que él mató a ese pobre perrito, sólo porque lo estaba maltratando y le mordió.

Alice miró sin ver la bandeja del desayuno. No estaba de ánimo para negativas.

—Y por eso, cuando usted se vaya esta mañana yo me voy con usted —dijo Mamie secamente—. Ya he hecho el equipaje. Se lo diré al señor Saint. No esperaré hasta que *ella* vuelva. Ahora también a mí me da miedo quedarme. Ese niño es como... como si leyera el pensamiento. Te mira, y es como si supiera lo que piensas. ¡Y si llega a adivinar lo que yo sé de él, de ayer y del perro, hasta podría clavarme un cuchillo en la espalda!

Alice trató de reír:

—¡Oh, Mamie!

Pero ésta agitó la cabeza con vehemencia.

—Señorita Knowles —dijo, y alzó solemnemente un dedo—, no creo que esté bien ocultárselo al señor Saint. Quizá haya algún hospital al que pueda llevar a ese niño. Es un demonio. Tal vez podrían curarle.

Alice no pudo callar más:

—No. No se le puede curar. Nació así. —Su corazón latía agitadamente por el terror—. Los psiquiatras tienen un nombre para los que son como él. Conozco a un psiquiatra joven en la ciudad, somos amigos. No es tan dogmático y ridículo como muchos otros. Me dijo una vez (y él nunca ha conocido a Bruce, pero me describió a los de su clase) ¡que lo único que se puede hacer con los niños como Bruce es llevarlos a una gran ciudad y abandonarlos en medio de la multitud y no verlos de nuevo! Pero, naturalmente, esa idea es absurda. Ni siquiera es posible internarlos en un manicomio, porque no están locos, por lo menos no legalmente, no como lo considera la ley. Verá, Bruce es un psicópata.

—Palabras —dijo Mamie, agitando la cabeza—. Yo digo que son demonios. —Dio un profundo suspiro—. Porque los niños así, crecen, y entonces asesinan a la gente.

—No siempre —dijo Alice tristemente— ni muy a menudo, creo. Pero sí son origen de la desgracia y la infelicidad de otros. Deliberadamente.

—Y ¿no es posible sacarles el demonio de dentro cuando son pequeños y hacerles cambiar?

—No, Mamie. No es posible cambiarlos. Pero ya llegará el día en que sepan reconocerlos a tiempo, y entonces...

—Entonces ¿qué?

—No lo sé, Mamie. No lo sé. Ni siquiera sé qué porcentaje de niños nacen así. A veces ni siquiera pueden reconocerlos los psiquiatras, pues con frecuencia son muy listos, muy inteligentes. Sólo es posible adivinarlo, observando las familias y viendo lo desgraciadas que son, que hay uno entre ellos, un marido quizás, o una esposa, o un hijo. Mire, Mamie, la conciencia es algo nuevo en el desarrollo de la humanidad. Hubo una época, antes del despertar de las civilizaciones, en que los hombres no

tenían más conciencia que los demás animales. Eran lo que llamamos seres primitivos. Y los psicópatas, según me dicen los médicos, son una reversión de los seres primitivos, como un atavismo en lo que se refiere a falta de conciencia. Es como un niño que nace ciego para los colores, lo cual es otra forma de vida primitiva.

—¡Santo cielo! —suspiró Mamie—. Bien, de todos modos, señorita Knowles, yo me voy con usted.

Alice se alegró al oírla, aunque lo sintió por Kathy. Así no habría ninguna conversación privada, ni peligrosa con Mark, cuando éste la llevara en el coche a la ciudad.

Alice y el doctor John McDowell se sentaron a fumar un cigarrillo después de la excelente cena que habían tomado en el restaurante Tavern, junto al bulevar. El Tavern se alzaba en un montículo y desde él se divisaba la corriente de luces de los coches que entraban y salían de la ciudad. Alice estaba todavía exhausta. Mientras fumaba y tomaba sorbitos de *brandy* miraba la gran habitación rústica en la que estaban sentados ella y su amigo, y se preguntaba vagamente cómo podía haber tantas personas felices y animadas, sin la menor señal de preocupación en su rostro. Al estudiar su aire agotado, su mirada vaga, el doctor la examinaba con afectuosa curiosidad, aunque sintiéndose también ansioso y turbado. Era muy sutil; por eso dijo:

—No dejes que esos rostros te engañen, Alice. Probablemente muchos de ellos se sentirán tan desgraciados y asustados como tú. Nadie podría decir, sólo mirándote, que tú estás tan preocupada.

«Alice, —pensó el doctor—, estaba muy hermosa con su traje azul marino y el pequeño sombrero blanco». La amaba y deseaba casarse con ella. Miró su muñeca derecha. Le habían quitado el yeso hacía dos semanas, pero la muñeca seguía aún hinchada y roja. Alice le había contado la larga y terrible historia mientras cenaban, y él había escuchado en silencio.

—Hay cosas que tienes que aceptar, por horribles que sean —dijo—. Son parte de la realidad, Alice. Si me hubieras hablado antes de ese niño, informándome de que era tu sobrino y de que os odiabais, yo te habría aconsejado que te mantuvieras a buena distancia de él. Ahora no quieras sacar conclusiones precipitadas. Estás pensando en otros niños como él, y puede haber millones (no lo sabemos) en el mundo, y siguen naciendo cada día. Es bastante extraño que un psicópata inteligente cometa un crimen, pues se aman demasiado a sí mismos y desean protegerse. Si llegan a cometer un crimen es después de largos meses, años quizás, de meditarlo fría y cuidadosamente, teniendo en cuenta todos los riesgos. Yo creo que la mayoría de los crímenes que quedan sin resolver fueron cometidos por psicópatas inteligentes. Los psicópatas tontos son, por lo general, criminales de poca importancia, o adictos a las drogas. Pero esto es cierto con respecto a los inteligentes: pocas veces cometen un

crimen por impulso, porque la ley establece una distinción entre los que matan por impulso furioso y los que asesinan con premeditación. Ese niño lleva mucho tiempo pensando en el modo de destruirte.

Le sonrió, pero Alice le miraba gravemente.

—Por tanto, aléjate de él. Siento personalmente que te vayas a Boston, pero lo comprendo. —Ahora dejó de sonreír—. Así podré tener alguna esperanza de que te olvides de Mark Saint y empieces a pensar en mí.

Pero Alice dijo:

—¿Y no hay esperanza para Angelo? ¿Un tratamiento de *shock*, o algo por el estilo?

—No. Nada, a excepción de reducirle a una especie de existencia vegetal, mediante una lobotomía. Y eso sería tan terrible como su estado actual. Anímate, Alice. Conozco a media docena de hombres de éxito, hombres respetados en su profesión y en sus negocios, que son psicópatas. Por lo que saben sus amigos, jamás cometieron un crimen en su vida, y, probablemente, nunca lo harán. Ángel está ahora a punto de entrar en otra etapa de su desarrollo. Tendrá que simular que posee una auténtica conciencia, y deberá conseguir muchos amigos. ¡Te sorprendería descubrir lo bien que los psicópatas saben ganarse a sus amigos! Así que, en pocos meses, quizás un año, advertirás un cambio en él. Imitará las virtudes de los demás, para sus propios fines. La virtud surge de la conciencia. Los psicópatas no tienen conciencia, pero observan y comprueban lo que es deseable y estimado entre la sociedad, y luego lo imitan. Por lo general sufren ataques de rabia incontrolables, pero aprenden a dominarse entre desconocidos y amigos y dan rienda suelta a su ira sólo cuando están seguros ante una esposa, o un marido, que no va a traicionarles. Son violentos, pero ante los extraños se muestran de lo más agradables, afectuosos, cooperativos y generosos del mundo, y sólo entre sus familiares se revelan como tigres crueles y voraces. Se muestran absolutamente adorables, pero son incapaces de un amor generoso, como son incapaces de respetar la virtud y la bondad. Todos éstos son atributos civilizados, y el psicópata, como te he dicho, es absolutamente incivilizado en el significado más noble del término «civilizado».

—Sí —dijo Alice—. En una ocasión me dijiste que eran los mejores simuladores cuando conviene a sus propósitos. ¿Crees entonces que Angelo no intentará nada violento de nuevo?

El doctor miró aquel rostro esperanzado y vaciló.

—No lo sé, Alice. Mira, él sabe que no puede engañarte a ti, y por eso te odia. Sus padres están seguros... a menos —y bajó la voz— que uno, o los dos, lo descubran. E incluso entonces, y no me mires tan asustada, no utilizará la violencia contra ellos porque les necesita para que le mantengan, protejan y mimen. Su padre significa el dinero para su comodidad; su madre significa adoración y servicio. Y, dentro de poco, comprenderá que es mucho mejor para él no demostrar hostilidad, odio o violencia, ni siquiera hacia aquellos que sospechan de él. Aprenderá a pensar

en la ley, que podría amenazarle, encarcelarle y destruirle. Y, para vivir, el psicópata necesita el afecto, ayuda y lealtad de otros, a los que puede explotar.

—Lo que se hereda no se roba —murmuró Alice.

—Sí. No sabemos si el psicópata se forma mediante una repentina mutación de genes en el embrión, o si es una verdadera reversión.

—¿Dirías tú que los rusos son un producto de un atavismo, una reversión? —preguntó Alice.

El doctor sonrió y agitó la cabeza.

—No. De otra forma no existirían los campos de concentración rusos. Todos serían psicópatas, y con toda conformidad servirían a aquello que les permitiera avanzar. Pero las observaciones y los informes secretos han demostrado que la conciencia es tan innata entre los rusos como entre cualquier otro pueblo. Sin embargo, sus líderes son auténticos psicópatas. Hitler lo fue; Stalin, Lenin y Khrushchev lo fueron también. Observarás que todos esos hombres odiaron el bien, la virtud, la bondad y la religión. Sobre todo la religión, que es lo que guarda y alimenta la conciencia innata del hombre, que los psicópatas desprecian. Ellos piensan que los que se sienten limitados por la conciencia están locos. Lo creen sinceramente.

Alice suspiró:

—Ahora que te he presentado a Mark y a Kathy, y que Mark te tiene afecto, tú tratarás de seguir la marcha de las cosas por mí y me lo harás saber todo, ¿verdad, Jack?

—Sí, querida. También he conocido al niño. En cuanto hube hablado con él unos minutos, vi que era un auténtico prototipo de psicópata. Y no me sorprendería en absoluto que creciera y llegara a ser hombre de éxito, apreciado de todos, activo en las causas de la comunidad y que incluso llegara a ser un pilar de la iglesia. Los únicos que realmente le conocerán serán la desgraciada mujer con quien se case y quizá sus hijos. Pero para esa época él ya no tratará de destruirles por ello, como intentó hacer contigo. Porque eso le sería perjudicial, ¿sabes? A propósito, los psicópatas, a menos que se vean limitados por la desaprobación moral de la comunidad, lo que los arruinaría, son divorciados crónicos. Y observarás que cada uno de sus matrimonios subsiguientes les aporta más dinero o una mejor posición.

Alice guardó silencio y su amigo comprendió que estaba pensando con doliente anhelo en Mark Saint. Y dijo con humor:

—Ahora bien, si te casaras conmigo, Alice, podríamos adoptar a Kennie Richards y darle un verdadero hogar.

Alice rió débilmente:

—Esto sí que es un auténtico soborno. No, Jack. Te tengo muchísimo cariño, y si no fuera porque estoy enamorada de Mark, te querría. Pero no sería justo casarme contigo en estas circunstancias. Además —su voz falló—, quizás engendraríamos un psicópata como Kathy.

—Eso es una probabilidad de dos millones contra una —dijo el doctor. No es un rasgo hereditario, es cuestión de mala suerte. Podría sucederle a cualquier matrimonio. No es algo que ocurre «según en qué familias», como se dice por ahí. Es cierto que, cuando hay un psicópata en la familia, los otros miembros se vuelven con frecuencia neuróticos debido a la tensión, el sufrimiento y la ansiedad. Pero, apartados de la convivencia con el psicópata, recuperan su salud mental y son de nuevo normales. Cuando hallamos un neurótico en nuestra profesión, en estado de horrible ansiedad y que sufre una enfermedad psicosomática, investigamos discretamente para ver si vive con un psicópata, o si trabaja para uno. Por desgracia, sucede con frecuencia que un niño sano y normal nace de un psicópata, y queda en consecuencia tan dañado en su mente, espíritu y sensibilidad que jamás recupera plenamente la salud y las ansias de vivir. He investigado muchos suicidios de neuróticos, y difiero con mis colegas en cuanto a las causas de algunos de ellos. Yo he descubierto que, en gran número de casos, la desesperación les ha arrastrado a matarse porque no podían liberarse de un psicópata, ya porque le amaba, o porque se sentía responsable de él, o porque no podía escapar de él, o por el recuerdo de él o de ella.

—¿Y no se podría intentar curarles, incluso cuando aún son niños?

—No. Y sería peligroso además. Demasiados niños, neuróticos a causa de tener un padre o una madre psicópata en casa, mostrarían superficialmente rasgos de psicópatas y de este modo serían declarados tales por personas que no estuvieran totalmente capacitadas para descubrir la verdad. Lo único que podemos hacer, si nos toca estar relacionados con un psicópata, es apartarnos de ellos lo más posible, en el caso de que sean adultos. Si son niños, podemos enseñarles desde muy pequeños a comportarse de acuerdo con las costumbres de los civilizados, por su propio bien. Desean tanto protegerse, que lo comprenden en seguida.

—¿Dirías tú que todos los que están en las prisiones fueron psicópatas?

—Al contrario. Diría que muy pocos lo fueron. Porque éstos saben disimular muy bien. Jamás se ponen impulsivamente en peligro, ni los más torpes. Los crímenes que cometen, cuando los cometen, son secretos y muy bien pensados. El gran crimen que cometen contra los demás es de índole espiritual. Excepto cuando son niños, como en el caso de tu sobrino. Si de algo sirve el descubrirlos muy pronto es porque puede demostrárseles que la violencia declarada los destruirá a ellos mismos, y que, por su propio bien, deben simular la virtud. Y no hay modo de refrenarlos mediante la religión, o transformarlos mediante ella, pues aquello sobre lo que podría actuar la religión está ausente en los psicópatas. Sin embargo, con frecuencia son grandes bienhechores de las iglesias; eso es parte de su disfraz.

—Pobre Kathy. Pobre Mark —suspiró Alice, casi llorando.

—¡Oh, no digas eso! Probablemente tu hermana nunca llegará a descubrir nada en su hijo, a menos que, si llegara a ser viuda, permitiera que él la desposeyera de su dinero. Es muy posible que él incluso la haga sentirse orgullosa cuando sea hombre...

si Kathy es prudente con el dinero y lo conserva, Angelo será el más afectuoso de los hijos para con su madre. En cuanto a Mark... —vaciló—. Me temo que él lo ha descubierto ya, hasta cierto punto. Pero nada podemos hacer al respecto. No existe en ninguna parte un hospital de enfermos mentales al que llevar a Angelo. Todas las pruebas demostrarían que está completamente sano. Y lo está. Mucho más sano que los neuróticos que creará más tarde, cuando tenga una familia propia.

Alice recogió los guantes; su rostro estaba pálido y tenso. No podía olvidar el terror de aquel día de verano en que casi había sido asesinada. Por las noches el dolor de la muñeca la despertaba con frecuencia. Y con frecuencia también tenía pesadillas, en las que la escena se reproducía con horrible claridad.

—¡Sólo espero —dijo— que no haya psicópatas entre los niños de esa escuela privada en la que voy a enseñar! —Intentaba sonreír.

—Si los hay, probablemente no los reconocerás. Pero si encuentras a un embustero crónico que no tiene razones para mentir por temor a su padre ni a cualquier otra persona severa, o un niño extraordinariamente cruel y sonriente, o uno que tiene modales encantadores y cautivadores con los adultos, que generalmente le adoran por su inteligencia, belleza o encanto, entonces puedes empezar a tener sospechas... pero sólo sospechas. Nunca se puede estar seguro.

Alice miró sus manos enguantadas:

—¿Crees tú, Jack, que Kathy tiene parte de culpa? ¿Crees que si Angelo hubiera tenido una madre que lo mimara menos habría sido mejor para él?

—Bueno... los padres que miman a los hijos son un peligro, pues agudizan los rasgos peligrosos de los psicópatas natos. Sin embargo, tampoco ayudaría una fuerte disciplina. Eso sólo sirve para que el psicópata se vuelva más ansioso de venganza, más astuto, más reservado. ¡Ah! ¿Quién tendría el corazón tan duro como para decir a una madre amantísima que su hijo es una maldición para la humanidad? ¿Y que no puede apelar a su conciencia para dominarle, sino sólo a su propio interés?

Alice enrojeció un poco, pues la religión era un tema demasiado sagrado para que pudiera hablar de la misma con excesiva ligereza.

—¿Crees, Jack, que los psicópatas nacen sin alma?

Quedó él silencioso por unos instantes y luego dijo francamente:

—Sé que esto no es ortodoxo y que otros psiquiatras se reirían de mí, pero creo sinceramente que así es. O, como yo soy católico, diría que, en el momento de su concepción, fueron poseídos por el diablo.

Antes de salir del Tavern, Alice dijo:

—¿Cuidarás de Kennie Richards, Jack? ¿Lo harás por mí?

—Claro que sí, querida. También yo quiero a ese niño. Y, a partir del domingo próximo, me lo llevaré a la escuela dominical, y de excursión, como tú hacías.

Salieron a la cálida noche de primeros de septiembre, llena de olores intensos que levantaban el ánimo. Pero Alice estaba más allá de todo estímulo y gozo. Mark Saint estaba siempre en su mente, aunque no estuviera pensando voluntariamente en él. Tal

vez nunca le vería de nuevo. Y confiaba en ello, porque ahora sabía que él la amaba como ella a él, y estaba Kathy, cuyo matrimonio era sagrado para Alice, cuyo matrimonio no debía ser deshecho.

Mark Saint estaba ayudando a su esposa a decorar lo que ella llamaba con dulces arrullos «el arbolito personal de Ángel». No era suficiente que la familia tuviera un gran árbol de Navidad en la sala de estar. Angelo debía tener uno pequeño en su dormitorio para que sus pies no se enfriaran de madrugada cuando bajara de la cama a descubrir sus lujosos juguetes. El niño estaba en pie a poca distancia, observando con aire crítico los esfuerzos de sus padres. A veces gritaba furioso y rectificaba la colocación de una bola o un adorno. Tenía ahora nueve años, pero no se esperaba de él (ni por supuesto él lo deseaba) que prestara alguna ayuda.

—¡Si es una alegría para nosotros! —decía Kathy, que escuchaba tímidamente y con una sonrisa fatua las críticas de su hijo—. ¿No te gusta este pequeño trineo aquí, cariño?

—No. Debería estar exactamente ahí, en esa rama. ¡Y detesto ese ángel estúpido en la cima del árbol! ¿Por qué no ponéis ahí una estrella?

—Éste es mi ángel, hijito —dijo Mark, recordando que Angelo era «sólo un niño» y tratando de no ofenderse—. Mis padres lo compraron para el árbol de nuestra casa, cuando yo era más pequeño que tú. Creo que es muy decorativo y, después de todo, debemos recordar que la Navidad no es sólo la época de los regalos y la diversión; en realidad no es eso, en absoluto. Es una celebración en honor del nacimiento de Dios.

—Sí, papá —dijo Angelo en seguida, con toda seriedad—. Eso ya lo sé. Es sólo que el ángel parece comido por la polilla. Y además, todos ponen estrellas, ya lo sabes. Y una gran estrella representa el nacimiento de Nuestro Señor, lo mismo que un ángel.

—¡Oh!, ¿no es inteligentísimo? —entonó Kathy, que corrió a abrazar a su hijo, extasiada y gozosa—. ¡Lo comprende todo! ¡Oh, cariño, mi querido Ángel! Quitaremos ese ángel, naturalmente. ¡Tienes toda la razón! ¡Una gran estrella brillante! ¡Y tengo una precisamente aquí, en la caja!

De modo que el ángel fue reemplazado por una estrella de latón. Kathy miró inquisitivamente a Mark y dijo con indulgencia:

—Puedes ponerlo en el árbol grande, Mark, en la sala. No seas niño, ni adoptes ese aire tan reprimido.

Era totalmente incapaz de comprender que Mark se sintiera dolido, que lamentara el modo tan sutil con que su hijo le había rechazado y vencido. Poco después Mark devolvía la sonrisa a su esposa. Angelo acababa de cumplir nueve años. De nuevo sentía ciertas sospechas y estaba decidido a rechazarlas al menos durante algún tiempo. Desde hacía un año había dejado de llamarle Bruce. La presión había sido demasiado fuerte, no sólo por parte del niño sino de Kathy. Además, los niños del colegio privado al que asistía ya no se burlaban del «Santo Ángel».

Mark, sosteniendo en la mano el repudiado ángel, miró la estrella y sintió algún

contento. No amaba ya a Kathy, pero el amor que antes sintiera por ella había sido reemplazado por un afecto tolerante, por lo que ahora trataba de ver en ella muchas virtudes dignas de consideración que, aunque tontas, eran cómodas por muchos motivos. Y como Alice ya no estaba en la ciudad, Kathy también había cambiado con respecto a él. Era como si un aguijón hubiera dejado de irritar su carne, pues, aunque sentía afecto por su hermana, era muy superficial. Había momentos en que disfrutaba de la compañía de su marido, incluso sin la presencia de Angelo; había momentos en que ni siquiera hablaba de su hijo en absoluto. Por las noches, cuando el niño estaba ya acostado, disfrutaban de unas horas de soledad en las que ella hablaba de modo brillante de muchas cosas que interesaban a Mark. Con su estilo sutil, de autoprotección, y mediante su instinto femenino, había llegado a comprender, sin expresarlo en palabras ni siquiera a ella misma, que había estado a punto de perder por completo a su marido, y ahora hacía increíbles esfuerzos a fin de volver a ser para Mark lo que había sido antes del nacimiento de Angelo... y con frecuencia tenía éxito.

Mark preguntó:

—¿Qué le enviaste a Alice para Navidad, Kathy?

—Cariño, ¡si ya te lo dije! Tú sabes lo anticuada que es ella a veces; una auténtica solterona, por desgracia. Esas jovencitas tan masculinas generalmente acaban así. Bien, ella quería un manguito, un manguito a juego con ese viejo abrigo de rata almizclera que le compramos para Navidad hace cinco años, ¿lo recuerdas?

—Cuando Alice se lo ponía parecía tan hermoso como si fuera de visón —dijo Mark.

Kathy no estaba demasiado segura de que le agradara aquella observación. Angelo clavó los ojos en su padre y le observó bajo las espesas pestañas. Los ángulos de su boca de querubín se profundizaron, como por efecto de una reprimida y maliciosa sonrisa interior.

—Pensé que vendría a casa esta Navidad —dijo Mark, colgando adornos en una rama—. ¿Te das cuenta de que no la hemos visto desde el verano pasado, cuando Ángel estaba en el campamento, y que entonces ya había pasado casi un año desde su última visita?

—Siempre tiene excusas —dijo Kathy—. Francamente, no creo que los lazos familiares y la intimidad, y estas reuniones, signifiquen mucho para Alice. Me pregunto por qué no se casó con el doctor McDowell. En una ocasión nos insinuó que él estaba muy interesado por ella, pero no sé...

—No fue Alice la que lo insinuó —le interrumpió Mark con extraño enojo—. Fue el mismo Jack McDowell el que nos lo dijo, hace un año poco más o menos.

—¿De verdad? —preguntó Kathy con aire vago—. Me pregunto qué vio en ella. ¡Oh!, es mi hermana y la quiero, pero desde luego no es muy femenina. Con todas mis fuerzas intenté conseguir que venciera sus modales bruscos y ese modo tan varonil que tiene de salir con alguna verdad desagradable. ¡Y cómo se viste! Nada

suave, dulce y lindo. Todo es severo y sencillo.

Mark pensó en Alice. Siempre se preguntaba por qué no disminuía en él el profundo dolor que experimentaba al recordarla, sino que se hacía más fuerte con el tiempo. Kathy continuó, muy sonriente:

—¿Crees que ya está enterada de que su querido Jack se ha comprometido con Mary Whiteside?

—Mary era su amiga, ¡ella les presentó! ¿Es que lo has olvidado de verdad, Kathy? ¿No recuerdas que hace apenas unos meses, en julio, Alice te escribió sobre el compromiso y lo muy feliz que se sentía por ello?

—Hum... —murmuró su esposa. Luego se volvió a su hijo con una alegre risa—. ¡Ya casi hemos terminado! Ahora iremos a tomarnos nuestra buena tacita de chocolate en la cocina y un trozo de ese pastel maravilloso que Betty hizo hoy. ¡Imagínate! ¡Pasado mañana Navidad, y todos esos lindos, lindísimos regalos! ¿No eres feliz, Ángel?

Entonces Angelo hizo algo que sabía que enfurecía a su padre, aunque Mark jamás lo había mencionado. Dio un salto en el aire como un niño muy pequeño, aplaudiendo y chillando. Kathy dio un paso atrás en actitud de adoración. «¿Es que no ve que el niño está realmente, deliberadamente, burlándose de ella, poniéndola en ridículo? —se dijo Mark—. Siempre hace eso cuando Kathy se muestra especialmente tonta y habla con ese tono estúpido de voz. ¿Por qué no comprende que Angelo tiene ya nueve años, que ya no es un niño?». Entonces vio Mark que Angelo le observaba tras su estallido infantil, y que disfrutaba con su vergüenza y su furia.

Sonrió penosamente a su hijo, y Angelo le devolvió la sonrisa con un ligero guiño. Mark no supo si sentirse más furioso aún, o simplemente divertido. Quizá no estuviera bien por su parte sentir aquella repentina alegría porque su hijo hiciera causa común con él, de hombre a hombre, en su burla ante la tontería de las mujeres. Al fin decidió que no estaba demasiado mal; los hombres solían intercambiar un guiño a expensas de sus esposas, y tampoco dudaba de que las mujeres tendrían sus propios comentarios comunes a expensas de sus maridos.

Resolvió no ser demasiado introspectivo, como resolvía a menudo. «Dejemos las cosas en paz —pensó—. Tengo un chico que parece tres años mayor de lo que es, un perfecto ejemplar en su aspecto físico, más guapo cada día, y que está dos años por delante de los demás niños de su edad. Es capaz de digerir el material más difícil de la escuela, y con avidez. Los niños ya no le evitan, la casa está siempre llena de sus amigos, a los que fascina. Sus profesores le respetan, le admiran y le quieren. Todo va bien por ahora. Sólo era cuestión de tiempo, después de todo. ¡Yo y mis temores! Incluso Sally y Bobbie, cuando estamos en la cabaña, le siguen como dos perritos. Es un líder por naturaleza. Era sólo cuestión de que se adaptara al mundo, lejos de Kathy. Aunque ella lloró y gimió durante horas cuando lo enviamos al campamento, Angelo fue con todo gusto y volvió cubierto de adulación. Y, poco a poco, llegará a

ser un verdadero amigo mío también. Es más listo que el hambre...».

—¿Qué haces ahí, soñando? —preguntó Kathy—. Ya hemos terminado, es casi la hora de que Ángel se acueste y le leamos un ratito. Vamos a la cocina. Espero que Betty haya dejado la cazuela al fuego; al chocolate se le pone una costra muy fea y a Ángel no le gusta así. ¡Oh, Señor! Las muchachas están peor cada día.

—¿Betty? —dijo Mark—. ¡Caray, parece que entran y salen por una puerta giratoria! Cuando aún no me he aprendido sus nombres ya se han despedido. Pensé que se llamaba Ana.

—¡Y tú dices que yo soy olvidadiza! Betty lleva ya cinco días con nosotros. Aunque parece que empieza a ponerse de mal humor y a murmurar entre dientes. Sin embargo, yo conservo todas las respuestas a mis anuncios, y siempre puedo conseguir otra.

—¡Esos cambios constantes! —se quejó Mark—. ¿Tu anuncio? Yo creí que conseguías las chicas a través de una agencia.

—¡Las agencias son incluso peores que ellas! Creen todas las mentiras que les cuentan sobre las señoras. Nunca te lo dije, pero ninguna de las agencias quiere enviarnos a nadie. ¿En qué mundo vivimos ahora? Además, las agencias quieren que las señoras paguen unos salarios enormes y la Seguridad Social...

—Yo creo que lo de la Seguridad Social es cuestión de justicia —dijo secamente Mark.

—Es un ultraje —afirmó Kathy, sacudiéndose unos hilos de espumillón de sus faldas flotantes azul oscuro—. Y ¡vamos! ¡La clase de mujeres que contestan a los anuncios! ¿Recuerdas a Bertie, la que tuvimos en octubre? Se marchó sin despedirse siquiera, largándose durante la noche como un árabe, según dice un poema que leí no sé dónde. Y ¿sabes lo que dijo en la agencia? ¡No lo creerías! —Y estalló en una carcajada infantil.

—¿Qué? —preguntó Mark.

Deseaba que Kathy no se aferrara tan desesperadamente a lo que alguien había calificado en su juventud como «radiante». Tenía ahora treinta y nueve años; sin embargo, aún conseguía que sus ojos miraran muy redondos y brillantes y se las arreglaba para que sus labios, su frente, sus dientes muy blancos, emitieran como un halo en torno a ella a la vez que giraba el cuerpo con vivacidad. «Debe ser agotador —fue el poco caritativo comentario que Mark hizo para sí—. ¿Por qué no se abandona un poco y envejece con gracia?». Pues él había descubierto sin querer la auténtica edad de su esposa, aunque era demasiado delicado para decírselo.

—Bien —dijo Kathy inclinándose tontamente como una niña y uniendo las manos entre sus rodillas. Se pasó el borde de su lengua roja por los labios y miró a Mark con la expresión de una quinceañera y encantada de sí misma además—. ¡Bertie dijo a la agencia que había sido envenenada! ¡Envenenada! ¡Aquí, en nuestra maravillosa casa! ¡Figúrate! No estoy exagerando, Mark, así que no me mires tan asombrado. ¿Oíste en tu vida algo parecido?

Mark no supo por qué, pero fue como si un dedo helado le tocara el corazón.

—Debe haber estado loca —dijo. Se obligó a reír—. ¿Cuál era Bertie, y cuánto tiempo estuvo, y qué fue lo que pasó?

Kathy se dejó caer con el estudiado abandono de una adolescente en la silla más próxima. Miró a su hijo, que escuchaba ávidamente, sonriendo:

—Ángel, no deberías oír esto. Es demasiado estúpido. Una locura. No eres bastante mayor para conocer detalles tan sórdidos de gente tan horrible. Ve a la cocina y tómate el chocolate; tu tacita especial ya está sobre la mesa, la puse yo misma. ¡Y no comas demasiado pastel, aunque esté tan rico!

—Muy bien, mamá —respondió Angelo con la voz indulgente del hombre que quiere dar gusto a un niño. Salió del dormitorio y cerró la puerta suavemente tras él.

—¡Qué encanto! —dijo Kathy con anhelo, después de seguirle con la vista—. Ah, sí, Bertie... Era la alta, ya sabes, con gafas, y con el pelo siempre recogido con rulos sobre la cabeza. ¿Te acuerdas? Cuarenta y cuatro años dijo que tenía, aunque por lo menos tendría diez más.

—Ya la recuerdo, sí. Estaba muy bien educada y tenía cultura. Había asistido dos años a un colegio, en una pequeña ciudad de Michigan, y después siguió un curso de ciencias en casa. Y sólo tenía cuarenta y cuatro años. Yo pagaba la Seguridad Social, y vi los informes. La mejor cocinera que hemos tenido. ¿No fue la que estuvo algo más de dos semanas?

—Casi tres. No me importa lo que dijera la tarjeta de Seguridad. Puedo adivinar la edad de las mujeres sin equivocarme ni un año, así que no seas fastidioso, Mark. ¡Educada! ¡Con cultura! ¡Era la más estúpida de todas las estúpidas que hemos tenido! Recuerda que Ángel la detestó desde el principio.

De nuevo aquel dedo helado le tocó en el corazón.

—No lo sabía —dijo lentamente. Y una extraña pesadez se apoderó de él y le obligó a sentarse.

—Pues sí, y no me sorprende. Aún no llevaba aquí un día y ya se vio bien claro que detestaba a Los Niños. Era viuda, y tenía una hija en algún colegio pobretón, no sé dónde, aunque no comprendo que tuviera una hija pequeña a su edad; y me dijo claramente cuando la contraté que amaba a Los Niños, a todos Los Niños, o yo jamás la habría admitido en mi casa. ¡Pero era la peor embustera del mundo! Ángel vino a casa del colegio (ella no lo había visto antes) y yo se lo presenté, y él se condujo como un perfecto caballero, como siempre. Y entonces, cuando había entrado en la cocina a tomar la meriendita (yo estaba entrevistándola en la salita), ella miró a la puerta por donde Ángel se había ido con unos ojos rarísimos tras las gafas. Pensé entonces que se había sentido cautivada por él, como todo el mundo. Pero no era así. Le odió desde aquel mismo minuto, y él la odió también, aunque jamás lo demostró, naturalmente. ¡Yo debía haberlo sabido! ¡Oh, jamás se cruzaban una palabra entre ellos! Ya sabes lo cortés que Ángel es con todas las muchachas, incluso con la vieja Sue, la que viene a lavar, y jamás le levantó la voz a Bertie. Incluso se ponía en pie y

le sostenía la puerta cuando llevaba una bandeja o algo pesado.

—Por favor, al grano, Kathy —dijo Mark. ¿Hacía demasiado calor en la habitación? Le resultaba difícil respirar—. ¿Qué dijo Bertie en la agencia?

—Ya te lo expliqué. Dijo que la habían envenenado. ¡El mismo día en que sé largó de esta casa por la noche como un ladrón!

—¿Cómo? —gritó Mark.

—No tienes que gritar, Mark, aunque no te culpo de ello. Realmente no te culpo. Ya sabes lo pálida y delgada que estaba, aunque trabajaba bien, lo admito. Tenía una botella con una medicina, hierro o algo así, en la nevera, aunque a mí no me gustaba que la pusiera allí... por los germenos, ya sabes. Tomaba tres cucharadas al día, creo. Bien, aquella tarde llovió, pues de lo contrario yo no hubiera estado en casa; era el día de la reunión mensual de las Madres Contra la Polio. Pensé que podría escribir unas cartas, y ya estaba instalada en la salita (creo que escribiendo precisamente a Alicia) cuando oí gritar a Bertie. Pensé que era algún ladrón o algún criminal que entraba en la casa y el corazón se me subió a la garganta. Entré corriendo en la cocina y allí estaba, sentada en la mesa, con los ojos casi fuera de las órbitas, muy brillantes, y luego, de pronto (¡qué asco!), vomitó sobre el suelo de la cocina recién lavado. Y siguió sentada allí, vomitando, cogiéndose a la mesa, aunque yo la sacudí violentamente y le dije que no siguiera. Lo hizo deliberadamente, ¡era despreciable! ¡Bien le estuvo que lo último que vomitó estuviera manchado de sangre, por esforzarse tanto y ser tan histérica!

Mark nada dijo. Sólo pensaba que hacía mucho calor en la habitación. Tenía la frente cubierta de sudor, pero era un sudor frío.

—Le hice que lavara toda aquella suciedad, y luego que se fuera a acostar. Cuando llegó la hora de preparar la cena, se negó a bajar. Se había encerrado con llave. Así que yo misma tuve que preparar toda la cena. ¿No te acuerdas? Y a la mañana siguiente ya no estaba aquí, la maldita. ¡Y contándoles historias a la agencia, además! Por eso ya no quieren mandarme otra criada, después de aquello.

—¿Cuál era el nombre, de la agencia? —preguntó Mark.

—La Acme.

—Ya veo —dijo Mark vagamente.

No supo si fue el instinto lo que le hizo levantarse rápida y silenciosamente y correr de puntillas a la puerta y abrirla de par en par. Angelo estaba allí, en pie. Sonrió a su padre.

—Supongo que debo irme a la cama ahora —dijo—. Ya me tomé el chocolate y el pastel. Y lavé el cacharro además.

—¡Buen chico! —Aplaudió Kathy—. Ahora a la camita. Mark, ¿quieres disculparnos? ¡Ángel y yo tenemos algo muy especial que decirnos solos, solitos, y no queremos que escuches! —Miró a su marido con aire de conspirador—. Después de todo, es casi Navidad.

Mark bajó a la cocina lentamente, como medio dormido. Miró la taza de Angelo.

Estaba en la pila. Mark metió los dedos. Había sido enjuagada. «Déjalo», se dijo. Miró el gran pastel de chocolate en su bandeja. Habían cortado un trozo. Miró el cubo de la basura, pero no vio nada. Entonces entró en el cuarto de baño. Encendió la luz y buscó no sabía qué. Pero encontró una miga cubierta de oscuro chocolate en el suelo. Angelo no se había tomado el chocolate, ni comido el pastel. No había tenido tiempo. Pero sí había comprendido que tenía que dejar alguna prueba falsa de que había comido y bebido, y luego se había subido a toda prisa para escuchar ante la puerta.

—Dios mío... —dijo Mark en voz baja. Pero no pensaba en Bertie y sus locuras. Veía de nuevo a una muchacha desesperada, cogida a una estaca de madera y colgando sobre un precipicio mortal bajo el aire y el sol.

—No, no. No debo empezar con todo eso otra vez, después de más de dos años de paz... —se dijo. Pero sabía que debía hacerlo.

A las cuatro de la tarde siguiente Mark Saint estaba sentado en el salón de una casa muy agradable, en otro suburbio, hablando con Bertha Symes. La señora de la casa se había marchado discretamente después que Mark se identificara y le explicara que había algo que deseaba preguntar a su antigua criada.

—Espero que no sea nada serio —había dicho la señora simplemente—. Le hemos tomado cariño a Bertie, y creo que ella también nos aprecia.

—No es nada serio —dijo Mark, forzándose a sonreír—. Es sólo que yo tenía unos papeles en casa, unas copias, y no consigo encontrarlas. Bertie era siempre muy ordenada, y sin duda las guardó demasiado bien.

La Agencia Acme se había mostrado suspicaz también. Y muy fría con Mark. La directora había insistido con vehemencia no sólo en la sensatez de Bertie, sino en su competencia y su carácter tan normal. Había estado quince años con su «última familia» antes de ir a servir a los Saint. Y, si la señora no hubiera muerto, aún seguiría con ella.

—Si Bertie dijo que la habían envenenado en su casa —afirmó—, es que fue así. Yo creería cualquier cosa que me dijera Bertie, aun sin jurarlo sobre la Biblia.

—¡Pero eso era ridículo! —dijo Mark—. ¿Quién envenenaría a Bertie y por qué? ¡Es una locura! Y si así lo creyó ella, ¿por qué no llamó a la policía y a un médico?

La directora vaciló, haciendo girar un lápiz entre sus dedos:

—Llamó a su doctor, pero estaba fuera de la ciudad. Y dijo que tenía miedo de volver a bajar y llamar a otro. Cerró la puerta con llave y luego se marchó esa noche. Pero Bertie es muy inteligente. Entró en su cocina a recoger su botella de tónico y no estaba donde ella la guardaba siempre. Miró en todas partes. Verá, se la iba a dar a la policía para que la examinaran. Después que me lo contó, yo la animé a ir a la policía de todos modos, aunque estaba muy débil y enferma. Pero dijo que se lo pensaría. Ella le apreciaba a usted, señor Saint. Y no quería que usted se preocupara.

Ahora le miraba fijamente:

—¿Por qué no habla con la misma Bertie? Le daré la dirección de la casa donde trabaja ahora. Lo siento, señor Saint. Mire, podría ser una equivocación, después de todo. Quizás el tónico se había estropeado.

Pero su tono era dudoso. Y no quiso decir nada más.

Mark había ido en el coche a esta casa, en otro suburbio, seguro de que no estaba despierto, sino soñando una pesadilla horrible. Y ahora estaba sentado junto a Bertie, interrogándola. Ella le miraba con sus grandes ojos color violeta en los que brillaba la inteligencia y la sensatez, muy sobria y aseada con su uniforme blanco.

—Cuando volví mi doctor, señor Saint, fui a él, y se puso furioso porque yo no había llamado a otro médico inmediatamente para que examinara lo que había vomitado y tomara una muestra. Y no pude encontrar el tónico de hierro en ninguna parte. Yo sé que lo volví a poner allí después de haberme tomado una dosis tras el almuerzo. Tuve que correr una botella de leche, de modo que quedara fuera de la vista. A la señora Saint no le gustaba verlo allí. Y justo antes de irme (salí de la casa a las dos de la madrugada) miré por todas partes, incluso entré en el garaje y busqué en el cubo de la basura. Señor Saint —y su voz se hizo inaudible—, ahora me alegro de no haberlo encontrado, de que alguien se lo llevara y lo destruyera.

Un silencio, como una presencia maligna, se abrió entre ellos. Mark tuvo que hacer un esfuerzo físico para romperlo al fin:

—¿Por qué, Bertie? ¿Por qué se alegra de no haber encontrado la botella para dársela a la policía?

—Señor Saint, preferiría no seguir hablando de esto. Dejémoslo como está.

—No, Bertie, no es posible. Tengo que saberlo. ¿Quién estuvo en la casa aquel día?

—Nadie más que la señora Saint y yo. Por favor, señor Saint, tengo el asado en el horno.

Pero él la cogió amablemente por la muñeca cuando intentó levantarse:

—¿Qué dijo el doctor que podía haber habido en su tónico, Bertie?

Contestó de mala gana:

—Pensó que podía haber habido arsénico. —Vaciló—. Mire, mientras estaba en el garaje buscando en el cubo, vi ese veneno de ratas en el estante. Decía que contenía arsénico, y que era venenoso. —Calló un instante, luego continuó—: Olvidé el tónico después del desayuno. Sólo lo tomé después del almuerzo. El doctor dijo que probablemente eso salvó mi vida. Y el que vomitara. Yo tengo un estómago muy sensible, y vomito con facilidad.

Todo era insustancial, como una sombra. «Vomito con facilidad». Mark podía respirar ahora con un poco menos de dificultad.

—¿Observó en él algún sabor extraño?

—Eso creí. Y me dije que la medicina estaba un poco pastosa también. Pero, cuando queda poco, algunos de los ingredientes se precipitan a veces. Faltaban unos dos tercios.

—Podía haberse estropeado, Bertie. Esos tónicos se estropean a veces.

—Sí, sí —dijo con excesiva ansiedad, sus ojos mirándole con compasión—. Eso debió ser. En realidad, al día siguiente yo misma lo pensé, y por eso no fui a la policía. Hubiera sido muy embarazoso para usted, y usted siempre fue muy amable conmigo, señor Saint, y muy generoso. Y no tenía la menor prueba.

Mark arrugó el sombrero entre sus manos y se la quedó mirando fijamente:

—Bertie, ¿cómo se llevaba con Angelo?

De nuevo aquel maligno silencio se abrió entre los dos. Luego la muchacha dijo honradamente:

—Nunca nos hablábamos demasiado, señor Saint. Me gustan los niños, de verdad que me gustan. Me hace feliz tenerlos a mi alrededor y no trabajaría donde no hubiera niños. Yo eduqué a los de la última familia con la que estuve. Pero, no sé por qué, Angelo y yo nunca nos llevamos bien. Él siempre se mostraba cortés conmigo. Quizás es que me estoy haciendo algo impaciente, pero una vez o dos le reñí por aparecer de pronto justo detrás de mí en la cocina, sin el menor ruido. Y él se reía. Sólo se reía. —Su rostro era elocuente.

—No se apreciaban mutuamente. —La voz de Mark carecía de inflexiones.

—Podríamos decirlo así, si quiere, señor Saint. Usted sabe lo que ocurre: a veces se mira a un desconocido y nos disgusta a primera vista. Me temo que eso es lo que ocurrió entre Angelo y yo. Al principio me sentí avergonzada por... porque me disgustara un niño. Y luego empecé a pensar que no era un niño. Una tontería, ¿verdad?

—Todo el mundo parece querer a mi hijo —dijo Mark con un esfuerzo—. Pero usted no.

—No, señor Saint. Yo no le quería. Por favor, no me pregunte por qué. Y, ahora, de verdad que tengo que irme a vigilar ese asado.

Mark volvió a casa, conduciendo muy despacio bajo una fina lluvia, ya de noche. Fue directamente a la cocina, donde Betty estaba sola, preparando la cena. Ella le acogió con una mirada de afecto. Era joven, rubia, de mejillas muy rojas.

Charlaron un momento y luego dijo Mark, sin saber bien por qué:

—Betty, espero que se quede con nosotros. Nos gusta mucho. Confío en que nosotros le gustemos también.

El rostro de la muchacha se nubló un poco:

—Bueno, señor Saint, ya sabe que, según se convino, yo no tendría que hacer muchas de las cosas que hago. Pero ustedes me gustan mucho. Y quiero a Angelo. Es un encanto.

«Así que Betty está segura», pensó Mark. Y se sintió aterrorizado de que pudiera pensar así, y se preguntó si no estaría perdiendo la cabeza.

—Bien —dijo Kathy una tarde de primavera, más de un año después—, es maravilloso el interés que muestras por tu hijo, teniendo en cuenta que otros padres no siempre lo hacen; pero pareces muy cansado, Mark, y quizá sería mejor que no fuéramos esta noche a la fiesta de la primavera en la escuela. Pensándolo bien, tampoco yo me encuentro demasiado animada últimamente.

El doctor le había dicho la víspera, con toda franqueza, que probablemente aquellos síntomas eran los de la menopausia, ya que a él no podía mentirle acerca de su edad. Pero esto la había enojado. ¡Vamos, sólo tenía cuarenta años, y el muy idiota pensaba que ya estaba llegando a la madurez! Él sí que actuaba como un hombre senil. Tendría que ir pensando en acudir al doctor Hauser, tan agradable, y que tanto gustaba a todas sus amigas. Había sido un invierno muy alegre, pero agotador, y ella había dado muchas fiestas. Kathy era famosa por sus fiestas y sus cenas. Aquella sensación de pesadez, aquella acidez de estómago, los repentinos sudores, las náuseas ocasionales, sólo serían el resultado de una temporada mucho más activa de lo habitual. Pero ahora miraba a Mark con auténtica preocupación. Estaba muy delgado. Nunca había estado grueso, ¡pero es que se había quedado flaco! ¿Cómo no lo había notado antes? Las bolsas de sus ojos eran grisáceas, la piel del rostro no tenía un color sano. Se sintió alarmada, no sólo porque le amaba todo lo que ella era capaz, sino porque Angelo le necesitaba.

—¿Fuiste al doctor? —preguntó Mark—. Me dijiste que ibas a ir a verle.

—¡Oh, el doctor Bowes! —respondió enojada—. Ya sabes cómo es. No le da importancia a nada a menos que una esté tuberculosa o tenga cáncer, o diabetes, o una pierna rota. Sólo eso le interesa.

Ya estaba actuando según lo que Mark denominaba «el estilo Katherine»: efervescente, vivaz, radiante, con una mirada brillante y fija, y una sonrisa fija también. Su voz era otra vez la de «Katherine», susurrante, efusiva, comprensiva. «¿Será que la practica antes de aparecer en público?», se preguntó Mark, arrepintiéndose después de aquella pregunta tan poco caritativa. Recordó que, cuando salían juntos antes de la boda, ella había sido siempre así. Un mes o dos de matrimonio la habían revelado como lo que era en realidad: un ser práctico, avaricioso, cínico o dogmático. Aunque estaba a solas con él aquí, en la casa, su estilo peculiar se había apoderado de ella. Sin duda ya se veía mentalmente con los profesores de Angelo tratando de impresionarles con su profunda dulzura, su interés por comprender los problemas, su ansiosa y sonriente disposición de recibir todos los informes sobre su hijo. «¡Oh, Kathy! —pensó Mark con cansancio—. Debe ser una pesada carga para ti el simular ahora la vivacidad de la juventud, el rebosante espíritu de la juventud, las ilusiones de la juventud. ¿Por qué no puedes relajarte y actuar como la mujer de mediana edad que eres en verdad? Nadie espera de una mujer de tu

edad que aparezca siempre entusiasta y boyante. Lo siento. A los treinta años ya eras demasiado mayor para tener tu primer hijo. Debí haber insistido en que tuviéramos el niño cuando aún eras joven, a fin de que, ahora, cuando estás en compañía de mujeres mucho más jóvenes que tú, con niños de la edad de Angelo, no te sintieras en desventaja. No eres joven, Kathy. Muchas mujeres de tu edad son abuelas ya. Nuestro hijo debería estar ahora en el colegio superior, meditando seriamente en la profesión que habría de elegir dentro de uno o dos años. No deberías ser la madre de un muchacho tan pequeño...».

Kathy se había vestido con un hermoso atuendo primaveral, consistente en un traje de seda azul clara, con las faldas vuelosas de costumbre que ocultaban su enorme trasero y muslos macizos. Pero unas finas arrugas cubrían ya su delicado rostro. El pelo era todavía de un rubio brillante, pero Mark sospechaba que ello se debía al arte del salón de belleza. También tenía unas ojeras grises, producidas por la tensión, bajo los ojos azules. A primera vista Kathy parecía joven. A segunda vista, incluso parecía mayor de lo que era. Sus senos empezaban a caer algo pesados. El cuello, que nunca fue hermoso, estaba enrojecido y cubierto de arrugas. Toda ella tenía un aspecto algo extraño. Y, en aquellos zapatitos azul oscuro, los pies se veían muy hinchados.

Mark, tres años menor que Kathy, sintió un dolor apasionado por ella, aun sin saber del todo por qué. Luego se le ocurrió de pronto que jamás, en toda su vida de casados, le había preguntado lo que ella pensaba realmente de su hijo. En años anteriores había dado por sentado que lo sabía, pero esta noche comprendió que no tenía la menor idea en absoluto.

—Kathy —dijo al ponerse la chaqueta—, tú pasas con Angelo la mayor parte del día y, cuando él vuelve a casa de la escuela, gran parte de la noche repasando sus lecciones con él. Kathy, ¿qué piensas de Angelo?

Ella estaba recogiendo los rizos dorados en un moño. Se detuvo con el peine en el aire, y miró a su marido con los ojos muy abiertos a través del espejo.

—¿Ángel? —dijo—. ¿Mi Ángel? ¡Qué pregunta más graciosa! No es más que eso, mi Ángel.

Dejó el peine y su rostro adoptó la expresión de etéreo gozo que siempre adoptaba al pensar en su hijo. Unió las manos sobre el tocador y empezó a sonreír.

—¡Kathy! —gritó Mark, y había cierta dureza en su voz—. Yo quiero la verdad. No lo que crees que deberías pensar. No lo que crees que deberías sentir. Quiero la pura verdad.

La sonrisa abandonó aquel rostro dejándolo inexpresivo, agotado, avejentado:

—No sé qué quieres decir. Mark, ¿qué te pasa? ¿Por qué no puedo yo, la madre de Ángel, pensar de mi hijo lo que todos piensan de él, que es totalmente adorable, un niño muy bien adaptado, brillante, bien educado, un líder, lleno de autoridad y encanto? Ningún otro podría ser más encantador que Ángel. Todos los días doy gracias a Dios porque me ha bendecido con un chico así, especialmente cuando

contemplo a otros de su edad, tan vulgares, tan corrientes, tan aburridos. Espera y verás. ¡Habla con la directora esta noche, tu amiga la señorita Simmons! Ella te lo dirá.

—No me interesa la señorita Simmons. —Mark se sentó en la cama con la sensación de que iba a caerse—. Tú eres su madre. ¿Qué opinas de él por la noche, cuando estás sola, Kathy? ¡Kathy, por el amor de Dios, mírame! Soy tu marido. Te quiero. Angelo es mi hijo también. ¿Por qué no podemos hablar de él sin hipérbolos? ¿Por qué no podemos charlar sobre él como sobre otro niño, sin extravagancias, sobria y realmente, como otros padres hablan de sus hijos?

Kathy quedó muy quieta. Miró sus manos, recién manicuradas.

—Te olvidas, Mark, de que Ángel no es como los otros muchachos.

—¿En qué sentido? —Había un extraño encogimiento en su pecho. Miró la puerta del dormitorio. ¿Estaría Angelo escuchando allí, como hacía con tanta frecuencia?

—Es tan superior...

—Kathy, nunca volveré a preguntártelo, así Dios me ayude, a menos que me contestes esta vez, con verdad y sinceridad.

—¡Santo cielo!, tú no estás bien, ¿verdad, Mark? Has estado trabajando demasiado. ¡Oh, por favor, no me mires tan enfadado! En ocasiones eres tan emocional... —Se detuvo, estudió sus uñas de nuevo y denegó lentamente con un gesto—. Mark, no lo sé. Es tan encantador, tan perfecto... A veces me pregunto si eso estará bien. Debería tener algún defecto, supongo.

—Los tiene —dijo Mark secamente—. Tiene un genio terrible e incontrolable que estalla sin razón alguna y es realmente devastador. Tú juzgabas muy gracioso, cuando era chiquitín, el que tirara furioso los platos y vasos de la mesa en medio de una rabieta. Ahora no lo hace, quiero decir, no esas cosas infantiles. Pero sigue siendo incontrolable, y tú lo sabes. Se pone... furioso. Casi salvaje.

—¡Todos los niños tienen sus defectos! —gritó Kathy, saliendo inmediatamente en defensa de su hijo—. Ángel tiene sus rabieta, pero ya se pasarán con el tiempo. Y sabes que ahora ya no estalla con tanta frecuencia... apenas una vez al mes.

—Cuando ocurrió la última vez, tú tenías moretones en los brazos, Kathy. —Mark hablaba en voz muy baja, pero sus ojos seguían fijos en los de ella, reteniéndolos—. Unos golpes muy feos.

Ella soltó una risita:

—¡Oh, es tan fuerte! Sólo es que me cogió de un brazo para insistir en algo.

Mark se puso en pie, se dirigió a su esposa y le puso la mano en el hombro. Kathy dejó de reír:

—Querida. Es el único hijo que tenemos. Los dos somos responsables de él. Yo creo en ocasiones que hay algo más en Angelo y que quizás...

Una extraña mirada de terror cruzó el rostro de Kathy borrando su juventud, poniendo tensos todos sus rasgos. Apartó la mano de Mark:

—¿Cómo puedes hablar de ese modo? Debes estar loco, o algo por el estilo. ¿Qué

demonios quieres decir?

De modo que, se dijo Mark con cierto regusto amargo en la boca, ella lo piensa también. Quizá no es que lo piense en realidad, pero su instinto normal está alerta, y eso le asusta, por ese motivo lo aparta de su mente y de su conciencia.

Entonces dijo en voz muy baja:

—El miente, Kathy. Sabes que miente. Y no miente por escapar a un castigo, o por temor, como los niños normales. Miente sin razón.

—Eso es porque tiene una imaginación muy intensa. —Su voz era alegre de nuevo. Otra vez unió, feliz las manos sobre el tocador—. Sabes muy bien, Mark que todos los niños imaginan cosas, se inventan las historias más absurdas y llegan a creérselas. ¿No recuerdas? Cuando tenía cuatro años gritó que había un tigre en el jardín, un verdadero tigre con sus colmillos y rayas, ¡y realmente lo creía!

—Ya no tiene cuatro años, Kathy. Tiene diez. No es un bebé con una imaginación incontrolada. Pero miente. Inventa historias fantásticas y ni siquiera espera que las creamos. Miente, y nos mira francamente al rostro sonriendo y desafiándonos a que refutemos sus mentiras. Tú nunca lo haces. Crees que es una especie de juego, e infantilmente tomas parte en él con tu hijo, y él se está burlando constantemente de ti. ¡Siéntate, Kathy, por favor, y escúchame! Esto es muy grave. Angelo es mayor, mental y físicamente, de lo que corresponde a su edad. ¿Por qué no te sientas? Él no se engaña con sus propias historias, no es que esté ejercitando su imaginación. Sólo espera comprobar hasta donde puede llegar, y, cuanto más lejos llega, menos te respeta a ti... o a mí.

—¡No lo entiendes, Mark! Yo tomo parte en ese juego, como tú le llamas mezquinamente, porque sus historias son fantásticas y originales. Él no me engaña, ni se propone engañarme. Todo es un juego, de verdad que lo es.

—¿Cómo por ejemplo cuando te dijo que esa joven señorita Jane Whythe, su nueva profesora de inglés, le odia y le persigue y trata de rebajarle y no le deja charlar en clase como a los otros niños? ¿Y que le atormenta? Recuerda que quería que tú escribieras a la señorita Simmons quejándote de la señorita Whythe, que es una chica joven e insegura, y que intentarás que la despidieran. ¿Llamas a eso un cuento de niños?

—¡Estás haciendo una montaña de un grano de arena! A todos los niños les disgustan algunos de sus profesores, y se quejan de ellos. Eso no significa nada. Y a mí tampoco me gusta demasiado esa tal Jane Whythe. Parece un ratón asustado, y no me sorprendería que no pese ni cuarenta kilos. Y por eso trata de compensar su falta de estatura molestando al chico más alto y fuerte de la clase, Ángel, aunque tenga casi dos años menos que los otros.

—Angelo escribió la carta que quería que tú copiaras y enviaras a la señorita Simmons. No era una carta infantil. Era la carta de un adulto vengativo y lleno de odio.

El rostro de Kathy se abrió en una luminosa sonrisa:

—Lo era, ¿verdad? ¡Tan madura! Aún cuando me negué a copiarla, no tuve más remedio que admirarla. Se diría que la había escrito un universitario.

Pero Mark no sonreía:

—Por favor, Kathy, tú has conocido a la señorita Whythe. Es una chica apasionadamente dedicada a su tarea, aunque sólo tenga unos veinte años, y trabaja seriamente con sus niños, y se preocupa por ellos. ¿La crees capaz de perseguir a un niño, de odiar a un niño, de frustrar deliberadamente a un niño? Angelo mintió, Kathy.

—Bien, la chica no le gusta. ¡Mira la hora! Si es que vienes conmigo, Mark, realmente hemos de salir ahora. —Su rostro estaba tenso, hermético, y Mark suspiró. Se puso en pie y comprendió que era del todo inútil. Pero seguía recordando el momento en que el rostro de Kathy había palidecido y parecido asustado, y cómo sus ojos se habían agrandado como si estuvieran viendo algo terrible que no quería reconocer, ni siquiera ante sí misma. El amor vence los instintos normales de comprensión y autoconservación... y lleva a veces hasta la propia destrucción. No era de extrañar que Kathy prefiriera ser ciega, aceptarlo todo, soportarlo todo, a fin de poder existir, a fin de no ser lanzada al olvido.

Se detuvieron en la salita donde Angelo trabajaba en sus tareas. Betty, con las mejillas muy rojas, hacía punto, feliz junto a él, y sonrió a Mark, pero no a Kathy. Por qué se había quedado aquella chica tanto tiempo resultaba algo misterioso para Mark, a no ser porque había convencido a Kathy de que le pagara treinta y cinco dólares a la semana, a los cuales él, en secreto, añadía doce. Sin embargo lo mismo había hecho con otras y no se habían quedado. Era una chica muy inteligente, y le tenía cariño a Angelo, y jugaba con él, y el niño declaraba repetidamente que también le gustaba Betty. Eso sí lo creía Mark. En la compañía cómoda y aquiescente de Betty, Angelo se encontraba a gusto. Ella no pedía nada de él, no le exigía que fuera virtuoso, ni amable o considerado, ni honrado, ni paciente. No le pedía que la quisiera. ¿Era éste el único modo de habérselas con los seres como Angelo convivir con ellos de modo superficial sin pedirles jamás amor, responsabilidad y respeto? «Pero ¿qué estoy diciendo con eso de los seres como Angelo?», se preguntó Mark. Él no es como otros chicos... ¿cómo es él? Creo que yo mismo debería ver al doctor.

Kathy, como de costumbre, empezó a hablar en tono impaciente en cuanto entró en la salita. Estaba celosa, aun sin saberlo:

—Betty, no te olvidarás del chocolate de Ángel, ¿verdad? Y no pongas demasiada leche, sólo un poquito, bien batida, con una pizquita de vainilla.

—Lo he estado haciendo cada noche, señora Saint —dijo la muchacha imperturbable. Angelo alzó su rostro increíblemente hermoso y le sonrió.

—¡No hace falta ser descarada! —dijo Kathy con voz aguda—. Me limitaba a recordártelo. Y asegúrate bien y quítale todas las pieles de su *pudding* de arroz.

Mark miró a su hijo, grande y musculoso, que parecía tener al menos doce años:

—¿Todas las noches se toma todo eso antes de acostarse? —preguntó a Kathy.

—Pues claro que sí. Es un niño que está creciendo y necesita todo el alimento que pueda asimilar —repuso ella, orgullosa.

El rostro adulto y nada infantil miraba ahora socarronamente a Mark. Los ojos castaño claros eran tan puros como el agua de un arroyo. Pero inmediatamente Mark pensó:

—Me desprecia, se ríe, se burla de mí.

El pensamiento era estremecedor, y parecía salir de un lugar oculto como un rayo repentino. Cogió a Kathy del brazo y dijo:

—Vámonos. Es tarde.

Ella siguió hablando todo el camino hasta el colegio, donde profesores y padres iban a tener lo que Kathy llamaba «su encantadora reunión mensual para hablar de Los Niños». Ésta era una ocasión especial. Los profesores iban a obsequiar a los padres no con el café y pastelillos de costumbre, sino con una cena fría. El colegio era pequeño y privado, y los profesores extraordinariamente capacitados y bien versados en sus asignaturas, y los precios eran muy caros. Cuando Mark había insistido en una escuela pública, Kathy había despreciado olímpicamente la idea. Ahora él no estaba disgustado. Angelo, en el quinto grado, estudiaba francés y latín elemental, y los cursos estaban muy por delante de los de las escuelas públicas. La señorita Simmons, directora de este colegio tan selecto, tenía medios propios de fortuna y no aceptaba a un chico, por importante fueran su familia y su posición, que no estuviera al menos ligeramente por encima del término medio en cuanto a inteligencia. E incluso entonces los que se revelaran algo torpes eran sacados del colegio durante el primer año, para dejar sitio a aquéllos más dignos de educación.

—Que las escuelas públicas practiquen su democracia —decía secamente— pero América necesita de sus mejores mentes. —Ella tenía lo que llamaba «sus espías» en las escuelas públicas vecinas, profesores que la informaban de la inteligencia superior de algunos chicos de sus clases. Y poco después, aun sin saberse cómo, esos chicos recibían una beca para asistir a la Academia de la señorita Simmons.

La señorita Simmons era una vieja alta, muy erguida, muy delgada y aficionada a dar órdenes. Su cabello blanco, recogido sobre la cabeza como en su juventud, y sus claros ojos azules, tenían una frescura y sinceridad juveniles. Mark pensaba en ella mientras conducía el coche a través de la dulce y solitaria quietud de la noche primaveral. Especialmente la señorita Simmons no se dejaría engañar nunca, ni siquiera por un chico tan listo como Angelo. Él encontraría una oportunidad para hablar con ella a solas esta noche, con tacto. A menos que Kathy tratara de monopolizarla como de costumbre, con su constante y ansiosa charla sobre su hijo.

Los otros padres, reunidos ya en la sala especial para estas reuniones, saludaron amistosamente a Mark, pero dedicaron toda su mejor atención a Kathy, que inmediatamente empezó a preguntarles efusivamente por «Los Niños», a escuchar con simpatía, con apasionado interés, entre grititos de placer, murmullos suaves o sonrisas, según lo exigía cada caso. Mark sabía que no estaba interesada en absoluto

por los hijos de los otros, en realidad le disgustaban todos los demás niños y se sentía celosa si mostraban alguna superioridad sobre Angelo, pero sabía ocultarlo maravillosamente bien y todos se sentían engañados, excepto su marido. Tras el brillo de sus ojos intensos había una expresión que nadie discernía. Miraba en torno ansiosamente para ser reconocida por todos. Respondía a las preguntas sobre Angelo con una luz especial. Sus faldas vuelosas se mantenían en constante vaivén, agitaba las manos con ligereza, se reía como una niña, coqueteaba inocentemente, se inclinaba hacia su interlocutor para no perderse una palabra. Mark se sintió tan cansado que pensó que le gustaría echarse allí mismo sobre el suelo y dormir, a pesar de las voces agudas, de las risas de las madres y los apagados gruñidos de los padres. Miró a su alrededor buscando la señorita Simmons: estaba dirigiendo la mesa del *buffet* con algunos profesores, todos muy interesados y preocupados por la perfección. La directora empezó a llenar unas copitas de jerez. A Mark le disgustaba el jerez, le daba dolor de cabeza, «Me iría mucho mejor un *whisky* doble —pensó— y echarme a dormir para siempre». Como de costumbre, había tres madres por cada padre, y éstos bostezaban y miraban con disgusto la inminente copa de jerez desde el otro extremo de la habitación. Mark sólo conocía a algunos de ellos, y no tenía ninguna gana de hablar de negocios, de golf o de pesca, ni siquiera de la Bolsa.

Ahora se dio cuenta de que la joven señorita Whythe, por la que sentía ternura como por todos los seres jóvenes, ya humanos o animales, no estaba presente. Sólo la había conocido una vez. Era una muchachita tímida de ojos oscuros, con una masa de rizos castaños, un rostro puntiagudo e infantil y una sonrisa demasiado grave para sus veinte años. Era la profesora más joven del colegio y había aparecido en septiembre pasado, pero la señorita Simmons había dicho que, a pesar de su corta edad, tenía ya un título en lengua y literatura inglesa. La señorita Simmons consideraba que su colegio era muy afortunado por tener la señorita Whythe entre el personal, y como ella era lo bastante vieja, y aún más, para ser su abuela, sentía un extraordinario cariño por ella.

Mark se acercó a la mesa y sonrió a la señorita Simmons, cuyo rostro firme y grave se relajó y le devolvió la sonrisa.

—¡Qué gusto verle, señor Saint! —dijo. Le puso en las manos la mayor botella de jerez, para su dolor, Mark vio que no era importado, ni de la mejor calidad. Pero la señorita Simmons no era de las que gastaba dinero a manos llenas, aparte del colegio. Empezó a ayudarlo a servir el líquido—. No es muy bueno —reconoció la señorita Simmons alegremente— pero ¿cuántas personas distinguen el jerez bueno del malo en estos días? No sucedía así cuando yo era joven, pero ¡ah!, esto es influencia de la democracia y de lo que los políticos llaman «nuestro nivel de vida dinámico y en constante expansión».

Mark rió un poco. Servía con cuidado. Preguntó:

—¿Dónde está la señorita Whythe esta noche? Quería preguntarle especialmente qué tal va Angelo en su clase.

—¡Oh, la pobre! Se cayó y se rompió un brazo hace dos semanas. Eso no le impide venir a clase, pero no está para fiestas. Además, vive con su abuela, y la pobrecilla cree que no debe dejar a la anciana sola por la noche con demasiada frecuencia. Ella la mantiene, ¿sabe? Muchachas como Jane no se encuentran con frecuencia en estos tiempos.

—Siento mucho lo de su brazo —dijo Mark con auténtica simpatía—. ¿Cómo ocurrió?

—Realmente me enoja a veces el pensar en ello —repuso la señorita Simmons— porque ella vio a todos esos chicos grandotes jugando al fútbol, corriendo y gritando por el patio del colegio, y patinando, y todo eso que hacen constantemente. Son como caballos salvajes, especialmente en primavera. Me acababan de enviar una carga de piedras porosas especiales para un jardín con rocas que voy a poner en cierto lugar, junto a la pared, donde no hay forma de que crezca nada, pero aquel idiota de hombre las dejó caer no en el sitio, junto al muro, donde había de colocarse, sino a unos tres metros. Jane siempre cruza el patio para ahorrar tiempo cuando se va a casa y poder alcanzar el autobús, pero los otros profesores son más discretos cuando ven a los chicos corriendo por allí, gritando y dándole al balón. Entonces evitan cruzar el patio, y los niños más pequeños también. Naturalmente, era después de las cuatro y todos los demás profesores se habían ido ya, excepto Jane, que se había retrasado para hablar con un chico —el rostro de la señorita Simmons cambió sutilmente—. Ese chico iba a dejar el colegio... por petición propia... y se sentía con el corazón destrozado y lo mismo Jane, que intentaba hacerle cambiar de opinión.

—Realmente —siguió, después de soltar un plato— fue una cosa de lo más estúpida. He prohibido a los chicos que se entrenen con tanta intensidad después de las cuatro de la tarde a partir de ahora, y he guardado el equipo de fútbol durante dos semanas como castigo. La pobre Jane iba de prisa. No sabe exactamente qué sucedió, excepto que estaba justo cruzando delante del gran montón de piedras con sus formas extrañas y algunas con bordes muy agudos para clavarlas en el suelo, cuando de pronto el equipo salió en estampida en su dirección, como caballos salvajes. Los chicos no miraban siquiera, naturalmente, ni vieron a Jane hasta que casi estuvieron sobre ella, y se iban empujando a la vez que corrían, tratando de ponerse la zancadilla, con la cabeza inclinada, dándose puntapiés, y Dios sabe qué más, gritando como locos. Había sido un día lluvioso y la luz no era muy clara. Jane se detuvo, pensando que aquel gran montón de rocas le serviría de protección ya que estaba delante de él y, naturalmente, los chicos la verían y frenarían a tiempo. Y así fue, y casi todos consiguieron pasar sin rozarla siquiera. Pero uno o dos que iban delante de los otros, alocados, como potros salvajes, no consiguieron frenar a tiempo y uno, o los dos, cayeron contra Jane. Ya la conoce usted, es pequeña, ni siquiera tan alta como muchos de sus propios estudiantes, y se vio lanzada como un montón de plumas contra las piedras.

—¡Vaya, pobrecilla! —dijo Mark, auténticamente preocupado—. ¿Y se rompió el

brazo?

—Eso fue todo, por fortuna, y algunas contusiones. También se hirió en la cabeza, pero no de gravedad. El doctor dice que, si no hubiera alzado instintivamente el brazo derecho para protegerse el rostro y la cabeza cuando fue arrojada al aire primero y luego a las piedras, probablemente habría muerto. Aun así, tuvieron que darle ocho puntos en la cabeza, un poco por encima de la oreja derecha. Pero ¡qué valiente es! Ya estaba de vuelta en el colegio a los dos días, a pesar de mi insistencia en que se quedara en casa al menos una semana. Naturalmente, el colegio pagó la cuenta, y sus ingresos no habrían disminuido aún de quedarse en casa.

—Espero que el chico, o los chicos, fueran castigados —dijo Mark enfadado.

—¡Oh, ya sabe como son los chicos! Todos estaban muy confusos. En realidad no sabían siquiera que hubieran golpeado a Jane hasta que estuvieron muy lejos del patio y se detuvieron a recobrar el aliento, y entonces la oyeron gritar. La llevaron en brazos a la escuela. Lo sentían terriblemente, estaban desconcertados, ninguno recordaba haber tropezado con ella, y eso resulta fácil de creer, considerando el ímpetu que ponen y cómo se olvidan de todo cuando juegan, la poca luz, lo pequeña que es Jane, y su poco peso. Los pobrecillos no sabían que hacer con ella, se quedaron por aquí hasta que vino el doctor e hicieron turnos para sostener el brazo y secarle el sudor y las lágrimas del rostro y abanicarla, pues todos la quieren mucho. Creo que uno o dos llegaron a llorar, y los otros estaban a punto de hacerlo. Y nadie podía haberse mostrado más amable y más preocupado que su propio hijo Angelo.

—¿Angelo? —Mark dejó cuidadosamente la botella.

—Sí. Y yo me disgusté un poco con él. Los chicos del equipo tienen todos trece y catorce años, y Angelo no tenía por qué estar entrenando con ellos. ¡Oh!, es un muchacho muy grande, casi tanto como algunos de ellos, y un gran líder, incluso entre los mayores del último grado, y es excelente en deportes como en todo lo demás. Mire, hace apenas un mes, una delegación de muchachos —y sonrió— que forman parte del equipo de fútbol, entraron en mi despacho y me pidieron que permitiera que Angelo formara en el equipo, porque regatea maravillosamente, me dijeron. Por supuesto me negué pues, aparte su altura y su fuerza, es demasiado pequeño. Le dije taxativamente a Angelo en privado que no aprobaba el que entrenara con los chicos, y él me aseguró que no lo haría en el futuro, que se contentaría con el baloncesto y la pelota base hasta que fuera mayor. Supongo que soy anticuada en esto, pues ahora veo a niños de cinco y seis años jugando al fútbol, pero no apruebo que haya niños pequeños en un equipo de muchachos mucho más grandes y mayores. Es peligroso.

—Y... —Mark hablaba débilmente—. Angelo estaba con ellos ese día. ¿Sabe él... sabe él quién tropezó con la señorita Whithe?

—No. ¡Oh, no debería haber mencionado esa parte, de todos modos! Señor Saint, Angelo es casi el chico más popular, más obediente, más serio y quizás el más inteligente del colegio, y ésa fue su primera infracción. Por favor, olvídalo. Fue

castigado y ahora está perdonado. Los chicos hicieron una colecta para comprarle un regalo a la señorita Whythe y para demostrarle cuánto lo sentían y...

Pero Mark ya no le escuchaba. Su rostro gris era más ceniciento que de costumbre. Pensaba en Jane Whythe, que no era siquiera tan alta como Angelo y que pesaba mucho menos. Pensaba que podía haber muerto... Se pasó cuidadosamente la lengua por los labios, como si allí hubiera sangre, y su lengua notó el gusto acre.

—¿Y sabe la señorita Whythe quién fue el chico, o los chicos, que tropezaron con ella?

La señorita Simmons se había inclinado para examinar unas gambas recién fritas en la fuente. Desde su posición inclinada alzó la vista hacia Mark y sus ojos azules parecían abstraídos y un poco asustados, como si le sorprendiera verle allí todavía de pie.

—Lo siento —dijo—. ¿Qué me decía, señor Saint?

Mark repitió la pregunta. ¿Vaciló demasiado la anciana señora antes de enderezarse, y se inclinó de nuevo demasiado aprisa sobre el plato? Mark no sabía que sus manos se aferraban al borde de encaje de la mesa. No oía los murmullos, risas y voces de los otros en la habitación. Sólo veía a la señorita Simmons. Y ahora ésta le miraba sinceramente desconcertada ante su expresión y su palidez.

—¿Si lo sabe?... Señor Saint, ésa es una pregunta que me he estado haciendo durante dos semanas. Naturalmente fue un accidente, y nada puede hacerse para enmendarlo. Pero Jane es una mujercita tan delicada y cariñosa... No es mucho mayor que los que ella llama «mis chicos». Aunque lo supiera —y yo creo que lo sabe— no lo diría. Y, en cierto modo, no la culpo. Todo fue un estúpido accidente. Todos los chicos fueron igualmente responsables, supongo, por no mirar por donde corrían, aunque todos frenaron excepto uno o dos, cuando casi estaban sobre Jane. ¿De qué serviría, señor Saint, el que Jane lo dijera? Sólo causaría más tristeza e infelicidad al chico. Y es muy posible que ni él mismo lo supiera, entre la excitación y el jaleo. Si la hubiera visto se habría detenido instantáneamente, estoy segura, en vez de salir corriendo con el resto, pues todo el mundo quiere a Jane.

—Naturalmente —dijo Mark. El dedo helado se había convertido en un bloque de hielo en torno a su corazón—. Fue un accidente.

Pero añadió:

—Señorita Simmons, me gustaría hablarle un momento acerca de Angelo... — Pero la señorita Simmons había tomado una enorme campana y la agitaba vigorosamente a la vez que sonreía a los padres y profesores por toda la habitación.

Mark encontró a Kathy con un grupo de admiradores a su alrededor. Naturalmente estaba hablando de una de las últimas hazañas del niño. La tomó del brazo y ella volvió hacia él sus ojos brillantes y desconcertados y apenas le reconoció durante un instante.

—Kathy —dijo—. Acabo de recordarlo. Hoy tuve un pinchazo y dejé el neumático en la estación de servicio, a tres manzanas de aquí. Quiero recogerlo antes

de que cierren dentro de media hora.

—¿Por qué no puede esperar eso hasta mañana? —preguntó su mujer impaciente—. Vamos a cenar ahora.

Sí, ¿por qué no podía esperar? ¿Por qué no podía esperar hasta mañana, o mejor aún, hasta nunca? Mark no sabía por qué había de sentir tal agitación interior, y por qué el terror era aún más fuerte que antes. Sólo sabía que le era imposible esperar una hora siquiera para saber el fin.

—Es que una de las otras ruedas no está segura tampoco —dijo—. Mira, estaré de vuelta antes de que te des cuenta. Guárdame alguna gamba. —Y la dejó, lanzándose casi corriendo hacia la puerta. «¡Estoy perdiendo la cabeza!», se dijo al hallarse en el hermoso y vacío vestíbulo, buscando en torno la cabina telefónica que recordaba vagamente haber visto antes—. ¡Estoy perdiendo la cabeza! —repitió en voz alta—. ¿De qué servirá que lo sepa o no?

Halló la cabina. Sus pasos resonaron en el vestíbulo. Abrió el listín telefónico para buscar el número de Jane Whythe. En su interior, oscuramente, algo en él rezaba porque ella no estuviera en la lista, porque su nombre no se hallara allí. Pero el nombre pareció saltar a él desde la página y buscó una moneda con dedos sudados. La dejó caer en la ranura y marcó el número. El teléfono sonó y sonó. La plegaria se hizo más intensa que Jane no contestara, que estuviera dormida... aunque eran poco más de las nueve y media. Pero hubo un *click* y contestó una voz amable y casi infantil.

—Señorita Whythe —dijo Mark rápidamente—. Aquí Mark Saint. Nos hemos visto algunas veces. Ya sabe, el padre de Angelo.

Hubo una pausa. Luego la voz —¿se había hecho más débil?— repuso:

—Dígame, señor Saint.

—Espero no molestarla. Confío en que no estuviera ya acostada.

—Bien, para decirle la verdad...

El tono era vacilante. ¿O no?

Su mano se aferró tan fuerte al teléfono que los nudillos quedaron blancos.

—Señorita Whythe, usted no vive muy lejos de aquí. Me gustaría hablarle un momento. Puedo estar ahí en irnos diez minutos, si voy de prisa.

—¿Esta noche? —Parecía asustada—. ¡Oh, lo siento, señor Saint! Mi abuela está en la cama, no se encuentra bien. Y... yo estaba pensando en acostarme ya, inmediatamente, en realidad. Verá, tengo un sedante, justo aquí, al lado, mientras hablo con usted —se detuvo—. ¿Se ha... se ha enterado de lo de mi brazo? ¿Está ahora en la fiesta?

—Sí. ¿Puedo ir, señorita Whythe?

Quedó en silencio tanto tiempo que él pensó que había colgado. Luego dijo, y su voz parecía... ¿asustada?:

—¿No puede esperar otra ocasión, señor Saint?

—¿Mañana, por ejemplo? ¿Quiere que vaya al colegio?

De nuevo guardó silencio. Y entonces él lo supo. No le había preguntado por qué deseaba verle. No había mostrado curiosidad en absoluto, ni sorpresa.

—Aunque tenga que esperar una semana, un mes, un año, tendré que verla —dijo él en voz casi inaudible.

Entonces ella habló:

—Parece ser algo tan importante... No sé... Estoy cansada.

—Lo sé. Lo sé, querida. Pero es importante, muy importante.

—Está bien —dijo ella colgando bruscamente. Y Mark sintió de nuevo el frío sudor, ya familiar, en la espalda. Salió corriendo a la fría noche, sin detenerse a coger el abrigo y sombrero. Halló el coche aprisionado entre otros y lo lanzó salvajemente hacia adelante hasta dar con el guardabarros anterior, y luego otro empujón hacia atrás. Al fin se vio libre. Las calles estaban solitarias y sobrepasó el límite de velocidad. En menos de diez minutos estaba ya en los bordes de un tranquilo suburbio, un suburbio mucho más pobre, de apartamentos dúplex apiñados tras pequeñísimos cuadros de césped, sin garajes para los coches, pequeños y viejos, aparcados junto a las aceras. Jane Whythe vivía en un dúplex blanco. Una luz brillaba en la salita de la ventana y él vio la lamparita vulgar con la pantalla de frunces rosa sobre la mesa, justo tras el cristal, y pudo echar una ojeada a la minúscula salita. La misma Jane le abrió la puerta y él pudo comprobar lo pálida que estaba bajo la masa de sus encantadores rizos castaños. Vio el brazo derecho escayolado, apoyado en un pañuelo que le colgaba del cuello. Parecía una niña pequeña, no una mujer de veinte años o más. Le hizo entrar en la salita sin hablar, indicándole con un gesto un sillón barato pero con una alegre funda de colores, y ella se sentó en un sofá marrón frente a él. Sus lindos rasgos tenían un aire agotado, y la boca pálida estaba muy serena y sus ojos se clavaban en él como un niño que aguarda el castigo.

Mark se inclinó hacia la muchacha e intentó sonreír:

—Lamento lo de su accidente —dijo. Ella apartó la vista, murmurando simplemente que era muy amable.

—Y me dijeron cómo sucedió —añadió Mark.

Los ojos de Jane se fijaron repentinamente en su rostro y sonrió alegremente:

—¡Oh, ya sabía yo que todo estaba bien! ¡Sabía que estaba equivocada! Él... — Entonces vio el rostro de Mark y se detuvo, y su sonrisa se desvaneció.

—No —dijo Mark, preguntándose inconscientemente cómo era posible sentir aquello y no tener un ataque al corazón—. Sí se refiere a Angelo, no fue él quien me lo dijo, señorita Whythe. Yo podría mentirle y decirle que sí, y entonces usted me lo habría contado todo. Pero veré, yo no podría mentirle a usted.

El rostro de la muchacha era inescrutable, sus ojos estaban muy abiertos. La mano izquierda, pequeña y delicada, temblaba sobre sus rodillas. Luego dijo, lenta y cuidadosamente:

—No sé de qué me habla, señor Saint. Ahora comprendo que le hablaron en la fiesta de mi brazo, y de aquellos chicos grandotes que no me vieron ante el montón

de rocas... después de todo mi abrigo es poco más o menos del mismo color, era un día oscuro, y yo debía haber tenido más cuidado. Además, era tarde, y los chicos no esperaban que una profesora apareciera ante ellos tan de repente. Fue... culpa mía. Y ahora...

Mark alzó la mano impidiéndole continuar:

—Por favor, espere, señorita Whythe. Voy a ser totalmente franco con usted. Ésta no es la primera vez que han sucedido, cosas. ¿No lo comprende? No es la primera. No puedo decirle... Soy el padre de Angelo y lo quiero mucho. Es mi hijo. Lo quiero mucho. Tengo que estar seguro, aunque sea sólo una vez. ¡Sólo una vez! Intente comprender, piense que se tratara de un hijo suyo. ¿No querría usted saberlo? ¿Por el bien del niño?

Por un momento, pero sólo un momento, sus juveniles rasgos se suavizaron como si estuviera a punto de llorar, de comprensión y lástima por él, pero luego se tornaron inescrutables de nuevo, y el temor apareció en sus ojos.

—Sigo sin comprender de qué me habla, señor Saint. Si usted... si usted cree que quizás Angelo me empujó o se lanzó... contra mí, tal vez lo hiciera. No lo sé. Si fue él, o cualquier chico, fue sin querer. ¡Todo sucedió tan aprisa! Aún es algo nebuloso para mí. Yo no podía creerlo cuando me vi caída sobre las rocas.

—¿De qué tiene miedo? —preguntó él suavemente—. ¿De Angelo? Sí es así, con más razón tengo que saberlo. Si... si él hizo algo contra usted, lo hará de nuevo —y pensó en lo que acababa de decir con un renovado horror, como si se le fuera la cabeza.

Jane también experimentaba en ese instante el mismo horror. Como si sucediera de nuevo, volvió a ver a los grandes muchachotes corriendo hacia ella en el crepúsculo, chillando, patinando, empujándose y escuchó su propio grito de aviso. Automáticamente, sintiendo su proximidad más que viéndola en realidad, ellos se habían apartado instintivamente. Excepto uno que se despegó rápida y silenciosamente del borde del grupo, ligeramente apartado de los demás, pero formando parte de ellos sin duda. Vio su rostro, que pareció hacerse más grande al ser reconocido con terror por ella, y luego, cuando empezaba a alzar el débil brazo para protegerse, vio sus ojos, tan brillantes e implacables como los de un tigre, muy cerca de los suyos, y luego el hombro del muchacho golpeó salvajemente contra el brazo alzado y Jane se vio lanzada por el aire y cayó sobre las piedras, sin aliento, herida, oyendo, sintiendo la rotura de su brazo. Ninguno de los chicos había visto lo sucedido, ni quién lo había hecho, tan inmersos estaban en su juego excitado y tumultuoso, y todos estaban ya lejos antes de que recobrará el aliento y la plena conciencia para gritar...

Mark la observaba. Vio cómo se dilataban aquellas pupilas, vio la contracción de sus ojos, el modo en que se mordía el labio inferior.

—Podría suceder de nuevo. A usted. A otros.

Jane volvió a ver, una vez más, los ojos de tigre que caían sobre ella ardientes de

odio y ansia de destruir, y agitó la cabeza desconcertada. Había pensado en ello a menudo. Durante un día o dos había latido en ella el convencimiento de que aquel chico había comprendido la ventaja de estar con los demás, de formar parte de un grupo tumultuoso y gritón, y que se había aprovechado de esa ventaja. Había estado esperando tal oportunidad y, cuando ésta se le presentó —y con la agudeza de su magnífica mente— no había vacilado. En cierto modo, se había dicho Jane angustiada, aquello había sido puro genio. Pero luego, así como pasaron los días fue sintiéndose menos y menos convencida de que el accidente hubiera sido intencionado. ¡Un pequeño, casi un niño en edad, aunque no en fuerza y estatura! ¡Sencillamente los niños no hacían tales cosas a menos que su inteligencia no estuviera muy por debajo de lo normal, o que fueran como animales inconscientes! Los chicos como Angelo Saint eran civilizados, provenían de familias excelentes, eran niños amados, protegidos, resguardados. No provenían de «hogares destrozados» en los que el salvajismo era parte de la vida, y el odio una emoción familiar. Jane Whythe era muy joven y muy inocente. Creía que el amor era una bendición y que los que lo poseían eran mejores por ello. Había seguido un curso de psicología infantil y se le había metido en la cabeza que «no existían niños malos; sólo padres malos», y eso únicamente en los niños de barrios pobres, aquel «tercio de la nación privado de privilegios», sin ventajas, sin amor ni caricias, que eran capaces de cometer maldades deliberadas, de planear una maldad.

Abrió su dulce boca para negar pero viendo el rostro de Mark, guardó silencio. ¿Qué había dicho aquel hombre? «No es la primera vez». Estudió su rostro. Pensó en la cariñosa madre del niño. Más de una vez había pasado ante la hermosa casa y visto a Ángel jugando en el jardín. ¡Oh, no era posible! Este pobre hombre es un neurótico, lleno de complejos y absurdas sospechas.

Y luego, sin querer, pensó en Kennie Richards, recordó todo aquel mes de marzo y sus luchas con él, sus plegarias por él, que en nada habían resultado. Pensó en la señorita Knowles, la maestra de Boston, y en el doctor McDowell, que conjuntamente pagaban la pensión del niño en el colegio de la señorita Simmons, le compraban ropa, le visitaban y le daban el amor que nunca había tenido. Y su rostro ardió de ira.

¡Pobre Kennie, pobre pequeño Kennie! Había venido al colegio lleno de esperanzas, anhelante, con ojos brillantes. Sus profesores se sentían orgullosos de él. Había podido saltarse un grado, la señorita Simmons no creía en eso de que los niños hubieran de permanecer en sus «grupos según la edad» ya que eso era desastroso para los niños de mente superior que tan urgentemente necesitaba este país. Por eso en enero le habían pasado a la clase de Jane. Ella conocía su historia, toda su historia. El historial de cada niño, minuciosamente escrito, se guardaba en los archivos del despacho de la señorita Simmons, y sólo los profesores tenían acceso a ellos con objeto de conocer bien a los estudiantes, de modo que supieran cuándo ayudarles y cuándo no ofrecer ayuda, cuándo mostrarse firmes y cuándo afectuosos, y qué podían esperar de ellos.

Sólo Jane y los otros profesores de Kennie, antiguos profesores de la escuela, y la señorita Simmons sabían que era el hijo de un asesino borracho, de una madre asesinada. Se habían mostrado excepcionalmente amables con él, y el niño había respondido con gratitud. Ahora creía ver de nuevo sus ojos grises en los que brillaba la inteligencia y su rostro tímido y sensible. A los chicos les había gustado mucho y lo habían aceptado. Sólo se les había dicho que era huérfano y vagamente creían que algunos parientes ricos le pagaban el colegio. Jamás había sido tan popular como el notable Angelo, con su sonrisa cautivadora, sus fascinantes carcajadas, su aire de seguridad, pero sí había sido muy querido de todos.

Pasó algún tiempo antes de que Jane comprendiera que de todos los chicos, sólo Angelo no apreciaba a Kennie. ¿Era porque sospechaba que éste pudiera ser su rival algún día? Imposible saberlo. Jane sólo podía sentir el disgusto. No recordaba ninguna ocasión en que Angelo se hubiera mostrado ofensivo con Kennie, pero lo veía con una especie de intuición. Estaba claro también que aquellos dos nunca tenían nada que decirse mutuamente, sino que se evitaban.

Un día en que estaba a solas con Kennie le había dicho:

—Sé que no es asunto mío, Kennie, pero ¿ha ocurrido algo entre Angelo y tú?

¿Por qué había enrojecido el niño? Sin embargo, había respondido sinceramente, mirándola a los ojos:

—Nada, señorita Whythe. Es sólo que a mí no me gusta Angelo, y yo no le gusto.

—¡Pero Angelo es un chico muy popular, todos le quieren!

Él la miraba fijamente:

—¿Usted le quiere, señorita Whythe?

—Bueno, yo... —Entonces se había detenido y enrojecido también. No había pensado nunca en eso, pero de pronto comprendió que ella era la única profesora, quizás la única persona en todo el colegio, a quien no le gustaba Angelo Saint. Su mente consciente no lo había captado antes, pues creía con vehemencia que todos los niños eran muy superiores a los adultos, que eran una raza especial y aparte, a la que se debía acariciar y proteger. En realidad, casi si no del todo, creía que ellos jamás crecían, que seguían siendo siempre como ahora: seres necesitados de ayuda, dependientes, no corrompidos, limpios, inocentes. Siempre se sorprendía al ver que, los que ella conociera niños, se hacían hombres, y hombres altos, a menudo más altos que ella. En cierto modo se sentía herida por esto, aun cuando sabía que era ridículo. Pero siempre pensaba en ellos como en Los Niños: los puros, los imperecederos, los tesoros.

Se sintió un poco incómoda ante Kennie durante unos momentos, pues se sentía avergonzada ante sí misma. Pero ¿qué había que no le gustara a Angelo Saint? No podía explicarlo, y eso la humillaba. Kennie le sonreía con una sonrisa amable de adulto, y hasta había llegado a darle un cariñoso golpecito en la mano, casi tan pequeña como la suya, diciendo:

—No importa. No tiene importancia, señorita Whythe. Quizá ni usted misma lo

comprenda. Sólo es que yo he descubierto a Angelo, y él lo sabe.

—¿Qué es lo que has descubierto?

Kennie había vacilado, luego empezó a restregar los pies contra el suelo con aire vacilante.

—¡Oh, no sé! Pero creo que es algo falso. Como un actor, o algo. Ya sabe, que no es real. Que simula.

—Pero ¿por qué, por el amor de Dios? ¿Por qué habría de hacerlo?

—No lo sé, señorita Whythe. Y quizá me equivoque.

Ella había examinado a Angelo al día siguiente, y el niño había alzado inmediatamente los ojos, que fueron a cruzarse con los suyos. Y, aunque le sonriera instantáneamente con su encantadora sonrisa de siempre, sus ojos se habían tornado fríos, vigilantes, llenos de conocimiento. Jane se había sentido incómoda con él a partir de ese momento, y él lo sabía. Ella se enfurecía consigo misma y un poco también con Kennie. Después de todo, sólo los niños que había visto acobardados, ignorados, «rechazados» y no queridos, sabían ser mentirosos para protegerse a sí mismos. Eso es lo que le habían enseñado en las clases de psicología infantil durante sus cursos de educación y luego en las clases de psicología de los adolescentes. Pero ¿no había habido también unas explicaciones rápidas, como de mala gana, sobre la mente del niño psicópata? Era como si el profesor se sintiera enojado por verse obligado a aquella breve incursión en el tema, negándose a creer que algunos niños fueran malos por naturaleza y no «víctimas» de padres «problema», de un ambiente inferior y de lo que él llamaba misteriosamente «discriminaciones locales, restricciones y desigualdades sociales». Ella había pensado entonces, a pesar de ser tan joven: ¿por qué se insiste tanto en estos días en creer que todo el mal, toda la maldad y el crimen, no existen por sí mismos, sino que son resultado de lo que vagamente se llama «las circunstancias»?

Si alguien tenía razones, pensó mirando el rostro generoso y firme de Kennie, su aspecto honrado, sus ojos tan inteligentes, a estar mal adaptado, a ser malo y retorcido por naturaleza, a mostrarse antisocial, a resultar un niño delincuente, cruel e incontrolable, ése sería Kennie. Pero no lo era. Era la viva refutación de las teorías. Había sido rechazado, no amado, golpeado y despreciado, tratado brutalmente por sus padres casi desde su nacimiento. Sin embargo era amable y fuerte, dulce y cariñoso, lleno de comprensión y respondía inmediatamente a la amistad y se mostraba plenamente responsable. Aquello era desconcertante.

Todo había ido bien hasta cierto día. Ella había pedido a Kennie que se pusiera en pie y leyera en voz alta en el libro que estudiaba toda la clase, pues tenía una voz excelente y sonora. Pero, al ponerse en pie, una hoja de papel cayó de su libro y, a la distancia que se hallaba, Jane vio que estaba escrita con letras en lápiz rojo. Un vecino la había recogido, ya iba a entregarlo cortésmente a Kennie, pero sus ojos se habían sentido atraídos por lo escrito y ahora parecía aterrado. Repentinamente curiosos, otros chicos se incorporaron en sus asientos y leyeron. Nada dijeron. El

primer muchacho pasó al fin el papel a Kennie, que lo leyó. Y de pronto, se quedó muy pálido, mortalmente pálido y se dejó caer en el asiento sin hablar.

Jane había corrido inmediatamente a él y recogido la hoja de papel. Lo leyó. Era una especie de informe:

Kenneth Landowski (alias Richards). Hijo de Stanislaus Landowski y Eva Landowski, fallecidos. Nacido el tres de enero de 1953 en esta ciudad. Stanislaus Landowski, trabajador y borracho, crónicamente sin empleo, había vivido de la beneficencia junto con su familia desde el 2 de abril de 1956 hasta el 19 de julio de 1958, y recibido tratamiento psiquiátrico del doctor... y el doctor... sin resultados positivos. El 5 de Junio de 1958 había asesinado a su esposa Eva, y había sido ejecutado en Sing Sing el 4 de enero de 1959. Único testigo, su hijo Kenneth, que tuvo que ser enviado a una sanatorio infantil durante un período de un año por tener la mente afectada.

Luego, en grandes palabras en rojo, estaba la pregunta:

¿QUEREMOS ACASO A UNA PERSONA CON TALES ANTECEDENTES ENTRE NOSOTROS?

Jane creyó que iba a desmayarse. Escuchó un sonido sibilante y miró en torno. La noticia iba corriendo de chico en chico, pasando rápidamente como una serpiente de mesa en mesa. Kennie seguía sentado como muerto, sus ojos mirando al vacío ante él. Jane le había tocado en el hombro y se había inclinado a sonreírle, y luego se había llevado el papel a su mesa. Lo levantó entonces ante toda la clase, mientras los chicos la observaban intensamente.

—Todos habéis oído hablar de cartas anónimas escritas por personas crueles y maliciosas —dijo—. Esto es un ejemplo. Tenía el propósito de herir a Kennie, a quien todos queremos y respetamos. Por qué, lo ignoro. Hay un muchacho malvado en esta clase. No le pediré que se descubra; no lo haría. Pero como ciertamente tiene un alma inmortal, tanto Dios como el hombre le castigarán al fin por este ataque llevado a cabo contra Kennie sin la menor provocación. Y esto es lo que debe hacerse con las cartas anónimas y, si alguno de vosotros recibís una en el futuro, haced lo mismo —había abierto el bolso, sacado su encendedor y quemado la carta. Los chicos habían observado la llama como hipnotizados. Luego había reanudado la clase.

Pero, a partir de ese día, Kennie se sintió evitado por todos. Y él se retiró con orgullo. Ya no volvió a ser el mismo. Finalmente aparecieron una madre o dos, muy indignadas, en el despacho de la señorita Simmons, que las despidió con brusquedad. Permanecía en pie, sin embargo, el misterio de cómo tales datos del informe de Kennie habían estado a disposición de un chico de su clase. El archivo que contenía

el historial de los alumnos estaba siempre cerrado, y sólo la señorita Simmons tenía la llave. Jane había pensado mucho en ello. Si una profesora deseaba refrescar su memoria sobre algún chico, sólo tenía que pedir la llave a la señorita Simmons y ésta se la daba, y luego se la devolvía en seguida. Naturalmente, la misma señorita Simmons abría con frecuencia el archivo. Era un terrible misterio. Al fin, Kennie, apenas hacía un mes, había ido a ver a las dos, Jane y señorita Simmons, y serenamente les había pedido que le permitieran marcharse del colegio. Dijo que creía preferir la escuela pública. La discusión no sirvió de nada. Tenía un carácter muy decidido. Se marchó.

La señorita Simmons había preguntado a todos los chicos de la clase, por separado, si habían cogido la llave y abierto el archivo. Todos y cada uno lo negaron con vehemencia, y con indignación. Y se les había creído. Jane no lo mencionó, pero recordó que la señorita Simmons era una señora mayor que a veces dejaba descuidadamente la llave en la cerradura y algún profesor la recuperaba y la devolvía. Jane misma había visto un par de veces el archivo con la llave puesta en la cerradura. Un chico —¿pero cuál?— había aprovechado la oportunidad para examinar con astucia animal los historiales de sus amigos, o ver qué se había escrito sobre él mismo. Pero ¿por qué había elegido a Kennie? Se había interrogado a todos los profesores; ellos habían entrado y salido con frecuencia del despacho de la señorita Simmons pocos días antes de que se descubriera la nota ofensiva.

No podían recordar que ningún muchacho en particular hubiera estado presente en sus visitas, aunque, a veces, la señorita Simmons faltaba de su despacho.

Ahora, pensando en Kennie, Jane miró a Mark Saint. Su mirada era abstraída y se limitó a repetir lo que había dicho:

—No lo sé, señor Saint. No puedo hacer acusaciones sobre algo tan poco claro.

—Sí —dijo Mark con voz ahogada—, todo es siempre nebuloso. Y astuto.

—Quizás esté cometiendo una injusticia con Angelo —acusó Jane, la psicóloga infantil, la que amaba a los niños, la que defendía a los niños. Mark le ofreció un cigarrillo y ambos fumaron en silencio. Jane se sentía más confiada ahora, y miraba a Mark con severidad. ¿Sería él, después de todo, un padre realmente «comprensivo»? Amaba a Angelo, pero quizá no le dedicaba al chico tanto tiempo como debía. De otra forma, ¿cómo podría haber pensado tales cosas de él? Un hombre debía pasar al menos dos horas cada día con su hijo, y todos los fines de semana. Eso es lo que le habían enseñado a ella. Naturalmente, el hecho de que un hombre pudiera tener negocios en esos fines de semana, o trabajo por la noche, o amigos que cultivar, no tenía importancia en lo que se refería a Los Niños. Los Niños lo eran todo.

Jane no supo en qué momento, mientras estaba allí sentada fumando tranquilamente y rechazando a Mark con su terca mente juvenil, una visión clara y vivida se alzó en su mente y la agitó tanto que se le cayó el cigarrillo al suelo. Mark se inclinó, lo recogió y, al ver el terror en su rostro, le dijo suavemente:

—¿Qué le ocurre, querida?

Pero Jane no le oía. Revivía cierto día en que entrara en el despacho la señorita Simmons a buscar algo que ahora no conseguía recordar. Angelo Saint había estado sentado en la silla de las visitas, aguardando con un sobre en la mano. Era la hora del almuerzo, y ella le había preguntado amablemente por qué no estaba en el comedor.

—Oh, ya he tomado el almuerzo, señorita Whythe —había contestado él con su voz educada y su encantadora sonrisa, poniéndose en pie al instante con corteses modales—. Tengo aquí una invitación a una cena, para la señorita Simmons, de parte de mi madre. Quizá debiera habérsela dejado sobre la mesa, pero pensé que sería más cortés entregársela personalmente. —Sus cejas oscuras se habían fruncido ansiosamente y la había mirado con una intensa duda en sus ojos—. ¿No cree que así es mejor?

—Naturalmente —había respondido ella en seguida, tratando de sofocar el disgusto instintivo que el niño le producía, y que ni siquiera ante sí misma se atrevía a reconocer. Era sólo una sensación de inquietud...—. Pero no te quedes aquí después que toque la campana si la señorita Simmons no ha vuelto, por favor.

No había mirado el archivo para comprobar si la directora se había olvidado de nuevo de sacar la llave. ¿Por qué tenía que hacerlo? No le interesaba el archivo aquel día. No podía recordar ahora con qué motivo había ido allí. Pero sí que dejó a Angelo muy sonriente en su silla, esperando a la señorita Simmons...

«¡No tenía pruebas!», se dijo apasionadamente, evitando la mirada de Mark. Ninguna prueba en absoluto. Si la llave había estado allí, si Angelo la había visto, si había aprovechado la oportunidad de abrir el archivo y leerlo, si ningún profesor había entrado, si lo había hecho astutamente, si lo había llevado en la cabeza durante largo tiempo... Tantos síes, todos vagos, y que no podían probarse, todos dependientes unos de otros, una increíble cadena de acontecimientos.

—Ayúdeme —dijo Mark—. Si hay una sola cosa que la turbe, algo de lo que no se sienta segura, algo que pueda ayudar a Angelo...

—Usted mismo no está seguro de nada —dijo Jane, y, aunque seguía viendo aquel cuadro de Angelo en el despacho, agitó la cabeza—. Los niños brillantes hacen con frecuencia cosas que los adultos no interpretan bien. Siempre podría explicarse con facilidad... si un padre se tomara el tiempo necesario y tuviera el amor y la paciencia y la comprensión elementales para descubrirlo. —Sus ojos oscuros parecían acusarle, reñirle.

Él se puso en pie y la miró de arriba abajo largo tiempo. Luego habló en voz casi inaudible.

—Pequeña Jane Whythe... Usted sospecha algo, usted sabe algo y no quiere decírmelo por un equivocado sentimiento de justicia. Querida niña, escúcheme: Usted sigue en peligro, si es que Angelo le hizo eso deliberadamente. O quizás él esté satisfecho ya... Así lo espero. Pero, algún día, él no quedará satisfecho... (¡oh, Dios mío!) sólo con herir a alguien. Algún día, si no se le detiene ahora, si no se le cura ahora, quizás él...

Jane había fruncido el ceño. ¡Qué cosas tan horribles estaba oyendo sobre un «niño» y especialmente por parte de su «padre»! ¡Vaya, este pobre hombre necesitaba inmediatamente tratamiento psiquiátrico y un «cuidado amoroso y tierno»! Su voz estalló repentinamente:

—Señor Saint, parece muy cansado, agotado. En esas condiciones —pronunció claramente— uno necesita ayuda.

—Angelo necesita ayuda —dijo Mark con voz desmayada.

—Desde luego que sí —corroboró Jane, que se levantó despidiéndole con dignidad—. Necesita el amor y el interés de un padre.

Estaba segura ahora, después de haber hablado con Mark, de que aquello que ella temiera y sospechara vagamente era una mera sombra, y se sentía llena de contricción y decisión de dar más tiempo y comprensión a Angelo. Y se sentía avergonzada. Por primera vez amó a Angelo movida por la lástima de que tuviera un padre así: neurótico, casi histérico, terco y aparentemente consumido por el odio hacia su hijo. ¿Habría algún complejo de Edipo en el fondo de la cuestión? ¿Acaso padre e hijo competían por el afecto de la esposa y madre? ¡Oh, eso lo explicaría todo! Jane ofreció a Mark una sonrisa de comprensión y le estrechó la mano.

—No estás comiendo nada, querido —dijo Kathy a su marido—, y yo misma freí ese pollo. Betty no lo hace bien. Y te hice una salsa holandesa. No me gusta esa que venden ya preparada. Es tu cena favorita ¡y no comes nada! Me siento dolida.

—Lo lamento, cariño —dijo Mark, y metió el tenedor en un succulento muslo de pollo—. Pero sentía el utensilio pesado entre sus dedos y el estómago se le revolvía. Kathy lo contemplaba con ansiedad.

—Me gustaría que visitaras al doctor Hauser, y no al doctor Bowes. Este año aún no te has hecho el chequeo habitual, Mark, debes haber perdido por lo menos cinco kilos, ¡y no puedes permitirte!

—He estado trabajando mucho últimamente. Por favor, no te preocupes. Tenemos entre las manos un nuevo contrato y es algo difícil.

Angelo comía con sus buenos modales de costumbre pero observaba a su padre a través de las pestañas. ¡De modo que el viejo aún pensaba en aquella imbécil, su querida tía Alicia! ¡Para lo que iba a servirle! Él, Angelo, ya había conseguido asustarla de verdad y alejarla para siempre. Ahora no había amenaza alguna en su vida, tan buena y dichosa, ni visitas inesperadas, en las que se veía obligado a contemplar su horrible rostro siempre observándole. Sobre todo eso: un rostro desagradable y vigilante al que nunca conseguía engañar. Ahora había muy pocas personas en el mundo de Angelo que se atrevieran a amenazarle con su comprensión o a negarle la adulación. Incluso aquella estúpida de Jane Whythe había sucumbido al fin; ahora no sabía qué hacerse con él. Le murmuraba afectuosamente, le hacía leer en voz alta sus composiciones en clase y era la que dirigía los aplausos. Le había dicho una y otra vez, con énfasis intenso y adulador, que algún día llegaría a ser un gran triunfador en todo aquello que se propusiera, lo cual venía a confirmar su propia opinión. Angelo había estado en guardia durante algún tiempo, esperando comprobar algún signo de que ella lo hubiera reconocido y sabido todo acerca del episodio del brazo roto. Durante unos días sí había creído ver sospechas, y había empezado a hacer planes de nuevo. Pero, de repente, aquellas sospechas de la maestra habían desaparecido para ser reemplazadas por el afecto, la admiración y la sincera aceptación. Angelo tenía una idea de lo que había sucedido: Jane Whythe había meditado en el asunto durante un par de semanas; luego había decidido que era algo injusto e imperdonable por su parte. Ahora trataba de compensarle por su anterior frialdad y suspicacia, y él se regodeaba en ello, con malicioso placer y diversión. Y la tenía segura. Ya no tendría que perder el tiempo pensando en algo más drástico. En cierto modo esto era una desilusión, porque, en el fondo, disfrutaba con esos episodios de secreta violencia. Pero uno no podía tenerlo todo, pensó filosóficamente. Y las cosas le iban muy bien. Kennie Richards, o Landowski, se había ido de su vida, como habían desaparecido de ella todos los que odiaba.

En ocasiones incluso el mismo Angelo se detenía a pensar si amaba a sus padres. Naturalmente mamá era idiota, pero le adoraba a él. Bueno, en cierto modo la quería, pero suponía que podría quererla más si dejara de llevar aquellas bobas faldas vuelosas y siempre estuviera pretendiendo ser joven en beneficio de él. De todos modos su madre le era indispensable. No podía imaginar un mundo vacío de su idolatría, vacío de su admiración y de los regalos, comodidades y lujos que amontonaba sobre él. Angelo era el centro mismo del mundo de su madre, como era el centro de su mundo propio. Nada podría amenazar el lugar que ocupaba en la vida de mamá; nada podría apartarle del centro de su existencia. Siendo muy pequeñín le había enrabiado que sus padres se abrazaran y besaran en su presencia. Pero eso fue antes de comprender que Mark nada significaba para Kathy en comparación con su hijo. ¡Que recogiera unas pocas migajas! Su padre no era más que una migaja también...

No es que odiara activamente a su padre, incluso había ocasiones en que sentía cariño por Mark, especialmente cuando éste le traía por sorpresa un magnífico regalo. Pero ¿era él el centro de la vida de Mark? A los cinco años, la duda había llenado de furia al niño. Pero ahora que tenía diez comprendía que, si su vida había de estar rodeada de cosas agradables y de todo cuanto deseara, Mark debía tener otra vida aparte de su hijo, una vida dedicada a los negocios, que le permitiera ganar gran cantidad de dinero. Así que Angelo perdonaba con indulgencia a su padre por no centrar todo pensamiento y acción en él. Esto no le impedía tratar de enojar a Mark en ocasiones; después de todo, uno tenía derecho a un poco de diversión. Y lo que más fascinante resultaba era burlarse de mamá en presencia de Mark. ¡Era realmente gracioso ver el enojo en los ojos de su padre, y ver cómo tenía que reprimirse para no hablar! ¡Oh, eran imbéciles! No eran sino seres expresamente creados para la explotación, uso y placer de los Angeles de este mundo, y en particular de Angelo Saint. Él disfrutaba mucho con la vida que le había tocado en suerte, pero siempre estaba en guardia para vigilar que nadie amenazara aquel paraíso por conocerle bien, por comprenderle, por odiarle, por exigir sus propios derechos con preferencia a los deseos del niño. Los castigos de Mark —bien poco frecuentes por cierto—, tales como una firme corrección o el que se le despidiera de la mesa, e incluso la única ocasión en que había castigado físicamente a su hijo, estaban olvidados ya. Todo aquello daba la seguridad a Angelo de que su padre también se interesaba por él, aun cuando tuviera otros intereses en el mundo exterior.

Por muy pretematuramente agudo que fuera, y muy observador, Angelo no sabía que, mientras Mark jugueteaba abstraído con la comida, no estaba pensando en Alice Knowles. Angelo no sabía que Mark pensaba en él, pues éste jamás había indicado al chico las terribles sospechas y secretos terrores que experimentaba con respecto al niño. Ni una vez lo sospechó el chico. ¿No era él la criatura más lista del mundo, y no eran sus padres estúpidos e incapaces de desconfiar o de sospechar de su hijo? En cuanto a todos los demás, también habían demostrado estupidez. Pero eso era por lo

que él estaba muy por encima de ellos en todos los aspectos, y porque era muy diestro, y nunca dejaba pistas claras tras él. En algunas ocasiones llegaba a decirse, virtuosamente, que no era culpa suya en absoluto. Los otros eran los culpables.

Mark preguntó ahora, sintiendo náuseas por la comida que acababa de llevarse a la boca:

—¿Cuándo vamos a invitar a cenar a Jack McDowell y a su encantadora novia? Estuvimos en la fiesta de compromiso, y en otras fiestas en su honor.

—¡Oh, estoy pensando hacerle un regalo a Mary! —respondió Kathy, algo inquieta—, aunque, francamente, no me gustan mucho ninguno de los dos. Mary se da importancia, sólo porque su padre fue un famoso cirujano en la ciudad, y Jack tiene la fea costumbre de fisgonear. Supongo que es una enfermedad propia de los psiquiatras.

Angelo se irguió repentinamente alerta. Odiaba al doctor McDowell con un odio intenso. Jack siempre había sido muy amable con él, siempre escuchaba seriamente cuando el niño le hablaba. Pero ¡cómo escuchaba! Con el aire de captarlo todo, como si oyera más allá de las simples palabras, y especialmente tenía ese aire cuando se hallaba en esta casa. Una sutil amenaza se desprendía de él, aparte su consideración, aparte sus palabras amables, y esa amenaza pendía sobre Angelo. No había nada que pudiera hacer al respecto, pues el doctor estaba fuera de su alcance, pero en ocasiones se deleitaba soñando cómo podría eliminar a aquel que consideraba su enemigo. ¡Nadie debía escuchar lo que Angelo Saint pensaba realmente!

Kathy suspiró afectando paciencia:

—De acuerdo, ¿qué te parece de hoy en ocho días? Yo llamaré a Mary, y tú a Jack. Supongo que es lo más correcto.

De nuevo estaría él allí, amenazador, atento... Angelo dejó el tenedor y miró a su madre, y la piel en torno a su boca palideció. Desde luego podía estar fuera esa noche, en casa de uno de sus fieles amigos. Pero Angelo siempre tenía gran interés en estar presente cuando viniera el doctor McDowell a casa. Nadie sabía qué podía decirles a sus padres en su ausencia, ¡cosas peligrosas! El doctor McDowell «comprendía». En su última visita apenas había apartado los ojos del niño, y en los suyos había una expresión muy curiosa.

—¡No! —gritó, golpeando el mantel con el tenedor.

Kathy se sintió asombrada:

—¡Pensé que te gustaba Jack! —dijo—. Siempre es muy amable contigo y te trata como a un adulto... al contrario que otras personas que podría nombrar —añadió con enojo.

Mark preguntó suavemente:

—¿Por qué no, hijo?

Las aletas de la nariz de Angelo se distendieron. Cuidado, se dijo. No debían sospechar por qué odiaba a Jack McDowell. Eso les haría sentirse curiosos. Incluso podían hacer preguntas al doctor, preguntas cuyas respuestas turbarían o arruinarían

su mundo.

—No me gusta —dijo, eligiendo meticulosamente sus palabras y mirando a sus padres con aire inocente—. ¡Oh, me avergüenza decirlos por qué!

Miró a Kathy, como pidiéndole perdón de antemano.

—¡Oh, dínoslo, cariño! —entonó ella.

Así que Angelo cruzó las manos sobre la mesa y adoptó una expresión grave y varonil, y dejó que sus grandes ojos castaño claro se fijaran sinceramente en su madre:

—Es sólo que tengo la impresión de que es un hombre que dejó plantada a tía Alicia, y por eso ella se fue. Yo creo que esperaba que él se casara con ella, y, cuando luego descubrió que sólo quería pasar el tiempo y no tenía intenciones matrimoniales, no pudo soportarlo. Después de todo es mi tía, parte de mi familia; por eso me siento resentido con él.

—¿Oíste eso, Mark? —gritó Kathy enajenada, uniendo las manos y aplaudiendo, radiante toda ella como una luz—. ¡Oh, pobrecito mío! ¡Cómo sufre por los demás! ¡Es tan sensible, tan maravilloso! ¡Tan... comprensivo!

Mark nada dijo. Angelo no vio el súbito endurecimiento del rostro de su padre, el pensamiento repentino, la fulminante resolución. Kathy se levantó infantilmente de la silla y corrió a su hijo y le besó con furia de extática pasión.

—¡Pero te equivocas, te equivocas, cariño! —murmuraba—. ¡Eso es injusto, y no es propio de ti! Jack sí quería casarse con Alicia. ¡Ella misma nos lo dijo!

—Pues yo no lo veo —dijo el niño sombríamente—. Creo que sólo lo dijo para salvar su dignidad.

—¡Podría ser, podría ser...! —gritó Kathy con compasión—. De la boca de los niños... —Se sentó y miró a su hijo como si fuera un milagro.

—Tonterías —dijo Mark amargamente—. Angelo está dando rienda suelta a su imaginación. Y recuerda, Kathy, el mismo Jack fue el que nos dijo que deseaba casarse con Alicia, y que ella rehusó.

—Pues yo no lo creo —afirmó Kathy enfáticamente mirando aún fascinada al niño—. Los niños son muy sutiles. Angelo fue a dar en el fondo de toda la cuestión. Bajo estas circunstancias, y considerando como trató a Alicia, no puedo mostrarme amistosa con Jack. ¡Y pensar que todo este tiempo teníamos la verdad ante nuestras narices! —añadió maravillada—. Sólo quería congraciarse con nosotros, por eso mintió.

—Y ¿por qué tendría que congraciarse con nosotros? —preguntó Mark—. Tiene cientos de amigos. Es muy respetado, y otros muchos psiquiatras le llaman a consulta. No es de esos de tipo afectado, aspecto pomposo y gafas de lechuga. Y es rico también, y muy bien acogido en círculos sociales en los que ni siquiera nosotros podemos penetrar. ¿Qué beneficios podría producirle nuestra amistad?

—¡Oh!, los psiquiatras siempre buscan pacientes —dijo Kathy rechazando las observaciones de su marido. Se inclinó hacia Angelo y le tocó la mano como uno

tocaría la de un santo—. No hay un doctor, por rico que sea, que pierda la oportunidad de cobrar de veinte a cincuenta dólares por hora.

—Así que no vamos a invitarle...

—No en *famille*. Hablaré con algunos amigos. Podemos dar una gran cena en un restaurante. No quiero que venga aquí, si eso molesta a Ángel.

Mark miró a su hijo y sus labios grisáceos se apretaron. «Así que has ganado de nuevo —pensó—. Creo que sé a qué ha obedecido tu idea. Dios me ayude... y Dios te ayude también, hijo mío».

Mark se dio cuenta por primera vez del suave zumbido del acondicionador de aire en esta calurosa tarde de junio. Se dio cuenta de que había estado hablando sin parar, constantemente, con angustia, en ocasiones con pánico, durante mucho tiempo, aunque había tratado de mantener su voz razonable y controlada. Y no se le había interrumpido ni una sola vez.

El doctor McDowell había escuchado, sus ojos azules ansiosamente fijos en aquel hombre atormentado, las manos unidas sobre la carpeta de piel en su magnífica mesa. No se había movido, excepto para encender un cigarrillo de vez en cuando. No había hecho preguntas. Se había limitado a escuchar.

Hacía fresco en el gran despacho muy ventilado, con sus muebles hermosos, los cortinajes de tono sedante, su excelente alfombra. Sin embargo, Mark se secaba repetidamente el rostro con el pañuelo, hasta que éste quedó húmedo y arrugado entre sus manos.

—Y eso es todo —dijo al fin con voz dura—. Dime que estoy loco. Dime que soy un neurótico. Dime que he perdido la cabeza, y que necesito tratamiento psiquiátrico.

—En resumen —dijo amablemente el doctor—, que te diga cualquier cosa menos la verdad.

El corazón de Mark dio un brusco salto y empezó a latir con ritmo salvaje.

—¿Qué quieres decir, Jack? ¿La verdad?

El doctor se puso en pie, se metió las manos en los bolsillos y empezó a recorrer la habitación con la cabeza inclinada. Luego se detuvo ante Mark y le contempló sombríamente.

—Tú eres su padre —dijo—. A los padres no les gusta que se les diga... Harían cualquier cosa por evitarlo. Quieren que se les tranquilice, incluso desean que les digan que ellos mismos están locos y que deberían ser encerrados. Eso les resultaría más fácil de soportar. Porque aman a sus hijos.

Mark miró sin ver el pañuelo arrugado entre las manos. Se sentía a punto de morir.

—Entonces ¿me crees? —susurró—. ¿No crees que estoy imaginando cosas, inventándolas, o que tengo alucinaciones?

Jack se sentó de nuevo y fijó la vista en sus manos cruzadas. Aguardó unos

instantes, luego abrió un cajón de la mesa y sacó una botella de buen *whisky* y dos vasos.

—Tomemos una copa. No, no me la rechaces. Hay muchas ocasiones en que una copa es un salvavidas. Y ésta es una de ellas. Francamente, no me gusta el color que tienes. Llevas demasiado tiempo viviendo bajo una terrible tensión. Voy a darte el nombre de un buen cardiólogo. No creo, sin embargo, que sea nada orgánico. En tu caso, creo que es funcional. —«Lo cual no me extraña», añadió para sí con conmisericación.

Mark se forzó a beber. No quería saber inmediatamente la verdad. Había venido aquí para que se rieran de él de modo amistoso, para que le librasen de sus temores. Había venido incluso para que le dijeran que estaba loco. Cualquiera cosa. Terminó de beber. Miró el vaso vacío con ojos sin expresión. Un oscuro mechón de pelo le caía sobre la húmeda frente.

—No debería haber venido —dijo en voz baja.

—Pues claro que sí. Aunque sólo sea por tu bien. Mark, voy a decirte la verdad. Tu hijo es un psicópata, y no hay cura para él, aunque otros doctores están haciendo experimentos con tratamientos de *shock* y qué sé yo cuántas cosas. Tu hijo es el producto de un atavismo, una reversión. A su propio modo es tan normal como cualquiera, tan normal como cualquier niño nacido en una cueva hace miles y miles de años. No está loco, si eso es lo que temes. Podría pasar sus exámenes con brillantez. En realidad está completamente cuerdo. Sólo es que ha nacido con un fallo, lo mismo que algunos niños nacen privados físicamente de un brazo, o de una pierna, o de la vista o el oído. Y ese fallo que tiene es lo que nosotros llamamos conciencia. Hay algunos seguidores de Freud, incluso hoy en día, que insisten en que la conciencia es un rasgo adquirido, algo que padres y teólogos inculcan en los niños, y que nadie nace con ella. Yo no estoy de acuerdo. Se hizo un experimento... pero eso no tiene nada que ver con Angelo en este momento. El hombre nace criatura moral. Puede ser pervertido más tarde, pero nació moral y con conciencia. Eso se ha demostrado una y otra vez, hasta que no ha quedado la menor duda. Yo entrevisté a algunos nazis mucho después de la guerra, a los que se había educado para no tener conciencia, a los que no se permitió recibir instrucción religiosa, a los que se enseñó casi desde la infancia a ser implacables y crueles, e incluso asesinos, a una orden. No conocían nada más que la violencia y el odio. Sin embargo, mientras yo hablaba con ellos, muchos estallaron en llanto y me dijeron cuánto habían odiado lo que llegaron a ser, incluso desde niños, y cómo se odiaron a sí mismos ya de hombres, y cómo habían llegado a ayudar, en secreto, a víctimas en potencia de la Gestapo. Algunos de sus amigos, a los que se descubrió haciéndolo, se habían suicidado o habían sido ejecutados. Pero ellos habían aceptado ese riesgo.

»¿Por qué? Porque casi todos los hombres nacen con conciencia moral, y nada puede extirparla, ni siquiera un Hitler, ni un Stalin, ni un Khrushchev. ¿Por qué supones que cientos de soldados soviéticos se negaron a disparar sobre los

revolucionarios húngaros y permitieron que los mataran antes que asesinar a niños, mujeres y hombres que amaban a su país y amaban a su Dios? Algunos hombres son lo bastante débiles para tratar de acallar su conciencia y su compasión humana, y lo ocultan por su propia protección. Pero otros prefieren morir antes que vivir consigo mismos y con su recuerdo. Y aquellos muchachos comunistas, ¡tantos de ellos!, prefirieron la muerte a la violación final de su naturaleza. Los héroes no son los asesinos; a menudo son los que mueren. Quizás éstos sean los únicos héroes. Y podría recordarte que a esos chicos comunistas nunca se les había enseñado nada sobre Dios, ni la conciencia, ni la moralidad, ni el bien o el mal, excepto lo referente a avanzar la causa del Soviet. Ya ves, Dios nunca está ausente en el corazón del hombre.

—Pero sí está ausente en el de Angelo.

—Sí. La naturaleza tiene un modo de destruir los atavismos en el seno materno, o de crear en ellos un mecanismo que los destruirá en la temprana infancia. Pero el cuidado prenatal de las madres, y los antibióticos, y la alimentación científica de los niños, consiguen mantener esos atavismos vivos y florecientes. Existe también el Mal (la Iglesia lo llama Lucifer) que con frecuencia da a esos seres una constitución superior para que puedan sobrevivir, y una inteligencia superior para que puedan destruir. Los atávicos son espiritualmente retrasados, si quieres decirlo de ese modo.

Se detuvo y contempló al preocupado padre.

—Tú no eres católico. Si te hablo de la maldad innata, quizá sonrías con indulgencia. Después de todo, ¿no dicen los psicólogos infantiles que todo niño nace perfecto pero que es corrompido después por los padres? Naturalmente, eso es falso. Satán sigue viviendo y dominando de modo extraordinario en el mundo de hoy. Y pronto llegará el día en que nosotros, los que tenemos conciencia, habremos de enfrentarnos con aquellos que no la tienen: los atávicos. Y es algo terrible el que esos seres controlen ahora el mundo.

Mark pensaba en su hijo, tan hermoso, tan vivaz:

—Angelo es el favorito de nuestro ministro. Canta en el coro. Está a la cabeza de su clase en la escuela dominical. Lee la Biblia y puede discutir sobre ella de modo inteligente con nosotros. Ha ingresado en los Boy Scouts. Pertenece a los grupos locales de muchachos...

—Sí, naturalmente. Ha aprendido lo que es socialmente aceptable, lo que es socialmente deseable, lo que se espera de él. Y siempre trata de complacer... para sus propios y horribles fines. Y en su corazón, como un auténtico atávico, se ríe de nosotros. Tu hijo entra en la categoría del tigre de dientes afilados, del dinosaurio, del tiranosaurio. Espiritualmente es el habitante de la poderosa jungla llena de espinos, de los abismos de fuego. Pertenece al nacimiento del mundo; conoce las antiguas convulsiones, el calor, los diluvios, los volcanes. ¿Es culpa suya? No. La naturaleza está en flujo constante, en ocasiones se introducen ciertas reversiones que no han sido eliminadas del todo todavía.

Encendió un cigarrillo:

—¿Crees por un instante que Angelo se siente conmovido por las plegarias de tu iglesia, que cree ni lo más mínimo en la gloriosa historia de la Encarnación y la Crucifixión? ¡Por supuesto que no! Para él, son cuentos infantiles. Pero son aceptados. Por tanto, para verse aceptado, él ha de aceptarlos también, al menos exteriormente. No afectan su corazón, pero ve que sí afectan al de los demás. No quiere ser un proscrito, un paria. Así que simula sentirse conmovido también. No le culpes. Él es lo que es, y nadie puede cambiarle.

—Jack, ¿es que existe algo en nuestros antepasados, los de Kathy o los míos? ¿Tenemos alguna parte de culpa?

—¡Claro que no! Un imbécil, un idiota, un niño retrasado, un niño mentalmente débil, un ser atávico como Angelo, puede nacer en cualquier familia. Son seres primitivos, restos de los años de la infancia del mundo. Antes que Dios tocara a la humanidad con su luminoso dedo y creara un alma en el hombre.

—¿Estás tratando de decirme que Angelo nació sin alma?

El doctor quedó silencioso un momento. Después dijo:

—Sí. Quizá. Su alma está en embrión. Tal vez esté allí, pero no se ha desarrollado. Está... retrasada. No lo sé, Mark, y ningún psiquiatra lo sabe tampoco, aunque algunos simulan saberlo por compasión para con los padres. O nada. No la tiene, o está embriónica. Malformada. Incapaz de desarrollo.

—¿Qué hacemos con él? —Y Mark pensó en su esposa, y cerró los ojos.

—Cuanto más, podéis ayudarle en su simulación, si no por su bien, al menos por el bien de los demás. Podéis ayudarle a adoptar un nuevo aspecto, y convencerle de que, a menos que lo haga, perecerá de algún modo. ¡Y esos seres anhelan protegerse tanto siempre! Puedes apelar a su gran inteligencia, y nada más.

—Angelo... es tan encantador. Todo el mundo le quiere.

—Naturalmente. Ése es el disfraz atávico. ¡Y no creas que no trabajan intensamente para adquirir ese disfraz! Trabajan como demonios. Sólo sus familias pueden echar un vistazo a su auténtico yo, ocasionalmente. A diario trato a muchos llamados neuróticos que están casados con seres así. No puedo aconsejar el divorcio, siendo católico, pero sí aconsejo la separación antes de que ocurra una tragedia.

Mark no podía hablar. Pensaba en su hermoso hijo, su hijo tan inteligente, tan agudo. Y ahora sabía que ese niño formaba parte de una época de millones de siglos atrás, y no de la presente. No era de extrañar que hallara ridículos a los espiritualmente desarrollados, pues, en su interior, el mundo estaba gobernado por uñas y dientes, rojos y sangrantes, hambrientos y devoradores.

Jack seguía hablando:

—Hay algo más que debo decirte: Angelo trató de matar a Alice hace años. Ella me lo contó.

Retuvo el aliento y esperó a que Mark protestara. Pero éste le escuchaba asintiendo repetidamente, automáticamente. Por supuesto, él siempre había sabido la

verdad. Ahora escuchaba cómo Jack le contaba lo sucedido con el inocente perrito, y seguía asintiendo. Sentíase tan débil que, para interrumpir aquel constante asentimiento, tuvo que llevarse las manos a la frente.

—Me lo he estado ocultando a mí mismo —dijo al fin con voz extraña—. Jack, ¿por qué no podemos tener una ley para disponer de ellos?

—Somos humanitarios —dijo el médico secamente—. Pensamos que todas las criaturas que nacen con forma de hombre son hombres. Ahora, vamos, ¿consentirías en que Angelo fuera eliminado misericordiosamente y sin dolor, como harías en el caso de un animal?

Mark no contestó. Jack continuó:

—¿Qué es la maldad? ¿Es atavismo? ¿Es satanismo? No lo sé. Pero creo que son ambas cosas.

Mark apoyó un brazo en la mesa, pues se sentía exhausto, y descansó en él la cabeza.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ya te lo he dicho. No te desanimes. Los psicópatas o atávicos, a veces, con mucha frecuencia, hacen lo que superficialmente se llama un ajuste. Es decir, aprenden a conformarse a los demás por su propia conveniencia y beneficio. Angelo puede crecer hasta llegar a ser un hombre de éxito, con magnetismo. Esto sí te diré: jamás será un neurótico. Para ser neurótico uno ha de tener alma, estar sufriendo ansiosa y terriblemente por su alma. Si Angelo está protegido, si constantemente se le asegura su superioridad, puede que te haga sentir orgulloso algún día. Pero compadezco a su esposa y a sus hijos.

Mark sintió un cansancio abrumador. La carne le pesaba sobre los huesos. Se miró las palmas de las manos:

—Estoy muy preocupado. Aunque esto es decirlo suavemente... Kathy tiene más de cuarenta años. Está embarazada. Lo supo con certeza hace un par de semanas. ¿Hemos de pensar que vamos a tener otro psicópata o atávico?

Jack se puso en pie y fue rápidamente hasta él:

—¿Lo sabe Angelo?

Mark le miró desconcertado:

—No. Kathy cree que él es aún un bebé. Y se siente un poco avergonzada por haber concebido a su edad. Pero yo he pensado que quizás un hermanito o hermanita podrían ayudar a Angelo...

El doctor experimentó un horrible temor. Jugaba con el cigarrillo entre los dedos nerviosamente:

—¿Cuándo nacerá el niño?

—En octubre.

—Tal vez será mejor no decírselo por algún tiempo aún.

—¿Por qué? Va a cumplir once años. Ya se le ha enseñado todo lo referente al sexo. Kathy se empeñó en ello. Ha contestado claramente a todas sus preguntas,

incluso desde que él tenía cinco años. Y probablemente sabe más del sexo que la misma Kathy.

Jack miraba el cigarrillo sin pestañear:

—¿Qué tal le ha sentado la noticia a Kathy?

—Ya te dije... se siente avergonzada. Pero últimamente está «radiante» de nuevo. Anhela decírselo a Angelo, pero se controla. Dice que no quiere preocuparle. Que puede sufrir pensando si su madre logrará sobrevivir o no. Eso es lo que ella dice.

—¿Has pensado en enviarle fuera de casa hasta que nazca el niño?

Jack estaba muy pálido.

—Sí, lo he pensado. El campamento es en julio. Y el colegio en septiembre. Pero este año no quiere oír hablar de ir al campamento, aunque le gustó el año pasado. Cuando le hablé de un magnífico internado (una escuela militar), chilló como una niña. Estuvo histérico durante días.

«Presiente algo —se dijo Jack terriblemente alarmado—. Angelo presiente que algo le amenaza, aunque todavía no sabe lo que es. Su mundo sagrado, el mundo que le rodea está en peligro, y aún no sabe por qué».

Entonces alzó las manos en silencio. No había nada que él pudiera hacer. Pero dijo:

—Creo que su madre debería decírselo inmediatamente a Angelo. Creo que debería asegurársele con vehemencia que el niño que viene no va a amenazar su situación, que él será el más importante incluso debido al otro niño. ¿Lo entiendes, Mark?

Los dos hombres se miraron a los ojos.

—Y, dime, Mark, ¿sospecha lo que tú piensas de él?

—No lo sé. Nunca he sabido lo que pensaba, Jack. Pero me vigila. Cuando me siento incapaz de seguir leyendo y empiezo a pensar, allí está él, a mi lado, vigilándome como si leyera mis pensamientos. Jack, ¿será algo heredado? ¿Será posible que tengamos otro?

—No es heredado. La oportunidad de tener otro hijo atávico o psicópata es poco o menos la misma que la de cualquier matrimonio, ni más ni menos.

—Ojalá —dijo Mark con toda serenidad, una mortal serenidad— hubiera muerto al nacer.

—Sí. Te comprendo. Y no eres el único padre del mundo, de esta ciudad, de tu propio suburbio, quizá de tu propia calle, que lo haya pensado también, aunque jamás lo diga. Se limita a esperar, contra toda esperanza.

—¿Por qué se nos ha afligido así?

«¿Por qué no se lo preguntas a Dios?», pensó Jack. Pero dijo:

—Los padres de los niños que nacen con algún fallo siempre preguntan eso. Es un misterio.

—Kathy le malcría demasiado. Siempre está arrullándole. Gorjeando, cantando sus alabanzas. Quizás...

—No, Mark. No creo que Angelo hubiera sido mejor aún sin todo eso.

Mark se puso en pie y se acercó a la ventana mirando la concurrida calle que bullía de taxis, autobuses, automóviles y peatones. ¡Sería tan fácil! Pero Jack ya estaba tras él, la mano sobre su brazo, el rostro lleno de compasión. Mark preguntó, mirando ciegamente a la calle:

—Jack, ¿crees que él ha matado ya a alguien?

—¡Probablemente no! Ya te dije que son muy cuidadosos. No creo que se propusiera abiertamente matar a nadie, excepto a Alice. Según van creciendo, esos seres comprenden que deben protegerse. Cuando Angelo tenga catorce años, no sólo figurará entre los cinco primeros de su clase, sino que habrá aprendido a controlarse tan bien que incluso tú te sentirás aliviado y pensarás que todo ha pasado ya.

—Pero no será así.

—No. Aunque quizá no vuelvas a ver señales de ello. Trata de pensar en el otro niño. También tú tienes una vida que vivir. Olvida a Angelo, si puedes.

—Es mi hijo. Y le quiero.

Era un verano extraordinariamente caluroso. Hacía calor incluso en los suburbios, incluso en la cabaña, allá en el campo, y en sus alrededores. Ahora estaban a finales de julio. Las faldas voluminosas de Kathy ocultaban su estado. Aún no se había decidido a adoptar las túnicas anchas premamá de sus amigas. «Parece que se van anunciando —decía—. ¡Vamos, cualquiera puede tener un niño! Se ponen esas estúpidas túnicas desde la primera semana y sacan el estómago. Cuando yo era una niña, las mujeres tenían un poco más de modestia. No andaban proclamando ante todo el mundo con esas túnicas reveladoras que habían dormido lujuriosamente con su marido y que el resultado estaba prácticamente a la vista. Gracias a Dios, Ángel no tiene la menor sospecha. ¡Se sentiría tan avergonzado! Tú no sabes, Mark querido, a mí me pareció algo horrible y vergonzoso el descubrir, cuando tenía poco más o menos la edad de Ángel, que mis padres dormían juntos».

Mark dijo sonriendo:

—Lo sé. Todos los niños pasan por esa etapa. Les gusta pensar, aun después de saberlo todo, que su propia existencia tuvo lugar sin la intervención natural. Sus padres son «distintos» de los otros. ¡Ellos no harían eso!

Kathy suspiró. Estos días se sentía muy cerca de Mark. Ahora estaban sentados en el pórtico de la cabaña, uno al lado del otro, con las manos afectuosamente enlazadas. Angelo estaba lejos, jugando con Sally y Bobbie, que ahora le eran tan devotos. Apoyó la cabeza en el hombro de su marido, y éste sintió un impulso de ternura hacia ella. El ginecólogo, que no aprobaba que las mujeres de mediana edad tuvieran niños, especialmente cuando había tanta separación de edad como la que habría entre Angelo y el que viniera, había asegurado a Mark que Kathy estaba en excelentes condiciones, y que no había nada que temer.

—Será un poco difícil quizá, porque los huesos a su edad no son tan flexibles como los de una jovencita, pero no hay razón para preocuparse.

Kathy tenía buen aspecto. Su piel parecía haber florecido y había en sus ojos un brillo que no era tenso ni formado.

—Supongo que tendré que decírselo pronto a Ángel —murmuró—. Quizá dentro de un mes o así, cuando ya no podamos ocultárselo más y tenga que ponerme sin remedio las túnicas. Pero, desde luego, no llevaré con ellas pantalones largos que hacen que una mujer embarazada parezca un melón con zancos.

—¿Quieres que se lo diga yo, Katherine?

Pareció meditarlo, luego le dirigió una mirada celosa de reojo:

—No. Creo que no. Yo puedo hacerlo con más dulzura. Los hombres sois más rudos.

—Quizá le hables de las abejas y los pájaros...

—¡Mark; no seas sarcástico! Ángel recibió una educación sexual completa.

Tuvimos muchas conversaciones sobre todo eso en el pasado. Yo le he inspirado una opinión casi sagrada de todo el proceso de la vida. Como algo digno de reverencia.

Mark se puso en pie bruscamente y se dirigió a la barandilla del pórtico, mirando el lugar en que Alice había estado sentada y desde el cual había sido empujada hacia la muerte.

—También yo he hablado con él —dijo, sin dejar de mirar en la barandilla. Y pensó en la criada, Bertie, y en Jane Whythe. ¿Quién más habría habido sin que él llegara a saberlo? ¿Habría muerto alguien?

—Mark —dijo Kathy de pronto—. Cada vez estás más y más delgado. La preocupación me está matando. Tienes un color horrible. ¡Tengo miedo! ¿Por qué no vas al médico?

—Ya fui —repuso Mark sin volverse—. Incluso fui a un cardiólogo. Vamos, no te excites. No me pasa nada. Sólo es que ya no soy muy joven, ya sabes. Tengo treinta y ocho años. Y este invierno he trabajado con exceso. —Hizo una pausa—. ¿Has pensado alguna vez que Angelo podrá sentirse celoso cuando se lo digas? Después de todo, ha sido el centro de tu vida desde el día en que nació. Tal vez no quiera compartirte con nadie más. Podría mostrarse resentido... Muchos niños se resienten, ya lo sabes.

—¡Oh, Mark! ¡Nunca has comprendido a Ángel! ¡No hay ni una pizca de celos entre sus sentimientos! Jamás he oído una palabra de envidia de sus labios. Vamos, ¡perderá la cabeza de alegría e impaciencia! ¡Un hermanito, o hermanita, para que él le acaricie, le enseñe a hablar, a caminar, a amar...! ¡Alguien a quien cuidar!

Mark pensó en el niño no nacido aún, con una plegaria en su corazón. ¿Un niño? ¿Una niña? Esperaba una niña, una amable criatura que llevara trencitas con lazos en las puntas, y falditas almidonadas enseñando las braguitas. Una niña... una compañera. Los hombres aman profundamente a sus hijas. Caminarían juntos por la calle, de la mano. Se la subiría sobre los hombros. Ella le haría olvidar toda su angustia, el deseo de Alice, el terror por su hijo, la impaciencia con su esposa, la amenaza que el mundo entero suponía ahora para él. Cuando mirara los ojos de su hija, se olvidaría de Angelo. Y la protegería de todos los Angeles del mundo. Ningún joven, en el futuro, sería capaz de engañarle.

—Ya no te importa, ¿verdad, querida? —preguntó a su esposa.

—No, no. ¡Soy tan feliz! No puedo esperar a compartir mi felicidad con Angelo. Y ¿no es maravilloso que tengamos aún con nosotros a Betty, que adora a Ángel? Ella es la única muchacha que él ha apreciado jamás.

«Gracias, Dios mío, por esto», pensó Mark.

Regresó a la ciudad después de las cuatro semanas de vacaciones de costumbre. A partir de ahora sólo volvería a la cabaña los fines de semana. La casa estaba caliente, muy quieta, cerrada. Abrió puertas y ventanas. Una mujer venía a limpiar todas las

semanas, de modo que no había olor a cerrado en la casa. El sol y el aire entraban ahora a raudales en todas las habitaciones. El silencio parecía rebosar de sonidos. Mark se dio una ducha. Era una tarde de domingo. Salió al jardín, limpio y lleno de flores. Pero no quería quedarse en la casa, donde todo le recordaba a Angelo, el ser horrible que Angelo era, y el tigre de afilados dientes que latía en su hijo. Pensó en llamar a los amigos, pero estaba demasiado cansado para hablar con ellos. Un paseo por el parque, quizás. Era un largo viaje en coche hasta el centro de la ciudad, pero el parque estaría fresco y umbrío, aunque se hallara rodeado por las ruidosas torres de los edificios de apartamentos y los hoteles. Si se apresuraba, podía estar allí mucho antes de la puesta del sol. Se pasearía a solas por los tranquilos senderos, bajo los callados árboles, sin ver a nadie conocido. La ciudad estaría muy silenciosa, pues todo el que podía se iba al «campo» los fines de semana, y los que no, se quedaban en sus apartamentos, agobiantes por el calor o frescos por el aire acondicionado, y luego simulaban haber pasado esos días con algunos amigos de Connecticut. Sólo habría turistas por las calles, y sería bueno ver sus rostros maravillados y alegres, inocentes y asombrados.

Así que Mark se dirigió rápidamente en coche a la ciudad, aparcó en una calle lateral casi vacía y entró a pie en el parque. No había nacido en esta ciudad, no había vivido en ella hasta los veintiún años. Pero tenía cierto encanto para él, más que los suburbios residenciales con sus casas grandes y silenciosas.

Había pocas personas en el parque, aunque se oían en la distancia las risas de los niños que, en los estanques, echaban a navegar sus botes, y los ladridos de los perros sujetos por correas. Mark se sentó en un banco y el viento fresco acarició su cansado rostro y le removió el pelo en el que se veían ya algunas canas. Sonrió a una pareja que pasó tímidamente ante él, con las manos entrelazadas. Un policía se detuvo un instante a comentar el tiempo y a secarse el sudor de su enrojecido rostro. Las ardillas corrían por la hierba, los pájaros las provocaban con sus gorjeos y ellas les respondían sin alterarse. Había olor a pinos, las hojas brillaban en las copas de los árboles y en las ramas más altas bañadas por el sol poniente. Las torres de cristal que rodeaban el parque parecían incandescentes.

Una joven sin sombrero y un muchachito se acercaron al banco de Mark. Ambos iban riendo afectuosamente. La risa del chico era fuerte, franca, no sonaba como la de Angelo, llena de malicia... Mark volvió la cabeza y se halló cara a cara con Alice.

Ella se detuvo instantáneamente, anonadada, y, al levantarse lentamente Mark, enrojeció. Pero mantenía toda su compostura. Le dio la mano gravemente, le ofreció su hermosa sonrisa y luego le presentó al muchacho.

—Éste es Kennie Richards —dijo—. Y ¿cómo... cómo está Kathy? ¿Y Angelo, Mark? Y ¿qué haces aquí solo, y no estás en la cabaña?

Hacía casi dos años que no la había visto, aunque sólo vivía en Boston. ¡Dos años! No, no era posible. Nunca se había ido; siempre había estado con él, su voz en sus oídos, su rostro cerca del suyo. La muchacha tomó asiento en el banco y Mark se

sentó también. Kennie los examinó con tímida sonrisa.

—¿Por qué no vas un poco al estanque, cariño? —preguntó Alice—. Aquí tienes nueces para las ardillas. No tardes. ¿Llevas el reloj que te di? Muy bien. Vuelve dentro de quince minutos.

Se alejó el muchacho y Mark lo miró. ¿Por qué no podremos tener uno así, con esos ojos francos, los labios amables y un rostro que revela limpieza interior? No había hecho el menor esfuerzo para resultar agradable, no sentía el impulso de cautivar. Un chico. Un buen chico.

Mark se daba cuenta de que hablaba, y de que Alice le respondía; pero pasaron algunos momentos antes de que estuviera del todo consciente de lo que realmente decían. Alice le daba las excusas habituales por no haber ido a visitar a la familia. Estaba muy ocupada. Había estado sacando el título. Ahora seguía un curso avanzado de arte. Tenía muchos amigos. Sus clases eran muy duras, pero a ella le encantaban. No sabía cómo se le iba el tiempo. Con frecuencia había planeado...

Se detuvo. Mark contemplaba su sereno perfil, de rasgos casi clásicos. Alice tenía ahora veinticuatro años. La ligera rigidez de expresión que él recordaba había desaparecido. Sus labios eran muy suaves, aunque tristes, con un toque brillante de color. Ahora dijo:

—¡Me alegro tanto por ti y por Kathy, Mark! Espero que sea una niña. Yo enseño a chicos, claro, y los quiero mucho, pero me gustaría enseñar a niñas por algún tiempo. Kathy me escribe unas cartas muy animadas y llenas de entusiasmo. ¿Está tan bien como dice?

—Sí, está muy bien y se siente feliz, Allie.

Se detuvo de nuevo.

—Y... ¿Angelo? ¿Qué le parece la idea de tener un nuevo hermanito?

—No lo sabe aún.

Alice se volvió rápidamente en el banco y le miró a los ojos. No hubo necesidad de una pregunta, ni de una respuesta.

—Kathy se lo dirá pronto —siguió Mark al fin.

¡Querida Alice, pura y franca, con su aspecto decente de integridad y orgullo, y su inalterable dignidad! Miró el largo cuello, el vestido ajustado, pero modesto, sobre su encantadora figura, las manos serenas y largas, sus delicadas piernas. Pero no pudo seguir mirando y apartó el rostro. Alice comprobó su palidez grisácea, su delgadez, las hebras grises de su cabello, su aspecto de absoluto agotamiento. Se aferró con ambas manos al banco.

Ahora pasaban días enteros en los que no pensaba en Mark. Había noches en que dormía y no soñaba con él. Había ocasiones en que realmente disfrutaba con la compañía de otros hombres. En realidad, había un joven profesor con el que estaba empezando a pensar en casarse. Y de repente, todo había desaparecido: la paz tan duramente ganada, la tranquilidad, la nueva vida, la nueva esperanza, la sensación de que su existencia no se había detenido y que no había llegado a una pared cerrada en

la que no había la más pequeña puerta que pudiera dar paso a un lindo jardín. Todo se evaporó en la nada, y sólo quedó Mark. Después de todo nunca había nadie más que Mark.

Inclinó la cabeza y ambos guardaron silencio mirando sin ver la hierba. Luego, con un esfuerzo, Alice empezó a hablar:

—¿Recuerdas que te hablé de Kennie? Yo... le envié al colegio de la señorita Simmons, y pensé que le gustaba. Pero de pronto no quiso volver más, y se negó a decirme por qué. Pero ahora va a una estupenda escuela pública nueva, con profesores jóvenes, decididos realmente a enseñar, y lo está haciendo muy bien y es feliz.

Vaciló. ¿Sabría algo Mark de lo que le había sucedido a Kennie? Pero él había olvidado que ella le hablara de ese niño aquel día de verano, hacía tanto tiempo. Intentaba escuchar y demostrar algo de interés. Alice suspiró.

—Cuando Jack y Mary se casen, a finales de mes, van a tratar de adoptar a Kennie —siguió diciendo—. Jack McDowell. Dice que te ve a menudo. En realidad, ya lo han solicitado. Será maravilloso para Kennie, pues los quiere a los dos.

Había pensado que, cuando ella misma se casara, adoptaría a Kennie. Pero el chico estaba creciendo y necesitaba un hogar propio. Y ahora, sus esperanzas de ser su madre adoptiva se iban para siempre...

—Sí —dijo Mark con voz monótona—. Kathy y yo estamos invitados a la boda, por supuesto.

Cerró los ojos involuntariamente. «¡Algo anda terriblemente mal!», pensó Alice alarmada.

—¡Mark! —gritó—. ¿Es que pasa algo? ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Allie —dijo él sin mirarla—, ¿por qué no me dijiste que Angelo trató de matarte aquel día en la cabaña?

Alice se llevó rápidamente la mano a los labios y le miró aterrada.

—Verás —siguió Mark—. Fui a hablar con Jack. Le hablé de otras ocasiones. Pensé que yo mismo me estaba volviendo loco. Quería creerlo así, sinceramente. Deseaba creer que era yo el que necesitaba tratamiento, confinamiento incluso. Cualquier cosa menos la verdad. Y entonces Jack me dijo la verdad. Me habló de ti, y de Angelo también.

—¡No debería haberlo hecho! ¡Eso estuvo mal!

Agitó la cabeza:

—No, Allie, querida. Estuvo bien. Si tú hubieras sido la única, él ni siquiera lo habría mencionado, pues los niños a veces hacen cosas estúpidas o peligrosas sin razón. Pero... estaban los otros, ¿sabes? Por eso fui a Jack en busca de ayuda. Y él me lo dijo todo. ¡Hubiera preferido morir antes que saberlo!

El rostro de Alice se transformó, hasta parecer de piedra.

—Mark —susurró—, ¿qué me dices? ¿Es que hubo... otros?

—Sí, Allie. Y si me hubieras dicho la verdad ese día, quizá los otros no habrían

resultado heridos. Yo le habría vigilado, como le vigilo ahora. ¡Quién sabe, Allie —y era tanta su desesperación que deseó compartirla, y que también ella se sintiera desesperada—, si alguien habrá quedado herido para siempre, alguien del que no he oído hablar, alguien que jamás conoceré, un viejo, o un niño, o una mujer, en un «accidente»! Nunca lo sabré. Y será culpa mía y tuya.

Alice empezó a llorar en silencio, inclinada la cabeza para ocultar las lágrimas que no podía detener.

—No te lo dije, Mark, porque no quería que lo supieras. Temía que te hiciera demasiado daño.

Asintió como un autómatas:

—Sí, eso puedo entenderlo. Puedo entenderlo. Yo nunca se lo he dicho a Kathy. No debería haberte culpado, Allie. Por favor, no llores. Perdóname. No debería hablarte de este modo. Pero he llegado al final de algo... y no sé cómo seguir, sabiendo que mi hijo es un psicópata peligroso y que, a menos que lo cojan in fraganti en un acto violento, jamás será apartado de los otros a quienes puede herir. Jack me dice que está a punto de entrar en otra etapa de su desarrollo, y, probablemente, abandonará toda violencia, por pequeña que sea, en el futuro. Que será más cuidadoso de sí mismo que nunca. Pero yo empiezo a pensar en una niña, que ahora vive en alguna parte, que juega con esos niños en torno a un estanque, o en el jardín de atrás, o que va ahora de paseo con su madre... y con la que él puede llegar a casarse. Y pienso en los hijos que tendrá, y en toda la tristeza y desesperación que va a causar.

Se golpeó las rodillas con el puño:

—¡Toda esa tristeza y desesperación! Se esparcirá en torno a él. Destruirá el amor y la felicidad de su esposa. Sus niños llegarán a odiarle, y él los convertirá en seres desarraigados y neuróticos, arruinará su vida. No podrá evitarlo. Es lo que es. No puede ser detenido, ni transformado, como no puede serlo una fuerza elemental, o una tormenta. Sabes que no hay nada a que apelar en él, excepto su propia comodidad, ¡y Angelo se cuidará muy bien de eso, en un mundo que puede odiarle o amarle! Y servirle también. A veces, Allie, desearía que perdiera el control e hiciera algo, algo horrible que no pudiera ocultar, y entonces, quizá... quizá habría un lugar para él y estaría encerrado y seguro.

Alice no podía soportar la angustia que latía en su voz, la respiración ahogada que llegaba a sus oídos. Puso la mano sobre el brazo de Mark y se lo apretó. Le asustó su delgadez.

—Solía tener unas rabietas tan terribles —tartamudeó—. Pero Kathy me escribe que ahora pocas veces pierde el control, apenas una vez al mes, y que es más fácil tranquilizarle. Quizá podamos tener un poco de esperanza.

Mark agitó la cabeza:

—Sus rabietas son menores, sí, y, a veces, se recobra con mayor rapidez, y ya no arroja ni tira cosas, como solía hacer. Pero parece salvaje y loco cuando se pone

furioso, Alice, no con el salvajismo y locura de un niño, sino de un hombre. No me importa lo que diga Jack, Alice. Angelo está loco cuando se pone rabioso. Aún puedo dominarle por la fuerza, y detenerle hasta que se calma. Pero llegará el día en que será demasiado grande, demasiado fuerte. Entonces, ¿qué?

—Pero Jack ha dicho —insistió Alice— que se controlará cada vez mejor, en cuanto crezca... por su propio bien. Debes tener esperanza, Mark.

—¿Qué puedo esperar? —preguntó éste amargamente—. ¿Esperar el día en que me muera? Eso es todo lo que tengo que esperar. Y siempre habré de vigilar a Angelo, hasta que sea un hombre y se haya ido de casa, y entonces sólo estaré esperando, esperando el día...

—¡No, Mark! —gritó ella—. ¡Te has olvidado de que Kathy va a tener otro niño! Piensa en esa criatura, Mark. Sé que será un niño maravilloso, y te hará feliz, y te ayudará a olvidar a Angelo.

Él estaba sentado, derrumbado sobre el banco, mirándose los pies. Y entonces apareció Kennie Richards, preocupado por lo que veía. Se acercó a Alice y le puso la mano en el hombro. Ella trató de sonreírle, pero sólo pudo sollozar.

Kennie había sabido quién era Mark desde el momento de la presentación, pero, con su amable sutileza, también había comprendido que Alice no deseaba que él se identificara como antiguo compañero de clase de Angelo. Ahora volvió sus ojos pesados y comprensivos hacia Mark mientras seguía con la mano en el hombro de Alice. La intuición le dijo que habían estado hablando de Angelo Saint y que, en consecuencia, se sentían terriblemente desgraciados.

Alice se levantó secándose las lágrimas:

—Tengo que coger un tren en menos de dos horas —dijo—, y primero he de llevar a Kennie a casa. La familia estará preocupada por él. Se han venido a vivir a la ciudad, así que no tendré que llevarle muy lejos. Mark —añadió—. ¿Oíste lo que dije?

Alzó él la vista de lo profundo de su agonía y luego se puso en pie.

—Alice —dijo—. Me gustaría que estuvieras con nosotros. Me gustaría que vinieras alguna vez.

—Lo haré —prometió ella—. Te aseguro que iré. Espero estar con Kathy cuando el niño nazca en octubre.

Mark observó a la muchacha y al chico que se alejaban juntos y le pareció que sólo ellos eran reales, y que su esposa y su hijo eran sueños apenas recordados y sin realidad. Regresó a su casa solitaria. No tenía hambre. Se sirvió una copa de *whisky* y luego se sentó en la oscuridad sedante hasta que la bebida le tonificó. Luego tomó otro *whisky*, y otro más, en una especie de locura, hasta que el sopor le dominó.

Jack McDowell había dicho a Mark Saint que los psicópatas eran absolutamente incapaces de sentir cualquier emoción profunda y genuina de amor o aprecio por nadie más que por sí mismos. Su aparente virtud y simpatía eran puro disimulo; su amor, aunque superficial, sólo lo entregaban a aquellos que podían servirles, adularles o serles de utilidad. Pero, había añadido Jack, entre un psicópata y otro hay tanta diferencia como la que existe entre dos enfermos de un mismo mal. Algunos eran homicidas, y éstos eran los responsables de las series de crímenes —que podían extenderse a largos períodos— que para todos eran crímenes inexplicables, cometidos sin razón aparente, ni siquiera por interés. Algunos caían bajo el dominio de la paranoia, y en consecuencia eran seres suspicaces, hostiles e incorregibles, pues no podían realizar el necesario ajuste para vivir en sociedad que los más inteligentes de su misma clase sí conseguían llevar a cabo, pues su inteligencia era inferior.

Algunos no dañaban a nadie físicamente, en la vida; su ataque a los demás era mental y espiritual, con un gran refinamiento de crueldad. Algunos perdían repentinamente el control, de tal modo —y esa ausencia del control en presencia de la rabia, una de sus pocas emociones genuinas, era típica del psicópata— que cometían asesinatos en masa en su frenesí desbordado y a menudo en un breve período de tiempo. Como, por ejemplo, ese chico de diecisiete años de Filadelfia, que recientemente cogió un arma y mató a cinco personas, a las que jamás había visto, en otros tantos minutos. Algunos eran realmente locos, pero no más que los de cualquier otro grupo humano.

Pero todos se distinguían por un apasionado narcisismo, una monstruosa y dominadora vanidad, y por la eterna vigilancia de que esa vanidad jamás se viera amenazada, ni disminuido tampoco su dominio sobre los demás. Si se lograba mantener al psicópata seguro de la adoración eterna de todos, convencido de que no sólo era el centro de su propio mundo sino el de los demás, se comportaría como un ser inocente... excepto para los que le amaban. Con ellos era implacable, no perdonaba la menor explotación, con ellos no tenía siquiera una piedad superficial, en ellos ejercitaba todas sus artes para la tortura más refinada. Nunca había que oponérsele —y eso era cierto para todos los psicópatas— excepto cuando se le pudiera demostrar que era para su beneficio material e inmediato. Los psicópatas son cínicos por naturaleza.

—Yo diría —había declarado Jack— que quizá todos los niños son un poco psicópatas a su modo, pero, al ir desarrollándose, su naturaleza moral, que es un don de Dios, tiende a afianzarse. Esto nunca sucede con el verdadero psicópata.

Cuando se veían descubiertos por los demás en su auténtica realidad jamás se avergonzaban. Sólo se sentían monstruosamente ofendidos y ultrajados. Nunca perdonaban. Esperaban la oportunidad de vengar el insulto que se les había lanzado.

El psicópata inteligente se daba plena cuenta de que no era como los demás hombres. Esto no le avergonzaba, ni provocaba en él la menor sensación de culpabilidad, pues siempre se consideraba el superior, alguien que jamás debía ser corregido o humillado, ni juzgado según las normas de los demás, ni debía esperarse de él que fuera, en sus emociones, tan despreciativamente blando, estúpido y débil como los otros. Él era, sobre todo, su propia ley.

—¿Dirías tú que eso es infantilismo? —había preguntado Mark.

—No. Mucha gente conserva rasgos infantiles, tales como la dependencia, el mal genio, la debilidad, las exigencias constantes de que se les asegure que son queridos, el resentimiento contra la autoridad y la irresponsabilidad, sin que sean en absoluto psicópatas. Si quieres decir infantilismo sólo en el sentido de que algunos son atávicos, nacidos sin sentido moral ni consciencia, reversiones, en suma, entonces es algo enteramente distinto. —Calló un instante y añadió—: Esas personalidades infantiloides, con frecuencia pueden llegar a ser comparativamente adultas, capaces de auténtico y genuino amor, y de preocupación por los demás, y frecuentemente se sienten culpables, honradamente culpables. A menudo, pueden alzarse a alturas de abnegación, con gran asombro de los demás. Pero eso jamás sucede a un psicópata. Es algo extraño también: las personas infantiloides con frecuencia se convierten en alcohólicos. Los psicópatas raramente, pues siempre quieren ejercer conscientemente su poder sobre los demás. Pero te aviso: es muy difícil detectar a un psicópata. A veces ni siquiera el mejor de los psiquiatras puede hacerlo, pues son muy listos, su disfraz es casi perfecto, y han aprendido el lenguaje de las personas normales.

—Y ¿no hay duda de que Angelo es psicópata?

—Ninguna. Ya te he dicho que es el prototipo mismo de la especie. Jamás he visto un ejemplar mejor... si es que aquí se puede decir «mejor».

Así que Mark, en sus charlas con el chico cuando Kathy no estaba presente, trataba de animar la mejora en su conducta... «porque no querrás que la gente piense que eres estúpido o tonto, ¿verdad, Angelo? Tú... tú tendrás que engañar a la gente. Son fáciles de engañar, y, cuando los engañes, podrás conseguir lo que quieras de ellos. ¿Me entiendes?».

Angelo, en esos momentos, admiraba al «viejo». Quizá no era tan imbécil como él creía. No sabía que Mark se odiaba por este materialismo vulgar en el que no creía ni por un momento. Se odiaba a sí mismo por integrarse en el astuto cinismo de Angelo en beneficio suyo... no sólo por el bien del niño, sino de los demás.

A veces, en su angustiada desesperación, deseaba gritar, contra toda prevención y consejo: «¡Te estoy mintiendo! ¡El hombre que sólo se sirve a sí mismo no tiene derecho a vivir entre seres humanos; no tiene derecho a formar parte de la comunidad humana! ¡El hombre que explota a los demás, sin piedad o compasión, es un tigre y debería ser destruido! ¡El hombre sin Dios es un animal salvaje y debería ser exiliado, como en tiempos se desterraba a los leprosos, pues él es un leproso espiritual!». Pero siempre se contenía. Sabía que una mirada astuta y divertida aparecería en los ojos de

Angelo, y que el chico le despreciaría profundamente, y que eso aumentaría el peligro de los demás. Pues, aunque Angelo pudiera decir, como decía de pequeño y con toda cortesía: «Sí, papá», no habría entendido una sola palabra, y la poca influencia auténtica que su padre aún tenía sobre él, se habría perdido para siempre.

Un fin de semana, a últimos de julio, Mark llegó a la cabaña a ver a su familia. Había hecho mucho calor todas aquellas semanas, y Kathy había decidido que era mejor no volver aún con Angelo a la ciudad, como solían hacer en esa época, viniendo a la cabaña sólo los fines de semana.

—Nos tomaremos un mes más, cariño, aunque te echaremos de menos —dijo a Mark, en el que tanto se apoyaba en estos días— pero tú puedes venir todos los fines de semana: después de todo, no está muy lejos. Además ¡yo me siento tan bien y tan animada aquí!

Ahora ya no conducía ella su propio coche, pero Betty, muy serena, sabía conducir y podía bajar al pueblo por la comida y lo que se necesitara. A veces Kathy y Angelo iban con ella. El niño casi siempre estaba ahora muy cerca de su madre. Su agudeza preternatural le decía que había alguna amenaza cerca, en alguna parte, y la vigilaba estrechamente. Pero ella estaba más cariñosa que nunca, más adúladora. Sólo que en ocasiones tenía una expresión soñadora en los ojos, y una sonrisita lejana que Angelo sospechaba no estaba relacionada con él. No era muy frecuente, pero sí lo suficiente para alertar su poderoso instinto de animal.

La familia iba a regresar al suburbio aquel domingo, siguiéndoles Betty en el coche de Kathy, pues era ya hora del examen periódico y la vigilancia de los dientes de Angelo antes de que comenzara el curso escolar. El miércoles, Kathy, Angelo y Betty regresarían a la cabaña.

—Tienes que decírselo ya, Kathy —aconsejó Mark el domingo—. Ni siquiera tus fajas y faldas vuelosas pueden ocultar la verdad.

—Se lo diré en cuanto vea al doctor. No seas pesado, Mark, cariño —dijo Kathy—. ¡Si ya no puedo esperar! ¡Si deseo verle saltar de gozo y excitación!

—Kathy. Quiero que me prometas no decírselo a menos que yo esté presente. Le lanzó una rápida mirada.

—Bueno, ¡qué expresión más extraña tienes, Mark! ¿Por qué he de esperar?

—Te lo he dicho una docena de veces —contestó con cansancio— y jamás lo entiendes. Mira. El bebé es tanto mío como tuyo. Me gustaría compartir el hecho de decírselo. Y, por otra parte, todo lo relacionado con el nacimiento de un niño es cosa del mundo femenino, y Angelo es un chico. Se sentirá confuso, incluso podría sentirse resentido. Eso es normal en niños mayores. No quieren sentirse desplazados. Por eso, espera Kathy. Sé que le asegurarás que jamás se verá desplazado. Pero él entenderá que ahora habrá de compartir tu cariño, tu tiempo y tu devoción, y eso sobresaltaría a cualquier niño. Quiero estar presente, como hombre, como miembro de su propio sexo, para darle apoyo moral. ¿Es que no puedes entenderlo?

—De acuerdo —respondió a disgusto, desilusionada. Había imaginado una

encantadora sesión secreta con su hijo, teniéndole en brazos, confiándole sus esperanzas, acariciándole, siendo acariciada a su vez por su hombrecito. ¡Y ahora Mark venía a estropearlo todo! Era realmente muy egoísta. Pero lo comprendía hasta cierto punto. Después de todo, Mark era el padre. Quizás también sentía por anticipado cierto desplazamiento en el afecto de su esposa. De pronto, sonrió a su marido, asintió y le dio un golpecito en el brazo. ¡Qué niños eran todos los nombres!

Kathy tuvo mucho cuidado de no dejar que Angelo supiera el nombre del ginecólogo al que visitaba. ¡Era tan inteligente! Lo habría adivinado en seguida. En cuanto a que fuera con ella y viera a futuras madres en diversos estados de embarazo, ¡eso sería muy violento para ella! Así que el lunes por la mañana, ya en la ciudad, le dijo:

—Cariño, tendrás que tomar un taxi para ir esta tarde al dentista. Betty va a llevarme al doctor...

Los ojos de Angelo se agrandaron:

—¡Pero si sólo hace un mes que fuiste al médico!

—Sí, cariño. Pero las pruebas... no están aún completas.

Angelo sintió miedo. ¿Es que tendría un cáncer o alguna enfermedad mortal que la apartara de su lado para siempre? ¿O diabetes? En su clase había habido un chico que tenía diabetes. Y se había muerto. La vieja parecía gorda y flácida últimamente... El mismo aspecto tenía aquel chico. El temor de Angelo se convirtió en auténtico terror. Si su madre moría, ¡entonces el viejo se consolaría pronto! ¡Traería a la horrible y malvada tía Alicia aquí! ¡Se casaría con ella! Y entonces... entonces... Angelo, con un terror que no era disimulado se lanzó sobre Kathy hasta el punto de que ella vaciló bajo su peso. Los ojos del niño estaban llenos de lágrimas y había palidecido.

—¡Tienes que decírmelo! —chilló—. ¿Qué te pasa? ¿Qué pruebas? ¿Para qué? — Veía a Alice en la casa, la serena Alice con sus ojos que lo veían todo, que recordaría que él había tratado de matarla. Le mandaría a aquella condenada escuela militar. Tendría miedo de tenerle a su lado y le privaría de todo cuanto él había disfrutado. Ella le odiaba. Habría terminado su vida actual, esta vida agradable y llena de adulación, todo este lujo, todo el cariño y devoción, todo el dinero de bolsillo, todos los privilegios. Su mente ardía en furiosos y terribles pensamientos, con un oscuro terror. Cuando se casara con su padre, Alice se lo diría todo, las mujeres siempre se lo decían todo a sus maridos, las muy idiotas. ¡Y entonces le encerrarían en algún lugar secreto! Su hermoso rostro estaba convulso. Empezó a patear, a chillar, a llorar, a romper cosas por la habitación.

Kathy le miraba y su corazón se derretía. Sus ojos brillaban de lágrimas de adoración. ¡Cariño, cariño, cariño! ¡Amor de su corazón! ¡Temía por ella! ¡Le aterraba que pudiera estar enferma, tenía miedo de perderla! Era un hombrecito que deseaba protegerla... Extendió estúpidamente los brazos hacia él, aunque Angelo la rechazó en su pánico.

Ahora corría locamente por la habitación como una bestia furiosa lanzando los gritos más salvajes y desesperados.

—¡No, no! —Rugía furioso—. ¡No, no! ¡No puedo soportarlo! ¡No lo soportaré!

Creía ver a Alice de pie ante él, implacable, llena de odio y desprecio, y su padre junto a ella con un rostro alterado y frío, condenándole, acusándole, castigándole. Quizás vendrían hombres con una camisa de fuerza gritando: «¡Lo sabemos todo, lo sabemos todo acerca de ti! ¡Trataste de matar a tu tía! ¡Trataste de matar o herir a Jane Whythe! ¡Echaste a Kennie Richards del colegio! Tú heriste... tú hiciste daño a muchos otros, muchos que todos ignoran menos nosotros. Pero ahora te hemos cogido. Te llevaremos lejos y vivirás en una celda...».

¡Odiosos, estúpidos malditos! ¡Nunca entenderían! Jamás escucharían siquiera sus explicaciones. No sabrían que él tenía que quitar de en medio a todos aquéllos porque le hacían sentirse frustrado, o se reían de él, le desafiaban o no le querían, ¡o lo conocían muy bien!

Sus locos pensamientos se fueron calmando. Quizás estaba exagerando. Se detuvo en el centro de la habitación, respirando agitadamente. Le dolía la cabeza. El corazón le saltaba en el pecho. Kathy, todavía con los brazos extendidos, aparecía nebulosa ante sus ojos en aquel lindo dormitorio azul. Sólo sus pensamientos, sus conjeturas, eran reales. Mark podía enviarle a una escuela militar, ¡ya lo creo! No había la menor duda, pues Alice no quería tenerle aquí. Pero nunca le enviaría a... una celda o algo así. Después de todo, aquel idiota era aún su padre. Pero ¡una escuela militar! ¡La disciplina, el conformismo, la obediencia rígida, el tratar a todos los chicos del mismo modo! Los horribles uniformes, el reglamento... Además, allí habría hombres, no mujeres a las que se podía engañar fácilmente, mujeres débiles y blandas a las que era fácil mentir y convencer... Desde el momento en que le mencionaran una escuela militar, Angelo se había informado sobre ellas mediante discretas preguntas y estudiando libros en la biblioteca. Había visto fotografías de la clase de veteranos del ejército que gobernaban tales escuelas: inflexibles, desilusionados, fuertes e inteligentes. Pronto le conocerían aquellos hombres de fuertes hombros, de barbilla firme, de ojos claros. Y especialmente si Alice y su padre les prevenían en su contra.

Falso y cruel él mismo, le era imposible creer que los demás no fueran así también. ¡Oh! Para Angelo sólo había dos clases de personas en el mundo: ¡los que devoraban, y los que eran devorados! ¡Los blandos, débiles y llorones; los duros, implacables y crueles! No había otra clase. Pero todos, incluso los más débiles y más tímidos, podían devorarlo.

Sólo había una persona que se alzaba entre él y aquel indecible futuro. Y ésa era su madre. Y estaba enferma, incluso podía estar muriéndose. Corrió hacia ella, con el rostro húmedo de lágrimas auténticas, y sus mejillas, generalmente sonrosadas, pálidas y hundidas.

—¡Tienes que decírmelo! —gritó—. ¡Ahora mismo! ¡Tienes que decírmelo! ¡No

puedo esperar a que vuelvas del doctor! —Y pateó violentamente. Le cogió el brazo de nuevo, mirándola con renovada energía.

—¿Qué te pasa? —chilló—. ¿Es qué tienes cáncer o algo grave, es que vas a dejarme? —Se sintió nuevamente temeroso al ver el rostro suave y conmovido de su madre, al ver que sus labios temblaban, al verla llorar también. Todos los rasgos de Kathy parecían dominados por el temblor. Empezó a sollozar. Intentó tomar al niño en sus brazos. Sentíase conmovida como jamás lo había estado antes, y la adoración por su hijo alcanzó los límites de una blasfemia. Viendo todo esto, Angelo sintió angustia por primera vez en su serena vida, el sudor apareció en su labio superior, y bañó todo su cuerpo.

De nuevo apartó los brazos de su madre y se alejó de ella. Si Kathy no se hubiera sentido tan absurdamente conmovida, tan temblorosa de gozo, alegría y adoración, tan vencida por la visión de lo que creía temor de su hijo por ella, terror por ella, dolor por ella, se habría quedado atónita ante su horrible expresión, que no era la expresión de un niño. Incluso ella, aquella madre tan fatua, hubiera podido alejarse ante el fuego de aquellos ojos terribles y huir comprendiendo al fin que aquél no era un niño amoroso, ni un hijo normal siquiera, sino un monstruo. Habría reconocido lo que veía como pura rabia, loca y asesina, una rabia inspirada por el amor más egoísta. Y, en un resurgimiento del instinto de conservación, habría pedido ayuda, habría bajado gritando las escaleras, temiendo oír, en su pánico, los pasos que la seguían y ver el rostro horrible de un asesino.

Pero Kathy estaba ya vencida. Se secó los ojos, sollozó suavemente con éxtasis porque su cariñito, su hijito adorable, le amara tan apasionadamente. ¡Había idiotas que aconsejaban en contra de mimar demasiado a los niños, de ceder a ellos, de darles todo lo que deseaban, de elevar demasiado su propia estimación, de derrochar en ellos un amor y devoción sin límites! ¡Si pudieran ver ahora a su cariñito tan pálido, tan asustado por ella! También ellos bajarían humildemente la cabeza ante Los Niños.

De pronto Kathy pensó: «No puedo soportar que esté tan preocupado, que tenga tanto miedo. ¿Por qué un adulto ha de dejar a un niño en la ignorancia, imaginando toda suerte de cosas horribles? Es cruel. Si yo cumplo la promesa que hice a Mark, Dios sabe lo que sufriría mi nene hasta que él venga a casa esta noche y se lo digamos juntos. ¿Cómo puedo hacer eso a este niño, vida de mi vida? Sería una cosa horrible en una madre, y yo nunca me lo perdonaría».

Ángel, repentinamente, se había quedado muy quieto. Escuchaba con su oído interior. Su madre estaba en lucha consigo misma. Conocía bien aquella forma de morderse el labio inferior entre los blancos dientes, conocía aquel estúpido brillo en sus ojos, aquella secreta sonrisa de satisfacción. Conocía su expresión traviesa y su aire radiante. Permanecía quieto, observándola. Su corazón aún rugía, su respiración aún era entrecortada y audible. Pero ahora esperaba.

Y entonces Kathy alzó el dedo con aire misterioso, inclinó la cabeza, le miró con picardía. Angelo reconoció aquellos signos. Tenía un secreto, e iba a compartirlo con

él. No era un secreto peligroso, no era algo que le amenazara. ¿O sí?

La observó mientras ella andaba cuidadosamente, de puntillas, por la habitación disponiéndose a divulgar el delicioso secreto. Angelo se sintió primero desconcertado, luego más harto de ella que nunca. Conocía todos aquellos asquerosos síntomas que había soportado con indulgencia en el pasado, pues generalmente significaba que estaba a punto de suceder algo delicioso. Kathy cerró la puerta con gestos misteriosos y exagerados. Miró en el cuarto de baño rosa y azul como si, ¡idiota!, pensara que se escondía allí alguien que no debía oír lo que estaba a punto de decir. Corrió a la ventana y cuidadosamente corrió las cortinas y miró al exterior. ¡Idiota! ¡Boba! ¡Estúpida vieja gorda! Sí, se estaba poniendo gorda y deforme; comía demasiado. Y era vieja, vieja y repugnante. Cerró los ojos y apretó los dientes ante el sonido de las almidonadas enaguas bajo las amplias y vuelosas faldas. Tembló a la vista de su perfil aniñado, estúpidamente astuto, sonriente, al mirar por la ventana. Sus rizos rubios caían en torno a las mejillas enrojecidas, al cuello lleno de arrugas.

Y entonces ella habló con infantil emoción. «Betty está fuera en el jardín, cortando las últimas rosas», entonó. «¡Oh, cómo vamos a celebrarlo esta noche! ¡Habrá incluso un vasito de vino para que mi cariñito pueda brindar! ¡Y cómo nos iremos juntos y haremos planes! ¡No, no puedo esperar!».

¡Estúpida perra vieja! ¿De qué hablaba? Los ojos de Angelo perdieron su extraño brillo y empezaron a relucir de impaciencia. Ésta debía ser una ocasión especial. No había un cumpleaños a la vista. Ni aniversarios cercanos. Debía ser muy especial. Pero ¿por qué su madre había de seguir siempre este ritual infantil, con tanta gesticulación, tanta exhibición de emoción satisfecha? El corazón de Angelo latía aún fuertemente, pero ya más sereno. Sin embargo sentía que iba a ponerse a gritar enloquecido hasta no poder soportarlo, después de lo que había sufrido, si continuaba esta imbecilidad de su madre. ¿Qué era lo que él más deseaba? ¿Una casita en el árbol que había estado pidiendo para el jardín de la cabaña? ¿Una bicicleta, que su padre le había prohibido? ¿Una moto, algo más prohibido aún? Angelo retuvo el aliento. Había hablado con astucia de aquella moto sólo el día anterior. Varios chicos del colegio la tenían. Su padre no había dicho exactamente que no esta vez, sólo había fruncido el ceño y guardado silencio. ¡Una moto! Angelo olvidó completamente la visita inminente de su madre al doctor. No estaría ahora tan encantada, tan feliz, si hubiera algo malo en el fondo. Parecía estar bien aunque últimamente se hubiera puesto tan gorda, y con aquellos senos tan pesados.

Fue de puntillas hasta Angelo, sonriendo, aplaudiendo. El chico era casi tan alto como ella ahora, sin embargo se inclinaba hacia él con su estúpido estilo, como si Angelo tuviera dos años.

—Adivínalo —dijo tontamente—. ¡Oh, cariñito, adivínalo!

Angelo, a través de la ventana abierta, llena de sol, podía oír el chasquido de las tijeras de jardín manejadas por Betty en el caluroso silencio. Oía también el canto de las cigarras. No había otro sonido.

Aún estaba tenso. Pero se controló:

—¿No... no te pasa nada malo, mamá? —dijo, pensando de nuevo en el doctor—. Quiero decir, eso de que te hayan de hacer más pruebas...

—¡Oh, no, no! En realidad nunca estuve mejor en mi vida. Encanto. Nunca mejor. Nunca más feliz. ¡Oh, cariño mío, y tú tan preocupado por tu madre! —Extendió la mano para acariciarle los rizos, pero él se retiró. Emitió un pesado suspiro de alivio. Su rostro empezó a brillar. Era algo especial para él, algo secreto para él. Su madre habría ido hoy a encargarlo. Le habría mentado: no tenía la menor intención de visitar al doctor. Su sonrisa brilló como el sol.

—¿Una bicicleta? ¿Una moto? —dijo cautivadoramente—. No puedo esperar más. ¡Dímelo!

—¡Oh, oh! —gritó ella extasiada—. ¡Algo mucho más maravilloso que eso! Tan maravilloso que a veces ni yo misma puedo creerlo. Y ya no puedo esperar, aunque le prometí a tu padre que no te lo diría. No debería hacerlo, ¡pero es que ya no puedo esperar más!

Angelo empezó a sudar ahora de gloriosa impaciencia:

—¿Qué, qué?

—¡Vas a bailar de alegría! —chilló ella—. ¡Bailaremos juntos!

Angelo, en aquella curiosidad que le consumía, deseó pegarle. Su corazón latía de nuevo locamente. Y ahí estaba ella de puntillas, pasándose la lengua por los labios, sonriendo como una tonta, agitando las faldas y moviéndose, un pasito exagerado tras otro, hacia una de las grandes cómodas. Después, con gesto dramático abrió uno de los cajones más grandes:

—Ven y míralo tú mismo, Ángel. Ven y recreáte los ojos.

Cruzó en un vuelo la habitación. Reteniendo el aliento, miró en el interior del cajón. Estaba lleno de ropitas de niño, pequeñas, blancas, bordeadas de encaje; faldones, chaquetitas, gorritos, calcetines como para un muñeco, enaguaitas, pañales...

Retrocedió un paso. Su rostro tomó un color curiosamente ceniciento; apretó los labios; sus ojos se dilataron. Quedó tan anonadado que no pudo hablar ni moverse. Observó como su madre tocaba con amor aquellas cosas horribles, le vio alzar un faldón y besarlo, y retenerlo contra sus sonrosadas mejillas; le vio llevarse un zapatito blanco a los labios. Y comprendió. Comprendió sin la menor duda.

Y entonces, cuando Kathy, de espaldas a él, comenzó con aquella susurrante letanía de adoración que él conocía tan bien —¡pero que ahora no era para él!— y vio aquellos besos, y el amor, y el cariño, se sintió dominado por la rabia más terrible que jamás había experimentado, el odio más consumidor, la furia más desgarradora. Todo en la habitación pareció agrandarse, danzar como entre llamas. Su cráneo parecía estar al rojo vivo, golpeándole el cerebro. No podía respirar. Empezó a temblar. Aquel loco resplandor que bañaba la habitación se hizo más intenso, llameante, hasta que fue como el estallar de un volcán.

Sin embargo sus pensamientos, aunque salvajes, eran totalmente ordenados. Iba a

nacer un niño. Un chico o una chica. Iba a haber otro centro de adoración, otro dios en la casa. Iba a haber un rival, otro centro de atención. Iba a haber alguien más que compartiera todos los pensamientos de su padre, todas las caricias y mimos de su madre. Habría otro lecho que visitar. Habría otra voz a la que su madre escucharía, otra mano que ella llevaría donde quisiera, otra criatura exigente... Algo surgió en el muchacho. Sintió el invisible impulso de afirmarse en su lugar, dentro y fuera de él. Sintió la horrible pugna por el poder. Esto era algo que no podía soportar. ¡Esto era algo que no soportaría, que no se atrevía a soportar! Todo lo que había tenido siempre, todo lo que era, ¡estaba mortalmente amenazado! Estaba deshecho. Se había convertido, de pronto, en un miembro más de la familia, no en su único centro. Alguien ocuparía su lugar. Alguien más pequeño... «¡No, no, no!», gritó en su interior. ¡NO!

Ninguna amenaza, por formidable que fuera, había sido tan terrible, tan inminente, tan segura como ésta. Siempre había vencido la amenaza, la había apartado o destruido, la había atemorizado, intimidado u obligado a ceder. Pero no podía hacer nada de eso con aquel peligro invisible en el cuerpo de su madre, con aquel peligro absoluto, con aquel peligro titánico. Se sentía inútil. A menudo había oído a sus padres discutir sobre su «herencia», como la llamaban, cuando él escuchaba astutamente tras la puerta. ¡Muchísimo dinero! Le pertenecía a él. Y ahora no le pertenecía a él solo. Tendría únicamente parte de ella. Habría alguien más, ¡alguien más! Aún sin rostro, y sin embargo igual a él, quizás más poderoso que él, que le desplazaría, que le apartaría, que le tornaría insignificante, con su poderío infantil.

¡Había sido horrible y deliberadamente traicionado! Sus padres le habían hecho esto en la oscuridad de alguna repugnante noche. Después de todo, no los había tenido metidos en un puño. Después de todo, no había sido el centro indiscutible de sus vidas. ¡Le habían hecho esto! ¡Se habían atrevido a hacerle esto! Durante meses le habían dado gusto, y todo el tiempo se habían estado riendo de él, ¡de él, Angelo Saint! ¿Es que, después de todo, esperaban sinceramente que él lo aguantaría? ¿Es que pensaban que lo que le habían hecho quedaría sin castigo?

Kathy seguía deleitándose con una prenda delicada bordeada de encaje, con el rostro transfigurado al pensar en el ya próximo niño. Agitó un faldón, se rió nuevamente y besó sus frunces. Una niña quizá, que todos adorarían, ella, Mark y el querido Angelo. ¡Cómo disfrutarían con ella! ¡Qué gozo ante el primer diente, el primer paso, la primera sonrisa! Los brazos de Kathy anhelaban ya la criatura que llevaba seis meses en el vientre, sólo a tres meses de nacer. ¿Cómo podrían esperar aún tanto tiempo?

Observándola, Angelo se encogió y tembló y la odió más que a nada que hubiera odiado antes. Sus pensamientos giraron como una rueda brillante. Sólo tenía que esperar hasta que naciera el niño, el usurpador, el traidor. No. Eso sería demasiado tiempo...

Kathy volvió a dejar las ropitas con manos muy tiernas, las contempló ansiosa y con pasión, y cerró el cajón como si encerrara en él un rostro amado. Entonces miró el espejo sobre la cómoda. Y vio el rostro de Angelo, reflejado en él.

Sus manos quedaron paralizadas en el aire. El aliento se le ahogó en la garganta. Su corazón se contrajo. Nunca había visto así su rostro: maduro, distorsionado, desfigurado por el odio, asesino. ¡No podía creerlo! Siguió mirándolo con un extraño dolor en su frente, con una repentina náusea en su estómago. El niño en su seno, sintiendo quizás su perturbación, se movió inquieto. ¿Qué le pasaba a Ángel?, pensó Kathy confusa.

Dio la vuela rápidamente. Pero, por muy rápidamente que se volviera, él ya había controlado sus rasgos. Era muy experto en eso. Estaba pálido, pero su rostro era sereno. «¡Oh!» —pensó Kathy—. «Sólo ha sido un efecto del cristal y la luz». Pero seguía sintiéndose débil y enferma.

—¡Ángel! —exclamó. Buscó una silla, se sentó en ella y trató de sonreír. Su instinto pugnaba por clamar en ella, pero lo reprimió. El suave viento de verano movió un poco las cortinas. Betty seguía trabajando cerca de la casa, cantando en voz baja. Ladró un perro en la distancia.

Angelo se deslizó suavemente hacia su madre, hasta quedar a su lado.

—Eres vieja, mamá —dijo seriamente—. Morirás si tienes a ese... bebé.

Kathy forzó una difícil sonrisa, con los ojos fijos en el rostro de su hijo, recordando cosas que su mente rechazaba.

—Oh, no, cariño. El doctor ha dicho que mi salud es excelente. En realidad he de estar en su despacho antes de una hora. Betty va a llevarme. —¿Por qué sentía aquel dolor en la garganta, como un agudo cuchillo?—. Muchas mujeres, mayores que yo, tienen niños sin el menor problema. Tú... no debes preocuparte por mí, cariñito.

La furia hervía de nuevo en Angelo, pero la reprimió. Ante sus ojos todos los objetos parecían aún envueltos en aquella extraña y brillante luz, como si ardieran.

—¿Por qué no lo detuviste... cuando empezó?

Kathy había oído las palabras del niño, pero su mente se negaba a aceptarlas:

—¿Qué quieres decir? —preguntó vacilante.

—Había un chico en nuestra clase... Su hermana se metió en apuros, todo el mundo lo supo, y nosotros nos reíamos de ella. Fue con el chófer. Iban a casarse. Su padre lo impidió. A ella se la llevaron para una operación y eso fue el fin del bebé —sus manos se cerraron en apretados puños. La voz se alzó aguda, casi un chillido—: ¿Por qué no hiciste tú lo mismo?

Kathy se llevó las manos a la frente, sin dejar de mirarle. Tragó saliva varias veces, incapaz de hablar. ¡Oh, éste no era su Ángel, este ser desconocido de ojos tan terribles, este ser extraño que decía cosas tan espantosas! No era su niño el que hablaba.

—¡Podías haberlo impedido! —gimió él—. ¿Por qué tenías que hacerme esto? ¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo? Yo intenté... intenté... y ahora ¡tú me haces esto!

Miró el cuerpo de su madre, que parecía hundirse en la silla. Su falda vuelosa estaba ahora muy tensa y pudo ver el vientre hinchado. ¿Cuándo nacería aquel Usurpador? ¿Dentro de cuatro meses? ¿Tres? ¿Dos?

Kathy seguía tragando saliva. La boca, la garganta, eran como papel de lija, seco, duro, asfixiante. Se llevó una mano al seno.

De pronto se dibujó una radiante sonrisa en su rostro. ¡Ahora lo comprendía! ¡Naturalmente! ¿No se lo había dicho Mark, y el doctor también, y Alice en sus cartas? ¡Qué tonta había sido! No les había escuchado, pero era verdad. El niño mayor siempre se siente al principio celoso de sus prerrogativas, siempre temeroso de verse desplazado en el afecto de sus padres, y era preciso tranquilizarle y asegurarle que ningún otro ocuparía jamás su lugar. ¡Pobre niño! ¡Los Queridos Niños, Los Niños! ¡Los Niños! Era muy natural y Angelo era el chico más natural y normal del mundo, ahora que iba a cumplir once años; capaz de comprensión... pero todavía un niño. Naturalmente, se sentía un poco resentido y celoso. Sólo era cuestión de explicárselo, de darle mayores seguridades, de darle más amor. Kathy olvidó la mirada que percibiera en el rostro horrible de su hijo, olvidó lo que éste acababa de decir. Extendió los brazos hacia él.

—¡Oh, cariño, sólo es que tienes celos! —chilló con infantil delicia—. ¡Ven con mamá, querido! Aquí, siéntate aquí, en mis rodillas, y tendremos una deliciosa charlita juntos. Yo te lo explicaré todo. ¿Creíste ni por un minuto que nadie, ni siquiera ese niñito encantador, va a ocupar tu lugar en nuestros corazones? ¡Vamos, si cada niño tiene su lugar especial en el corazón de sus padres... si nadie puede privarle de él! Mira, yo tengo cinco deditos en mi mano, ¿ves? Y cada uno es diferente, y cada uno es necesario. Si yo perdiera uno de ellos, ¿acaso los otros ocuparían su lugar? ¡No, no!

El rostro de Angelo se había convertido en suave e inescrutable como ocurría siempre que estuviera discurriendo y planeando algo, pero Kathy creyó que le estaba escuchando, que ya le había confortado y borrado sus «celos». Dio un gritito de felicidad. Se puso en pie y extendió de nuevo los brazos hacia su hijo.

Angelo la dejó acercarse a la distancia justa. Lo midió cuidadosamente. Y entonces, cuando Kathy estaba ante él, con una amplia sonrisa en el rostro del que había desaparecido ya toda sospecha, los brazos extendidos para tomarle y abrazarle... él alzó deliberadamente el pie, grande y fuerte, y golpeó a su madre en el lugar exacto, poderosamente, rabiosamente, en el mismo centro de aquel vientre lleno de vida, donde estaba el Usurpador, donde se encogía el Temido, esperando a nacer para robarle, pero donde moriría ahora, donde debía morir.

Tan violento fue el golpe que Kathy, con el rostro muy pálido por el golpe, vaciló. Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, Angelo le dio otro gran puntapié en el mismo sitio y todavía con mayor fuerza.

Kathy, el rostro incrédulo, los ojos desconcertados, mirando sin ver, se echó atrás. Agitó los brazos tratando de evitar la caída. Se cogió al respaldo de la silla del

tocador. Durante unos segundos de pesadilla la silla pareció bailar entre sus brazos, luego la venció con su peso y Kathy se derrumbó sobre el mueble.

Entonces fue cuando lanzó un grito de agonía horrible y animal, de agonía física. Lo repitió una y otra vez, y Betty, en el jardín, lo oyó y quedó horrorizada, paralizada, con las tijeras en una mano y las flores cortadas en la otra.

Angelo se acercó a su madre que yacía como una muñeca rota sobre la silla. Y le dijo, entre dientes:

—Esto te enseñará que a mí no me puedes hacer tal cosa. ¡Es culpa tuya! —Su voz se alzó de pronto en un grito—. ¡Es culpa tuya! ¡Tú me obligaste a hacerlo!

Aquellos ojos vacíos de expresión le miraron, y entonces el alma de Kathy lo comprendió al fin. No gritó de nuevo. Quedó tendida sobre el respaldo de la silla cuyas patas le dañaban el cuerpo. En la caída se había herido en un labio, que sangraba profusamente. No se daba cuenta de ello. No se daba cuenta de las convulsiones mortales que sufría su cuerpo. Sólo podía mirar a su hijo, el asesino.

Abajo se abrió una puerta y se escuchó una llamada asustada. Angelo, medio inclinado, dio la vuelta. Pero supo lo que tenía que hacer. Gritó, chilló:

—¡Mi madre, mi madre! ¡Ven y ayuda a mamá! ¡Yo no sé qué hacer!

Salió corriendo de la habitación. Betty había entrado ya al vestíbulo, débilmente iluminado, y corría hacia la escalera. Llorando salvajemente, Angelo salió al descansillo superior y se dispuso a bajar hacia ella, repitiendo entre sollozos que su madre «se había caído».

Betty, que lo contemplaba horrorizada desde abajo, no supo exactamente qué sucedió. ¿Se enganchó acaso el pie del niño en una diminuta arruga de la alfombra? ¿Vaciló? ¿Tropezó con sus propios pies? ¿Le cegaban las falsas lágrimas? Nadie habría de saberlo nunca.

Pero, mientras Betty permanecía allí como una estatua incapaz de moverse, el gran cuerpo se alzó en el aire como un pájaro, en lo alto de la empinada escalera. Por un instante pareció que conseguiría detenerse. Pero el impulso era demasiado grande. Cayó, saltó de nuevo en el aire, volvió a caer, empezó a rodar y rodar, a dar vueltas y más vueltas. Y luego, con un sonido horrible, vino a parar casi directamente ante los pies de Betty, aterrizando de cabeza en el suelo de mármol.

Mark Saint estaba sentado en la sala de espera con Alice Knowles a su lado. Casi no se había movido de allí en tres días angustiosos, orando en silencio, calladamente, esperando contra toda esperanza. Pero sólo Alice lloraba. Los ojos de Mark seguían fijos, secos... Las enfermeras le miraban con piedad, los doctores acudían a menudo rogándole que se fuera a casa a descansar. No quería irse. Había tomado una habitación en el hospital para estar cerca de su mujer que se moría, que no podría vivir con las heridas internas. Eso le habían dicho los doctores. Pero habían callado algo más: que Kathy no hacía el menor esfuerzo por vivir, que había perdido la voluntad de vivir. Le miraban a los ojos y lo sabían. Sin embargo, nadie le había dicho a Kathy que su hijo había muerto, que había muerto instantáneamente con el cerebro destrozado.

Y Kathy estaba muda. Yacía en el lecho como si ya estuviera muerta, aceptando los besos de su marido, los besos de Alice. No hablaba. A veces gemía y gemía sin palabras, especialmente cuando dormía bajo el efecto de las drogas. Pero no hablaba.

La criatura que naciera prematuramente había muerto, dañada de modo irremediable en la «caída» de Kathy. Era una niña hermosísima. Incluso las enfermeras habían llorado ante su perfección y habían recogido tiernamente su cuerpecito.

La policía había interrogado minuciosamente a Betty. La pobrecilla, bañada en llanto, no tenía mucho que decirles. Ella estaba en el jardín cuando sucedió. Creyó oír el golpe de una caída. Y luego la señora Saint empezó a gritar una y otra vez. Entonces había corrido a la casa y se disponía a subir las escaleras cuando apareció Angelo. Repitió lo que el niño gritaba: que su madre se había caído y llamaba a Betty para que la ayudara. Y luego el niño había resbalado y caído por las escaleras, justo delante de ella. Había muerto antes de que llegara a la casa el doctor que ella había llamado a toda prisa. Éste había encontrado a la señora Saint inconsciente sobre la silla de su tocador, y había hecho que la llevaran inmediatamente al hospital.

La policía, siempre consciente de los psicópatas, había tenido incluso sus sospechas de Betty. Pero su historial era impecable; hasta llegaron a revisar sus informes de la escuela. Habían preguntado a Mark, a los vecinos y amigos, si Betty había demostrado alguna vez la menor hostilidad hacia cualquiera de los Saint. Uno de los que la interrogara en la comisaría había sido en realidad un psiquiatra, aunque Betty lo ignorara. Y luego había dicho que la chica no sólo era absolutamente sana y normal, sino que estaba sinceramente destrozada por la pena ante aquella tragedia. Incluso se habían visto obligados a darle sedantes. Gritaba una y otra vez:

—¡Oh, si no la hubiera dejado sola! ¡Pero me envió a cortar las flores! ¡Siempre estaba tan alegre! Tenía muy buena salud, y era cuidadosa, pero se movía demasiado de un lado a otro, como una jovencita. ¡Oh, pobre señora Saint, pobre mujer, pobre

Angelo!

Era incapaz de controlar su pena. En ocasiones, de modo incoherente, se culpaba a sí misma: ¡Si hubiera desobedecido a la señora Saint y no la hubiera dejado sola, sin más compañía que el niño en la casa! Sólo fueron unos minutos, pero no debía haberla dejado. El psiquiatra necesitó muchos días y todos sus mejores esfuerzos para borrar aquel horrible peso de culpabilidad en el corazón de Betty. Aún necesitó más tiempo el sacerdote para tranquilizarla y convencerla de que todo había sido voluntad de Dios, y que ella no hubiera podido impedirlo. Sin embargo, aquel dolor acompañó a Betty más de seis meses, aún mucho después de haberse vuelto a casa de sus parientes en la ciudad.

Sólo el doctor McDowell tuvo una sospecha, muy débil, muy vaga, y jamás se lo dijo a nadie, ni siquiera a Alice. Le había preguntado a Mark, destrozado por lo sucedido:

—Por supuesto, ya no tiene importancia, pero ¿tu esposa le dijo al fin al chico que iba a tener un bebé? —Y Mark había contestado con su voz monótona:

—No, pero iba a decírselo esa noche. Íbamos a tener una celebración familiar cuando se lo dijera. Me había prometido...

Sólo la más débil y más terrible de las sospechas. Jack había examinado a Kathy al día siguiente de la tragedia. Aquella marca en su vientre... ¿era la de una puntera de zapato? ¿O era la marca de la silla, producida al caerse sobre ella? Las faldas que llevaba ese día eran gruesas, no lo suficiente para salvar al niño, pero sí lo bastante como para que quedara difuminado el borde del hematoma, de aquella marca en su carne... Sí, Jack tenía su horrible sospecha. Pero ¿de qué serviría vocearla ahora, ni siquiera al médico de la familia? El asesino —si es que Angelo había asesinado realmente a su madre por inadvertencia, en su intento de matar al niño aún no nacido— estaba muerto. Prolongar los exámenes y las discusiones sólo despertaría las sospechas del propio Mark y su vida quedaría arruinada para siempre. Era mejor dejarlo así. Era mejor que la tumba de Angelo enterrara lo que realmente había sucedido.

Y, naturalmente, Kathy nada decía. Cuando hubo recobrado el conocimiento en el hospital, después que el bebé naciera muerto, la policía le había hecho sólo unas cuantas preguntas con toda amabilidad. Y ella había dicho tan débilmente que apenas pudieron oírle:

—Yo... me caí. Eso es todo. Me caí.

Había una cosa muy elocuente que confirmaba las sospechas de Jack McDowell, pero que no parecía despertar las de los demás: Kathy no preguntaba por Angelo. No sabía que había muerto. No le había oído caer. Pero... aún no había preguntado por él.

—Me alegro de que no lo haga —dijo Mark a su amigo—, pero claro, está tan drogada, ¿no es verdad? Probablemente pensará que está seguro en casa.

—Sí, sí, naturalmente —dijo Jack. Hizo una pausa—. Si alguna vez pregunta por

él... dile sólo que no quieres que sepa lo muy enferma que está su madre y que lo has enviado a la cabaña con Betty.

Pero Kathy nada preguntaba. Pocas veces hablaba. Sin embargo, deseaba que Mark estuviera constantemente con ella en cuanto estaba despierta. Se quedaba absolutamente quieta, su helada mano entre las de su marido, los ojos sencillamente clavados en su rostro. En ocasiones unas lágrimas corrían por sus mejillas, con gran dolor de Mark. No sólo no preguntaba por Angelo; tampoco hablaba de la criatura que había perdido.

En ocasiones Alice, que reemplazaba a Mark, miraba a su hermana y sentía destrozársele el corazón. ¡Pobre Kathy! ¡Pobres niños, la pequeña que nació muerta, el que resultó muerto en su caída mortal! Había momentos en que perdonaba a Angelo. Había momentos en que llegaba a sentir dolor por él. ¡Había sido tan extraordinariamente hermoso, encantador e inteligente! Quizá hubiera podido suceder un milagro, a despecho de lo que Jack le dijera en aquella ocasión. Quizá, con el tiempo, hubiera llegado a ser realmente humano...

El funeral había sido íntimo y silencioso. Habían llevado el cuerpo de Angelo al panteón familiar. Y muy pronto, si los doctores no se equivocaban, Kathy yacería junto a él para siempre, con el cuerpecito de la niña a sus pies. Pobre Kathy... Las lágrimas de Alice eran como un ácido en sus ojos, y ahora se reprochaba una y otra vez por haberse impacientado en tantas ocasiones con aquella madre amorosa y fatua. Pero Mark era el que más sufría, Mark, con su rostro inescrutable y agotado, Mark, con sus ojos secos que nada veían. Se sentaba junto a él, sin palabras de consuelo — que hubieran sido inútiles— pero orando silenciosamente por él.

Kathy apenas respiraba en la camita estrecha de la habitación del hospital, en la que entraba el sol por la ventana cubierta de flotantes cortinas. En ocasiones, las enfermeras se inclinaban sobre ella repentinamente, para comprobar si aún estaba viva, y le tomaban el pulso. Yacía flácida; en ocasiones sus ojos abiertos miraban sin ver al techo, y Alice se preguntaba si estaría realmente consciente y pensando en algo. Hora a hora, se iba afilando su rostro, haciéndose más pequeño; y hora a hora se hundían los ojos más en él.

Alice fue la que estaba a solas con ella, en la cuarta noche, cuando murió.

La enfermera había salido «por un instante». Mark dormía, exhausto, en su habitación. La luz de la mesilla de noche estaba encendida, dando apenas un brillo suave. Alice, sentada junto al lecho, observaba a su hermana. Los ojos de Kathy estaban entreabiertos, y respiraba agitadamente. Ansiosamente, Alice se inclinó sobre ella. El rostro de Kathy estaba cubierto de gotas de sudor frío. Luego sus ojos se volvieron del todo a Alice, reconoció a su hermana y le sonrió.

—Alice... —murmuró.

—Duerme, cariño —dijo ésta, tragándose las lágrimas.

Kathy movió inquieta la cabeza. Sus ojos tenían ahora una mirada fija, lejana y terrible.

—Todavía, no —murmuró—. Quiero decirte algo. Creo que yo lo supe... todo el tiempo. Incluso cuando era un bebé. Pero yo solía leer... libros, ya sabes, sobre el cuidado de los niños. Había un doctor... Llamaba a los niños «pétalos y flores», y... alguien escribió que no había niños malos... sólo padres malos. ¡No, no! ¡No es cierto! La Biblia tiene razón... cuando habla del hombre que es malvado desde su nacimiento, malvado desde su juventud. La mayoría de nosotros... querida, lo sabemos vencer porque somos mejores. Pero otros como... como...

Se detuvo. Su respiración era muy agitada. Un dolor indecible, un terror insoportable, cubrió su rostro.

Las gotas de sudor que lo cubrían brillaron a la débil luz. Se aferró al brazo de Alice.

—Los otros... no tienen alma. No como la nuestra, nunca. Por eso matan y hacen... otras cosas... y no podemos creer que son lo que son...

Se detuvo. Incluso trató de alzarse sobre las almohadas en su desesperada urgencia de comunicarse, hablando rápidamente con sus últimas fuerzas.

—¡Creen que yo no sé... no sé que él está muerto! ¡Pero sí lo sé! ¡He rezado para que él muriera, desde que me trajeron aquí! Y esta mañana... lo supe. ¡Qué consuelo...! Mark ya no sufrirá más. Sé buena con él... sé buena con él...

Sus ojos se cerraron. Se cortó su respiración. Un segundo después había muerto.

Epílogo

Una noche, año y medio más tarde, Jack McDowell estaba sentado con Mark Saint en el apartamento de este último en la ciudad. Alice, que había preparado la cena que acababan de disfrutar, estaba lavando los platos en la cocina con ayuda de la linda esposa de Jack. Hacía tiempo ya que Mark había vendido la casa de los suburbios. Nunca había vuelto allí tras el día de la tragedia, excepto para llevarse sus cosas.

Los dos hombres fumaban con aire feliz en aquel atardecer de diciembre. Los ruidos de la ciudad les llegaban ahogados, como un agradable rumor, allá abajo.

—Me alegro mucho de ello —dijo Jack—. Naturalmente, yo siempre supe que Alice te amaba. Por eso no quería casarse conmigo. Y me alegro de que, cuando os caséis en enero, hagáis un largo viaje por el extranjero. Os sentará muy bien a los dos.

Los ojos de Mark estaban serenos ahora. Su rostro seguía muy delgado, pero había recuperado el color en los últimos meses. Nunca olvidaría lo que había sucedido. Pero tampoco sabría la verdad... si es que había alguna «verdad» que saber.

—Por supuesto, ya no soy joven —dijo Mark—. Tengo catorce años más que Alice. Pero a ella no parece importarle —vaciló—. Y desea tener hijos.

—¿Y tú no?

Mark se levantó y empezó a recorrer lentamente la habitación. Había en ella una hermosa chimenea. Se detuvo a mirar el fuego.

—No lo sé —dijo al fin.

—¿Por qué no?

Mark volvió a la silla y miró firmemente a su amigo:

—Quiero saber la verdad sobre algo, Jack. Y sólo tú puedes decírmelo.

Por un instante el doctor se sintió alarmado. Luego vio que los ojos de Mark estaban preocupados e inseguros sí, pero no llenos de horror.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Se trata de Kathy... y Alice su hermana —dijo Mark en voz baja—. Tú me has descrito todos los rasgos de un psicópata. Me has dicho que no son hereditarios. Pero... Kathy... Bueno, ella tenía algunos de los rasgos de Angelo. Tengo que ser franco contigo para saber con certeza si no es peligroso que tengamos... hijos. Mira, a Kathy no le gustaba la gente tampoco. Ella —y que Dios me perdone por hablar así de la pobre— era falsa con la gente, malévola a menudo. Simulaba estar interesada en ellos y mostrarse comprensiva, y deseosa de ayudarle y ansiosa por sus problemas. Pero no lo estaba, Jack. Ella tenía... modales afectados que engañaban a los demás hasta hacerles creer que era muy amable y se interesaba por todos. Tenía muchos amigos que jamás lo advirtieron. Kathy era... ambiciosa, como Angelo. Y con frecuencia era maliciosa sobre los demás. Francamente, jamás le oí decir nada bueno y sincero sobre nadie. Era toda risitas y entusiasmo cuando tenía invitados, pero,

apenas se cerraba la puerta tras ellos, le cambiaba la cara y hablaba de todos con mezquindad, durante horas y horas. Jack, ¿me comprendes? Yo amaba a Kathy. Pero la conocía. Y me he estado preguntando si no sería...

—Te has estado preguntando si no sería psicópata también —acabó Jack con compasión—. Ahora, permíteme que te haga unas cuantas preguntas y tómate el tiempo que desees para contestarlas franca y claramente —se detuvo reteniendo la mirada de Mark—. Piensa bien —continuó—. ¿Te amaba Kathy?

—Sí. Eso lo sé. Sin la menor duda.

—¿Amaba a Alice?

—Sí. Estaba celosa de ella en cierto modo, y no sé por qué. Pero Alice vivió con nosotros durante años después que sus padres murieran y antes que naciera Angelo. Kathy tenía diecisiete años más que Alice: eran como una madre y su hija. Kathy se preocupaba entonces por Alice como una madre, se sentía orgullosa de ella entonces, antes que llegara Angelo y ocupara el lugar de Alice en las emociones de Kathy. Hizo todo lo que pudo por su hermanita. Sí, la amaba. Y creo que nunca dejó de amarla. Se sintió tan aterrada como yo cuando Alice... casi se cayó por el barranco aquel día... —Ni siquiera ahora podía pronunciar las horribles palabras—. En realidad Kathy tuvo muchas pesadillas a raíz de aquello y se despertaba chillando, y yo tenía que tranquilizarla diciéndole que Alice estaba a salvo.

Jack asintió:

—¿Y a sus padres? ¿Los quería?

—Mucho, muchísimo. Se sintió inconsolable mucho tiempo después de su muerte. Creo que le afectó más que a Alice, pero Alice era sólo una niña entonces. Kathy cuidó a su madre durante la última enfermedad de ésta y casi enfermó a causa de ello.

Jack asintió de nuevo.

—¿Y a Angelo? ¿Le quería realmente también?

—¿Cómo puedes preguntar eso? —exclamó—. ¡Si lo adoraba!

—¿Nada de todo ese amor era falso o insincero?

—No —dijo Mark enfáticamente—. En lo que se refiere a los seres que amaba, Kathy hubiera dado la vida, si preciso era, por ellos.

Miró a Jack a los ojos.

—En realidad todo en la vida de Kathy, aunque en ocasiones fuera mal dirigido, era amor.

Jack extendió las manos y sonrió:

—Pues ya lo ves, Kathy no era psicópata. La diferencia entre una persona normal y un psicópata es la capacidad de amar a los demás. La maldad sólo puede amarse a sí misma.

Se puso en pie.

—Por mucho que pequemos, si amamos, siempre hay perdón. Pero para la maldad, que no puede amar, no hay redención.



JANET MIRIAM HOLLAND TAYLOR CALDWELL (Manchester, Inglaterra, 1900 - Connecticut, Estados Unidos, 1985). Fue una polémica pero exitosa escritora, también conocida por sus seudónimos: Marcus Holland, Max Reiner y Jess Stearn.

Durante su vida escribió más de treinta novelas de distintos géneros que en su época fueron superventas aun cuando su trabajo fue ignorado y no fue publicado hasta que ella tuvo treinta y ocho años. Sus obras cuentan la vida de familias por varias generaciones. El tema es la pugna entre el deseo de poder y dinero y los valores familiares y espirituales. En sus últimas obras cambió a la historia de personajes que surgen de la pobreza y alcanzan grandes fortunas, el «sueño americano». También escribió varias novelas de género histórico-religioso.

Se estima que Caldwell en vida vendió más treinta millones de libros. Obtuvo numerosos premios por su trabajo. Su vida privada estuvo marcada por la polémica. Se casó cuatro veces y tuvo dos hijas. La riqueza generada por la aceptación de sus obras finalmente la llevaron a tener una triste batalla legal con su hija mayor por la administración de su fortuna.

Entre sus títulos que alcanzaron gran popularidad destacan: *La tierra es del Señor* (1940), *El brazo y la oscuridad* (1943), *La familia Turnbull* (1943), *Este lado de la inocencia* (1946), *El abogado del diablo* (1952), *Médico de cuerpos y almas* (1958), *La columna de hierro* (1965), *Testimonio de dos hombres* (1968), *Capitanes y reyes* (1972), *Gloria y esplendor* (1974) y *Yo, Judas* (1977).

Solía decir que la naturaleza humana es inmutable, que nunca cambia. En 1976 le

dijo a un entrevistador: «Nadie me ayudó. Nadie me regaló nada. Nadie me ha dejado nada. Todo lo que tengo, me lo gané».

Notas

[1] El apellido Saint es la palabra Santo en inglés. <<